







AÑO 8.º

NÚM. 87

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

Director: J. LÁZARO

MARZO 1896

---

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

1.598.—*San Bernardo, 92.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*



## LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO (1)

---

### IV



**D**esde que la madre de la emperatriz de los franceses formó de su casa en Madrid una segunda corte diplomático-aristocrática, puede decirse que fué la dama que con mayor ahinco sostuvo entre nosotros por un cuarto de siglo el espíritu de sociedad. Sin sus esfuerzos, tal vez habrían desaparecido por completo los que, después de los liceos y las asociaciones literarias, comenzó á delinear la reina madre. Con su estímulo, y por imitarla, fueron muchas las familias de gran opulencia que entraron en moldes de una vida restaurada, si no enteramente nueva en España, cuyas tradiciones, al menos se habían perdido. Lo que sucedió con las familias aristocráticas, tuvo por necesidad que repercutir en las representaciones diplomáticas y en la alta banca nacional y extranjera que tenía domicilio en esta capital. Desde 1854 hasta el 59, que la atención general se fijó en la guerra de Africa, y desde 1859 á 1861, durante casi todo el invierno, desde Todos los santos á la Semana Santa, y desde el sábado de Gloria hasta entrado Junio, además de los domingos de casa de la condesa del Montijo, se recibía por regla general los lunes en la Legación de los Estados Unidos, desempeñada por el general Dudge; en casa de los

---

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA de Enero, 1896, pág. 88 y la de Febrero, 1896, pág. 100.



condes de Casa Bayona y en la tertulia literaria del duque de Rivas en la plazuela de la Concepción Jerónima. Los martes se los habían adjudicado los marqueses de Turgot, embajadores de Francia, que residían en la Cuesta de la Vega, en el palacio viejo de la condesa-duquesa de Benavente, y los prosiguió M. y Mad. Barrot, que les sucedieron. Los duques de Fernán-Núñez obsequiaban también ese día en su palacio de Cerbellón á sus invitados con sus famosos *chocolates*. Los miércoles fueron por mucho tiempo los señalados para los bailes de los Sres. de Osma en el palacio de Villahermosa. Los jueves los condes de Velle daban sus exquisitos *tes* en su morada de la calle de Atocha y mientras fué ministro de la Gobernación, sostuvo ese mismo día reuniones político-sociales en su casa D. Cándido Nocedal. Los viernes eran los ambicionados saraos del ministro de Prusia, conde de Galla y los sábados los del duque de Valencia, en la presidencia del Consejo y los del barón Daniel de Weisweiller en la plazuela de Santa María. En el cuerpo diplomático cada año había dos ó más recepciones de sociedad en cada una de las legaciones de Rusia, Portugal, Méjico y Nápoles, respectivamente representadas por el príncipe de Gallitzin, el Sr. de Soveral, D. Buena-ventura Vivó, el general Alpuente y el marqués Riario Sforza. En palacio cuando menos se bailaba los domingos de carnaval, y con alguna frecuencia actos de este género, en que se mezclaba la política, ya en casa del marqués de Miraflores, donde se reunía la plana mayor del partido moderado, ya en casa del conde de Patilla, pariente del general O'Donnell y adonde asistían los hombres afiliados á la jefatura del conde de Lucena.

Salamanca, Baüer, Calderón, Moreno y otros hombres de la banca daban frecuentes banquetes. Conciertos había en casa de la Sra. de Creus, donde recitaba versos Gertrudis Gómez de Avellaneda, y en la de los Sres. de Ochoa; representaciones dramáticas en los palacios de las duquesas de Medina de las Torres y en el liceo Piquer, por aquel tiempo inaugurado; tertu-



lias literarias en las casas del marqués de Molins, en la calle del Prado, y de Cruzada Villaamil, en la de Lope de Vega, y bailes de niños en casa de los Sres. de Osma, de Weisweiller, de la señora de Ceriola, de las de Algarra y del conde de Torrealta. Por último fueron bailes singulares, que dejaron largo recuerdo en nuestra sociedad uno que dió la condesa viuda de Toreno, en su palacio de la calle de San Bernardino, el grandioso del marqués de la Pezuela en la calle de Pizarro y el de la condesa del Campo de Alange, en la del Príncipe. Ninguna de estas festividades sociales, que tanto hermoseaban las costumbres, dejaba de ofrecer alguna particularidad, por la que merecían casi todos los honores de la historia. En las recepciones de la gente literaria se habían hecho dos bandos ó partidos: en el palacio del duque de Rivas se reunía el Estado mayor general de la aristocracia del arte. y en casa de Cruzada Villaamil el sol de la democracia alboreante. Los nombres de los asistentes al primero de estos círculos todos estaban decorados con los laureles académicos, siendo, por lo tanto, reputaciones hechas que declinaban. En casa del segundo se levantaba el astro de la esperanza. Solo iba á estas últimas reuniones un título de Castilla, grande de España, el marqués de Heredia: los demás eran nombres incipientes, aunque hoy constituyan la gloria de nuestra edad: allí leían sus versos y producciones Alarcón, Núñez de Arce, Ruiz de Aguilera, Manuel del Palacio, Castro y Serrano, Zea, Viedma, López de Ayala, Eguílaz, Trueba, Barrantes, Flores, Vila y Goiri, Arnao, Llano y Persi, los dos Picón, Serra, Manuel Fernández y González, Navarro y Rodrigo, Cuende, Santisteban, Dacarrete, Gálvez, Amandi: toda la generación, después y en parte todavía, gigante. Molins quiso transigir los campos, y en su casa de la calle del Prado reunía las Noches Buenas en fraternal jolgorio lo más selecto del elemento viejo y del elemento mozo, con que en 1857 publicó aquel ático periódico *El Belén*, cuyo producto se dedicó á enjugar lágrimas y aliviar dolores. En *El Belén* en efecto escribieron juntamente Martínez



de la Rosa, Alcalá Galiano, Joaquín Francisco Pacheco, Amador de los Ríos, Hartzenbusch, Campoamor, Ventura de la Vega, Segovia, Gabino de Tejado, Rosell, Ochoa, Nocedal, Pastor Díaz, Cueto, Dacarrete, Cervino, Alarcón, Selgas, Juan Valera, el marqués de Auñón, Arnao, González de Tejada, Eulogio Florentino Sanz, González Pedrosa y otros, auroras del porvenir que se confundían con crepúsculos vespertinos. Allí iban además Rodríguez Rubí, Gil de Zárate, Emilio Castelar, Llorente, Lafuente, Fernández-Guerra, Flores, D. Severo Catalina, Gutiérrez de la Vega y muchos más. El general Pezuela no se conformó con esto, y aunque nunca su casa se había abierto hasta entonces al bullicio de la sociedad, aprovechó el feliz natalicio del príncipe de Asturias, después malogrado rey D. Alfonso XII, para hacer en su palacio recién construido de la calle de Pizarro, una soberana ostentación. Escogió para ella una fecha también histórica, y fué la del 2 de Enero de 1858 aniversario de la toma de Granada por los reyes Católicos. Las tarjetas de invitación para aquel baile se solicitaron como títulos de honor ó empleos lucrativos, y la sociedad de Madrid, halló en aquella señorial residencial, amueblada y adornada con la grandeza de una antigua morada feudal, veintidós salas por donde discurrir con una amplitud de que no había ejemplo ni aun en el palacio real. «No hay en ninguna casa particular, escribía un cronista de salones en aquel tiempo, salón que se puede comparar en dimensiones con el del traductor de la *Jerusalén libertada*.» Todas las aristocracias se reunieron allí: la antigua y la moderna, la heredada y la adquirida, la del valor y la del talento, la de la elegancia y la de la hermosura; pero el talento no estaba representado ni en gran número, ni por la nueva generación; sino por Bretón de los Herreros, Molins, Vega, Auñón, Ochoa, Amador y Cañete, es decir, por algunos de los dioses que quedaban del Olimpo literario en que el actual conde de Cheste nació. Y sin embargo, se había dado en palacio el ejemplo de invitar á estas festividades sociales hasta á la prensa, como



prensa; de donde brotó un gran número de revisteros de fiestas, como Girón, el de *La España*; Navarrete y Alarcón, los de *La Epoca*, Carolina Coronado, la de *La Discusión*; Eusebio Asquerino y Alvareda, D. Amós Escalante y D. José Alcalá Galiano, Rodríguez Correa y Palacio, que fueron precursores de los *Blasco*, de los *Fernanflor*, de los *Almavivas* y de los *Abascal*.

Todo este mundo había surgido del ejemplo y de la imitación de los salones de la condesa del Montijo, donde, sin aparentarlo, estaba siempre el núcleo de nuestra dirección política; sin presumirlo, se excitaban aquellas guerras tácitas de rivalidad, como la de la duquesa de Alba y la duquesa de Medinaceli, que bastaban por sí solas para dar movimiento y vida á una sociedad elegante entera; y sin pretenderlo, cada año aparecía alguna novedad de las que hacían época en los anales del fino trato social. La novedad del invierno de 1857 fué la modificación de algunos bailes y la introducción de otros, ó nuevos ó resucitados de la antigüedad. El *vals de dos tiempos* fué proscrito y puesto en boga *el de tres*. El clásico *rigodón* estuvo á punto de sufrir un total eclipse; pues la bella condesa de Stéfani había importado de Italia, del mismo modo que á Italia fueron llevados de Escocia, su país natal, *los lanceros*. El primer salón donde en Madrid se bailaron fué el del Montijo, en el baile que se celebró la noche del día de Inocentes. Parecía á los jóvenes aficionados que se había descubierto un continente. ¡Qué de ensayos! ¡Qué de intrigas para adivinar las figuras! Los primeros que en público lo bailaron fueron la duquesa de Alba teniendo en frente á la marquesa de Caicedo, con sus correspondientes parejas masculinas, y de costado á la condesa de Nava del Tajo, ó sea Enriqueta Cabarrús, que pocos meses antes se había casado en el mismo palacio de su tía la condesa del Montijo, con D. Félix María de Bejarano, habiendo sido sus padrinos los duques de Alba y D. Francisco Martínez de la Rosa, y las señoritas de la Paniega, de Villafraanca y de Alvear. No hay que decir ni que el éxito fué com-



pleto, ni que en el momento se propagó á todos los salones. Hasta en el baile de palacio, el domingo siguiente de carnaval, se bailó con gran prosopopeya en presencia de SS. MM. También al *cotillón* le había tocado su chinazo, y en su lugar se puso de moda *la balanchera*, ó *la boulangère*, como le llamaban los franceses, y que la emperatriz había resucitado durante el anterior verano en los saraos de la villa Eugenia, de Biarritz.

La novedad del año 1858, fué la presentación de los diplomáticos de Turquía, que no había tenido representantes en España desde 1843, en que residió en Madrid un mes escaso el después célebre Fuad-Effendi. El Sultán tuvo la galantería de mandar á la embajada que sucedió á las paces de la guerra de Oriente, un ministro y un secretario segundo católico y un secretario primero cristiano de rito griego. El plenipotenciario era el conde de Kerkhove, de origen belga como el secretario segundo, Hipólito Van Meldert: el secretario primero era armenio, se llamaba Glábani. De esta embajada, los rendimientos oficiales fueron, como era natural, para la reina y para el ministro de Estado, que lo era Istúriz; pero su presentación á la alta sociedad de Madrid, se hizo como la de todos los nuevos diplomáticos, como lo había hecho la del conde de Miltcke, ministro de Dinamarca, en los salones de la plazuela del Angel, especie de sucursal, en este terreno, de la corte de París. El ministro turco era muy joven, y fué muy simpático á nuestras damas, así como el secretario armenio, que valsaba y polkaba como un trompo.

Al año siguiente hubo también novedad local en el edificio señorial de la condesa del Montijo: antes del 29 de Enero, la fiesta anual clásica de aquella casa, los conciertos, en que tomaron parte la misma duquesa Francisca de Sales; el día 29 de Enero, las reformas de los salones y el estreno de algunas joyas suntuosas. El programa del primero de aquellos conciertos lo conservó Alarcón en unas cartas de sociedad que empezó á publicar aquella temporada con el título de *Visitas á la marquesa*. Se abrió el acto con un coro del *Elisir d'amo-*



re, en que tomaron parte la duquesa de Alba, Flavia Cueto, la condesa de Río-Molinos, la condesa de la Vega del Tajo y las señoritas de Soveral, Calderón de la Barca, Fuentes, Alvear, Iradier, Vázquez Queipo y Roca de Togores. El profesor Oliveres cantó después la *Barcarola* del maestro Alary; y en seguida el *terceto* de Campagni Flavia Cueto, Inzenga y Murillo. Otro cantante de profesión, Giuglini, cantó el *largo* del aria de *El Trovador*, y las dos últimas piezas fueron un duo de flauta y piano sobre el aria final de *Lucia* por el señor Sotomayor y Lidia Calderón, y el duo en francés de *La Simpatía*, que cantaron la señorita de Cueto y Murillo.

Pero la gran fiesta de aquel año en los salones de Montijo fueron los aniversarios ducal é imperial del 29 de Enero. Aquella noche se inauguró la galería árabe ó jardín de invierno, que se había construido en recuerdo de la Alhambra. El salón dorado ostentaba una nueva sillería tallada, de tan exquisito gusto como riqueza, y la sala del *buffet* también había sido restaurada, habiéndola cubierto con un precioso artesonado. Los salones todos parecían una continuada estufa de plantas en flor, de camelias, azaleas y rododendros, entre elevadas y airosas palmeras de todos los hemisferios. Pasaba de mil doscientas el número de las personas allí reunidas, conteniendo las notabilidades de nuestra mejor sociedad, y fué admiración de todos la espléndida corona ducal de turquesas, esmeraldas y brillantes que la duquesa estrenó aquella noche por valor de más de medio millón de reales. Los asistentes más acostumbrados á las magnificencias de aquella casa quedaron pasmados aquella noche, creyéndose transportados todos como en un sueño á las regiones encantadas de las leyendas orientales. Alarcon escribía: «La galería árabe que se estrenó aquella noche me transportó á mi Granada. Allí, entre aéreas columnas, entre flores y cristales, á la luz de las lámparas moriscas, percibiendo por un lado el cielo salpicado de estrellas, y por el otro los espléndidos salones, salpicados de astros de hermosura, soñé con la Alhambra de



otros días, con Andalucía y con el Oriente, con Zoraidas y Zulemas, con los cuentos de *Las mil y una noches* y con las imaginaciones de mi infancia. En el comedor, también nuevo, se disputaron la excelencia un refresco y una cena tan deliciosos, que muchos no supieron por qué decidirse, y optaron por el uno y por la otra. Mi tercera impresión la causaron esas cuatrocientas bellezas de quince á cuarenta y nueve años cada una, coro de estrellas ambulante, que ya esmalta el teatro Real, ya los salones de los condes de Galen, y los de los señores de Osma, ya la embajada de Rusia, ya la Fuente Castellana. ¡Pero nunca tan numerosa ni deslumbradora como aquella noche! ¡Sólo sé que *siete* brillaron por su ausencia, según la frase sacramental! Todas las demás estaban allí: luceros, estrellas, planetas, satélites, constelaciones, ó sea familias de ángeles, nebulosas, ó sean mujeres incomprensibles... y no digo más, porque me quemo. Pasando á un terreno más ingrato, allí estaban también, y por último, todas las condecoraciones de Europa, la mitad de los títulos de Castilla, la tercera parte de los ministros, algo de las letras y las artes, toda la diplomacia, mucho ejército de mar y tierra, no pocos diputados, el suficiente número de pollos y una respetable cámara alta de mamás. ¡Mil doscientas personas, y esto lo dice todo!»

En un periódico de París, un periodista francés, que hallándose en Madrid había concurrido á bailes de los señores de Osma, del barón de Weisveiller, del príncipe de Gallitzin, del conde de Galen, de la condesa de Velle y de la del Montijo, decía de los salones del palacio de Ariza. «Los salones están lujosamente puestos; unos tapizados de sederías, otros pintados al fresco y dorados. Tiene la casa una moderna galería morisca, cuyos arcos y paredes, siguiendo el estilo de la Alhambra, están incrustados de arabescos. También tiene un buen salón para el *buffet*, y otro donde se ven suspendidos los retratos de cuerpo entero de los Emperadores de Francia y de los duques de Alba. Las damas que acudieron á la invitación



de la señora condesa del Montijo, vestían con lujo y ostentación, ofreciendo á la admiración de los demás sus collares de quince y diez y seis hilos de blancas perlas, adheridos á grandes broches de brillantes, y que representan valores de ciento veinticinco y ciento treinta mil francos cada uno, las duquesas de Alba, de Medinaceli y de Frías. Otras damas muy principales, como la marquesa de Guadalcazar, de Alcañices, condesa de Reus y señora de Calderón de la Barca, se adornaban con uno ó dos hilos de perlas, que por su tamaño, perfección y belleza eran sorprendentes. La señora de Osma ostentaba un rico collar de chatones de brillantes, cuyo valor llegaba á ciento treinta mil francos. La duquesa de Alba sorprendió á sus amigas luciendo en la cabeza una corona ducal de esmeraldas y brillantes, de precio elevadísimo, y la marquesa de Javalquinto con un collar de esmeraldas de las minas de Nueva Granada, un poco claras, engarzadas en brillantes, y de otros ciento treinta mil francos de valor. Otras damas, como la duquesa de Fernán-Núñez, la condesa del Campo de Alange y la señora de Urzaiz, llevaban piezas y diademas de riquísimo valor; pero que, á pesar de su mérito y hermosura, no podían formar historia, como las antedichas. Llamaban del mismo modo la atención por sus vestidos, trabajados en casa de Mad. Roger, por los prendidos y flores de Mad. Nathié, por los ricos encajes y blondas de Alençon, de Valenciennes y de Malinas, y más que todo por la suma distinción con que los llevaban, las dos duquesas rivales de Alba y de Medinaceli, la princesa de Gallitzin, la señora de Osma, la marquesa de Villaseca, hermana de la de Medinaceli, la de Santa Cruz y Bassecourt, la hija de la condesa del Campo de Alange, Luisa Salamanca, y otras varias damas. También brillaban por su hermosura y juventud la misma señorita del Campo de Alange, la de Miraflores, la de Corvera, la de Brunetti, la de Zavala, la de Ahumada y la de Bassecourt, hermosuras de primer orden, que dondequiera hacían raya por su atractivo y discreción. Mientras las buenas y elegantes ma-





dres vestían con esta pompa, descotadas y prendidas como las opulentas matronas de las Siete Colinas bajo los Césares, las muchachas núbiles, las vírgenes inocentes y pudorosas, se presentaban adornadas con suma sencillez. Regularmente enlazaban sus cabellos y tules del vestido con cintas ó flores naturales ó de imitación, y los trajes eran de gasas y telas vaporosas y blancas.»

Después de la reacción política de 1856, los asuntos de gobierno en España habían entrado en camino muy distinto al que seguían antes de 1854. Retirado Espartero definitivamente y para siempre del poder y á Logroño, el conde de Lucena, que le sucedió, no inspiraba desconfianza á la Europa liberal, y por lo tanto, ni á Francia, ni á Inglaterra, ni al Piamonte, que ya meditaba las anexiones italianas. El partido moderado, sin embargo, intrigó en palacio como correspondía á sus viejas tradiciones, y á mediados de Octubre de 1856 el general Narváez reemplazó en la jefatura del gabinete al general O'Donnell; pero el duque de Valencia sólo gobernó en aquella ocasión un año y tres días, y fué á su vez sustituido por el general Armero. Este no imprimía carácter ni á la política, ni al gobierno que dirigió. Su situación era de pura transición, y la presencia de Martínez de la Rosa en el ministerio de Estado le daba un matiz, lo más liberal posible, dentro del antiguo partido moderado. Este matiz lo acentuó más, á mediados de Enero de 1858, Istúriz, que entró á ocupar la presidencia del Consejo, para dejársela de nuevo, y por el largo espacio de cinco años, al general O'Donnell el 30 de Junio de aquel año. Era muy pasivo, por lo tanto, en aquel tiempo el influjo que en los salones de la condesa del Montijo ejercía desde Francia la política del emperador. El campo, casi completamente neutral, que afectaron entonces aquellas suntuosas estancias dejáronse apercebir por la clase y condición de los hombres políticos de la primera jerarquía que eran recibidos en ellas, notándose claramente que á ninguna intransigencia se le daba cuartel, y que si como moderados pi-



saban los umbrales del palacio de Ariza los Martínez de la Rosa, los Pidal y otros, y como progresistas avanzados D. Salustiano de Olózaga, D. Patricio de la Escosura y el conde de Reus, ni en un sentido ni en otro aquellas puertas se abrieron para los extremos, ora representasen las generaciones viejas, ora las del porvenir. Castelar, que como orador conquistaba en la cátedra de la Universidad y en la del Ateneo una reputación de primera fuerza, pudo entrar en el círculo literario del marqués de Molins, pero nunca en el social y político de la madre de la emperatriz, aunque se dijo que lo había pretendido.

O'Donnell, en su segundo ministerio, quiso ensayar el modo de hacer estable el poder, acallando el inquieto clamor de las parcialidades políticas, ya catequizando algunas de sus figuras más influyentes, ya conquistando el poderoso navío de la opinión por medio de alguna de aquellas empresas, que, hiriendo y provocando la explosión del sentimiento nacional, crean más estrechos vínculos de identificación entre los pueblos y las instituciones que los rigen, y entre estas mismas y los poderes que los representan. Era difícil, á pesar de todo, encontrar blanco adonde asestar la puntería, de modo que las aspiraciones nacionales se sintieran impelidas hacia fines generosos que llenaran la mente de la opinión. En las empresas de política exterior en que España había tomado parte durante el reinado de Doña Isabel, no habíamos desempeñado el papel más airoso, y de cualquier modo, ni en la del general Concha en Portugal, ni en la del general Fernanden de Córdova en los Estados Pontificios, obtuvimos ningún género de ventajas efectivas morales ni materiales. Napoleón, que tenía la misma necesidad que el gobierno de O'Donnell de éxitos militares, después de haber jugado el papel de cooperador que prestó Francia en la guerra de Oriente, ponía sus ojos en las colonias lejanas y reclamaba nuestro concurso para abordar en los mares de Oriente la guerra de Cochinchina. Pero este género de conquistas no entusiasmaba á



España, que tenía casi abandonado un inmenso poderío colonial en Africa y en la Oceanía, avaro siempre de iniciativas redentoras y expuesto siempre también á las incomprensibles ineptitudes de nuestra administración. Meternos con Portugal hubiera sido temerario, antipatriótico y de resultados contraproducentes. No teníamos, ni se nos ofrecía otro campo de acción que Africa; porque en América, á pesar del bello ejemplo que daba la opulenta prosperidad que inundaba á la sazón á Cuba de toda clase de fortunas, ninguna empresa podría intentarse que de antemano no dejara de advertir el triste resultado que tuvo la anexión de Santo Domingo. O'Donnell, por lo tanto, suscitó la guerra de Africa, asiéndose de un cabello para justificar una ofensa que motivara aquella agresión formal contra Marruecos, y como el jefe de aquel gobierno había previsto, logró herir en el fondo el corazón nacional.

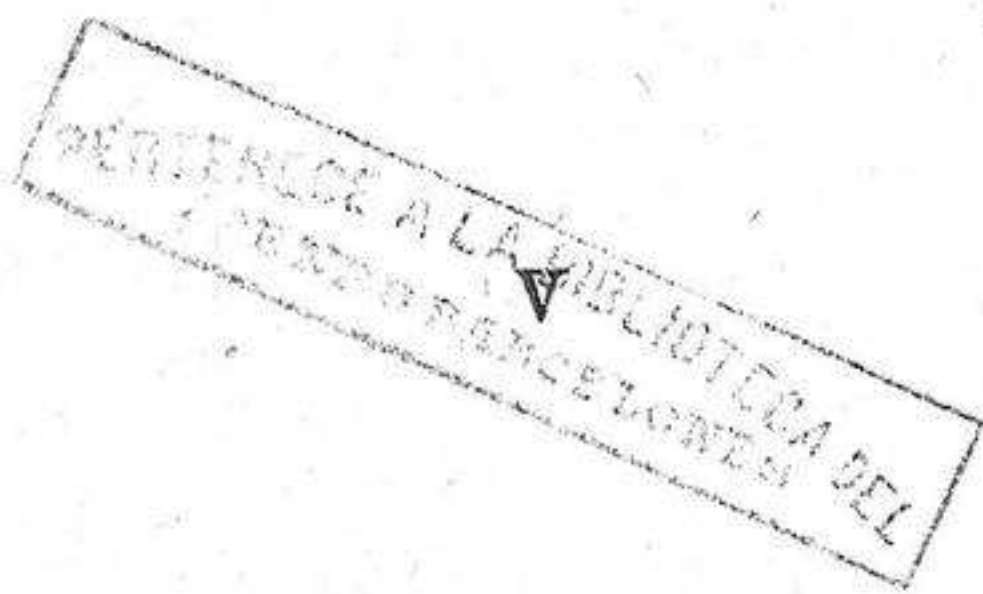
No hubo partido político ni clase social que no respondiese al entusiasmo de la nación. Fuera de España, si osamos poner en cuidado á Inglaterra por la seguridad de Gibraltar, la libertad del Estrecho y los intereses Mediterráneos, todas las demás naciones, y sobre todo Francia, nos estimulaba á una empresa que parecía hacer despertar á España del asolador letargo de dos siglos. La palpitación de las Cámaras representativas y de la plaza pública, del ejército y de la prensa, se hizo extensiva á todos los círculos de la sociedad, y en los aristocráticos y del alto mundo hasta las brillantes recepciones de sus periódicas fiestas, tomaron el carácter y el tinte de la novedad patriótica que se imponía. En algunos palacios de la grandeza se suspendieron los bailes hasta la terminación de la guerra; en otros se sustituyó el activo ejercicio del vals y de la galop por la preparación de las hilas y vendajes para los hospitales de los heridos de la guerra; menudearon los banquetes, y hasta en los ofrecidos por los individuos del cuerpo diplomático extranjero, se daba preferencia, entre los invitados, á los generales y militares de graduación, sobre la



gente meramente política. De los que cerraron sus salones del palacio de Villahermosa fué D. Joaquín de Osma. Entre sus recepciones de aquel año, la que más resonancia había tenido fué el baile de trajes para niños, que al sonreír la primavera había dado en honor de sus tres hijas, Blanca Osma, que inspiró el numen de Ventura de la Vega y luego fué malograda marquesa de Malpica; ésta se vistió de húngara; Anita, la actual condesa de Casa Valencia, que se disfrazó de cantinera, y Joaquinita, la linda actual esposa del Sr. Cánovas del Castillo, que llevaba un precioso traje de polaca. Todas las niñas aristocráticas de Madrid acudieron á aquella fiesta con los trajes más variados y caprichosos. Belén Echagüe, que hoy ostenta el título del Infantado y que entonces volvía ya á los hombres locos con sus ojos verdes como los de las huríes del paraíso de Mahoma, vistió de *folie*, é hicieron raya por lo reputadamente *monos*, los hijos del duque de Fernandina y otros rapazuelos de entonces, que hoy llevan ya canas en la cabeza. Algunas pollas de más edad aspiraron á la categoría de niñas: éralo, en efecto, Adela Weisweiller, que no tenía más que doce años, aunque representaba por su precoz desarrollo quince y todas las gracias de las hadas septentrionales; pero no María Matilla, que frisaba en los quince efectivos y era el tipo que da las orillas del Guadalquivir, de donde acababa de llegar para casarse con su tío el príncipe de Anglona, entonces presunto heredero de la casa ducal de Osuna. El secretario de la legación de los Estados Unidos, Mr. Horacio Perry, presentó á otra rapazuela rubia como un querubín y sonrosada como un clavel; su hija Carolina Perry y Coronado, cuya madre, la eminente y soñadora Carolina Coronado, más orgullosa de aquella flor de su hogar, que de cuantas habían dado las musas del Bótova á su fantasía, rompió la pluma de los revisteros de oficio, para escribir ella misma el primer sarao á que concurría su hija. Aquella tarde los Sres. de Osma, no sólo ostentaron á sus hijas como reinas del baile en sus salones, sino en un cuadro recién pintado por



Esquivel, que las representaba jugando en el jardín. Después de aquel baile y de las expediciones del verano se declaró la guerra al Africa, y los Sres. de Osma, aunque representantes del Perú, no volvieron á admitir en son de fiesta en su casa, á la sociedad que suspiraba por el encantador *comfort* de aquellas habitaciones, hasta que llegó la noticia triunfal de la toma de Tetuán. Verdad es que en la guerra se hallaba uno de los individuos de su familia, que gozaba en aquella casa un cariño singular; el general Zavala, después marqués de Sierra Bullones, que mandaba uno de los cuerpos del ejército expedicionario.



Ni por la guerra de Africa, ni por los muchos lutos que aquel año hubo, se hizo clausura general de salones. Los del Montijo continuaron abiertos todos los domingos; y allí se sabían antes que en ningún otro círculo de Madrid todos los progresos de nuestro ejército en Marruecos, el nombre de los heridos de cada día y el de los que habían realizado en los combates hazañas singulares. Mas, no sólo por la codicia de estas noticias, el círculo limitado á los domingos había llegado á tomar posesión de aquellos salones todos los días. Desde los últimos meses de 1857 se había notado cierto desmejoramiento en la encantadora duquesa de Alba, sobre lo que se había hablado mucho en los centros aristocráticos de Madrid, donde hasta por sus rivales era idolatrada. Se hablaba del principio de una enfermedad, siempre grave, que, una vez iniciada, raras veces se cura, y que á pesar de los rigorismos del régimen que imponía la ciencia, de los cambios de aires en busca de



ambientes oxigenados, de las brisas marinas en los viajes por mar y de las brisas purísimas de las grandes alturas, como las de las montañas y de la Orotava en Canarias y de Panticosa en los Pirineos, el mal come, come siempre, no retrocede, cada día acentúa sus estragos y al cabo entrega á sus víctimas á la muerte. Los doctores Viñals y Seoane no querían propagar las alarmas de su observación; disminuían con los que les preguntaban la gravedad de la dolencia desde que se insinuó, aunque á la paciente la aconsejaban regularidad en sus costumbres, abstención de paseos, saraos, teatros y trasnoches, y sobre todo la necesidad de salir de Madrid para otros climas más benignos. A nada la duquesa se sujetaba. Para ella, vivir era reinar; y ¿quién se atrevía á privarla de los trofeos de su Castellana, de su palco siempre admirado en el Real, de la adoración de los salones y de los comentarios de admiración al exquisito gusto de sus prendidos, á la elegancia singular de sus trajes, á la opulencia despótica de sus joyas y á la magia embriagadora de su conversación? Mientras la tisis se apoderaba de sus pulmones y devoraba aquella celestial naturaleza, la duquesa, sin rendirse ni á su temor, ni á sus estragos, se resolvió á no abandonar ni un solo momento el cetro y señorío de la sociedad de Madrid que disfrutaba. Si la emulación de su hermosura y de su elegancia la condenaba á una perpetua lucha de rivalidad, aquella lucha era sostenida con toda la energía y la perseverancia de un espíritu dominador y tenaz.

Aquella rivalidad existía, y era el objeto de ella otra andaluza de la parte del Guadalquivir, como ella lo era de la del Darro, de gran cuna y nacimiento como el suyo, y como ella enlazada al precursor de otra de las primeras casas grandes de Castilla. Aquella rival era Angela Pérez de Barradas y Bernuy, á la sazón duquesa de Medinaceli. Eran dos tipos completamente opuestos; pero los dos señoriales, y si á la sazón no estuviera ocupado el trono de España por otra mujer, superior á todas las de su tiempo, lo mismo en la magnificen-



cia física que en la magnificencia de su talento y de su corazón, habría sido difícil discernir á cuál de las otras dos le tocaba la corona. La duquesa de Alba era un tipo espiritual, poético, enteramente celeste: una deidad rubia, de la mitología rúnica, el hada del lago, la sirena de las valkirias; la duquesa de Medinaceli el tipo del Africa y del Mediodía, Esther, Semíramis, Cleopatra. Bajo formas menudas, pero escultóricas, la duquesa de Alba era una efigie de marfil torneada por el cincel de un Fidias; la duquesa de Medinaceli la estatua de una reina modelada por el genio de Miguel Angel: gran presencia, grave porte, formas altas y redondas, frente altiva, boca desdeñosa, ojos penetrantes. Sus galas, sus prendidos, sus trajes y sus joyas, no sólo habían de ser la suma creación de los más reputados artífices, sino su secreto más impenetrable. El signo del triunfo de cada una de aquellas diosas de la elegancia y del buen tono, era, aún más que la admiración, la sorpresa. Cuando la primera de ellas aparecía en su palco respectivo del Teatro Real, en sus respectivos trenes en la Castellana ó rompiendo el ambiente de la etiqueta cortesana en los salones espléndidos del real alcázar ó de la alta sociedad, imponía inmediatamente la expectación hacia su persona. Todos sus adornos se analizaban, se comparaban, se discutían, y cada una de ellas tenía su partido de admiradores, en aquella época en que en nada existían opiniones conformes. En el mundo lírico unos eran apasionados de la Ortolani, otros de la Grassi; unos de Mario, otros de Tamberlick; unos de Vialletti, otros de Selva: en el mundo cómico, unos de Romea, otros de Valero; unos de Matilde Díez, otros de Teodora Lamadrid: en el mundo taurino, unos de *Cúchares*, otros de *Desperdicios*; quiénes del *Tato*, quiénes de *Pepete*; y nada hay que decir de lo que sucedía en el campo de la política. Los apasionados de la duquesa de Alba no se saciaban de ponderar sus encantos, sus atractivos, sus seducciones; los apasionados de Angela Medinaceli hacían lo mismo de todas sus cualidades. No siempre en la novedad de sus galas podían ser



originales; pues cuando alguna de las dos se adelantaba á la otra en un linaje de adornos, á la ocasión siguiente la otra se presentaba en la órbita de los que en su rival habían producido el cautiverio de la admiración, con todos los extremos de la perfección más consumada. En una de aquellas recepciones tan frecuentes entonces, la duquesa de Alba no llevó más adornos en la cabeza, en el cuello, en los hombros, en el pecho, en la espalda, en la cintura, en las faldas y en la cola que un verdadero derroche de flores naturales en que se había exigido al arte y á la ciencia de la naturaleza todas las bellas miniaturas de la creación; en la ocasión siguiente, la de Medinaceli perfeccionó la materia con una carga de pensamientos cubriendo todas sus formas bajo cintillos de brillantes. Desde París, la emperatriz, que adoraba á su hermana, cuidaba del prestigio de su magnificencia, y todos los artistas del buen tono se hallaban ocupados siempre por mandato imperial en elaborar las galas con que en Madrid la duquesa de Alba había de sostener sin tregua la supremacía de la riqueza, de la elegancia y del buen gusto. Este mismo cuidado lo dictaba la esposa de Napoleón III hacia su madre, y el último traje que la condesa del Montijo lució en las festividades sociales por las victorias de nuestras armas en Africa, era regalo de la emperatriz, y consistía en un traje de tisú blanco de plata bordado al realce de flores de seda de varios colores.

La enfermedad que había hecho terribles avances en la fiera naturaleza de la duquesa de Alba, no había logrado domar su fiera energía, para adoptar aquel sistema de vida con el cual al menos hubiera podido prolongar algún tiempo su existencia. Ofrecía el Teatro Real la atractiva novedad de las representaciones dramáticas de la eminente trágica italiana Adelaide Ristori, y ni una sola noche la elegante dama faltó en su palco para admirar aquel prodigio del arte. Abriéronse las fiestas sociales del año 1860, con la recepción de los condes de la Regalía para adjudicar la noche de la Epifanía *la torta de Reyes*, y aunque todos quisieron nombrarla *reina de la fiesta*, ha-



biendo allí señoritas de primer vuelo como las hijas del conde del Campo de Alange, la del duque de la Roac, las de los condes de Ripalda y de Patilla, las señoritas de Oquendo y de Aranguren y la de la dueña de la casa, meritorias candidatas á aquel honor, propuso ella, y fué aceptada por unanimidad dar el *gateau des rois* á la hija de los condes de Ripalda, que era un encanto de diez y siete años. El día 13 del mismo mes el principe de Gallitzin celebró en su palacio de la calle de Fuencarral la entrada de año nuevo, que toca á dicho día en el almanaque del rito griego, y allí estuvieron las duquesas de Alba y de Medinaceli, compitiendo en esplendor, á pesar de la enfermedad de la primera, que vestía traje de tul con adornos de terciopelo negro y la cabeza salpicada de estrellas de brillantes. De tul también, adornado de flores silvestres cogidas con lazos de cinta de terciopelo rojo y broches de brillantes, vestía la Medinaceli, la cual llevaba además un collar de hilos de perlas desde el cuello hasta la cintura. En todo Enero dejó la de Alba de asistir los jueves, alternando, á las recepciones de Mad. Barrot y de mistress Andrew Buchanam, ni los viernes á las de los condes de Galen, deslumbrando como siempre en la del domingo 22 en la residencia de su madre en la plazuela del Angel. El 29 fué el baile grande anual de los aniversarios de las hijas de la condesa del Montijo, último que se celebraría en aquel palacio por la conmemoración de San Francisco de Sales, y durante el mes de Febrero y los primeros de Marzo, cuyo domingo 4, fué el baile de Piñata, que la condesa daba antes de suspender los ejercicios de Terpsícore hasta la Pascua de Resurrección, aún concurrió á uno de los saraos de la marquesa de Narros, á otro de la marquesa de Villaseca y á las grandes fiestas con que los duques de Medinaceli y los señores de Osma celebraron la toma de Tetuán. Otra hubo en casa de su madre, en que, como en todas á las que asistía, fué la reina: la que el 12 de Febrero hubo en el palacio de Ariza en honor de la infanta doña Amalia y el principe Adalberto de Baviera, que dieron con sus personas mayor



brillantez al sarao. Mas ya desde los primeros días de cuaresma la enfermedad tomó un aspecto alarmante, y como no se pudiese obtener de la duquesa que dejara de asistir ni á los conciertos sacros del Real, donde Mario, la Trevelli, la Fioretti y otros artistas interpretaban la música de Stradella y de Alary, y en los que por vez primera se cantó en Madrid el *Ave María* de Schubert, ni á las funciones de prestidigitación de Hermann, ni dejar de trasnochar en el círculo diario é íntimo de la condesa su madre; ésta también suspendió los últimos y aun se fingió enferma, para que el delirio que por ella la duquesa sentía, se quedara cuidándola junto á su lecho, que era el modo único de cuidar á la verdaderamente lesionada y en peligro. La enfermedad de la duquesa no se había ocultado á la emperatriz, y como los médicos á todo trance querían sacarla de Madrid, la emperatriz, para engreirla, la escribió diciéndola que ella también tomaba parte en los coros de música religiosa de los conciertos de las Tullerías, y que para el 17 de Abril había anunciado á la corte un baile de trajes en el *pala-cio de la duquesa de Alba* en los Campos Eliseos, prometiendo que la dueña de aquella residencia iría de Madrid á hacer á la alta sociedad francesa los honores de su casa. La fina penetración de la duquesa le hacía adivinar el objeto de aquellos pretextos, y contestaba sonriendo siempre, que ella quería morir en su patria. No obstante, su estado era tal en los primeros días de Abril, que los cronistas amigos fueron encargados de anunciar en los periódicos que hasta que desapareciera la indisposición que la duquesa de Alba padecía la condesa del Montijo no recibiría los domingos.

La alegría de las victorias de Africa prestó á la sociedad de Madrid una animación extraordinaria después de las solemnidades religiosas de la Semana Santa de 1860, y aquella primavera, lejos de interrumpirse las recepciones sociales con la jornada de la corte á Aranjuez, continuaron los lunes las de Mad. Barrot, los martes las de la señora de Torres, los jueves las de los marqueses de Narros y la legación de Ingla-



terra, más las de los marqueses de la Granja; los sábados las de los marqueses de Villaseca, las de los marqueses de la Habana y las de los condes de San Isidro, y finalmente, los domingos suprimidos de la condesa del Montijo tomáronlos para sí los marqueses de la Regalía y la señora de Aranda, hija del general Infante. En ninguno de estos salones volvió á verse la hermosa figura de la duquesa de Alba: su estado era tal, que ya los mismos médicos creyeron que habría peligro en ponerla en las molestias de un viaje largo á París; y cuando el 17 de Abril llegó, todo el mundo aristocrático en la corte del emperador se preguntaba por la bella y elegante dama española, hermana de la soberana. El baile, sin embargo, no se suspendió. Los duques de Tascher de la Payerie, mayordomos mayores de la casa imperial, hicieron los honores á los invitados. El emperador y la emperatriz concurrieron, y ésta vestida en traje de Diana cazadora. No bailó, sin embargo; pero autorizó que bailara, como cuadrilla de honor, la que representaba los cuatro elementos, por medio de la condesa Walawska, *el agua*, que vestía de ondina; la condesa de Morny, *el aire*, que llevaba alas de cisne; la princesa Gwikowska, *la tierra*, coronada de espigas de oro, y la princesa Czartoriska, hija de la reina madre, Doña Cristina de Borbón, *el fuego*, que se adornaba con una diadema de llamas de oro. La relación de aquella fiesta la escribió la misma emperatriz á su hermana, siempre invitándola á marchar á su lado para ponerse bajo el cuidado de los médicos de París y para participar de aquellas recreaciones suntuosas de que la capital de Francia, bajo el imperio, ofrecía un continuo programa. No obstante, antes de que la antigua condesa de Teba pudiera recibir la contestación auténtica á su carta, en los periódicos de Madrid halló el alarmante anuncio de que «la condesa del Montijo no volvería á recibir hasta el invierno». Después de este anuncio, que envolvía una cruel revelación, el eco de la publicidad se extinguió por algunos meses sobre aquellas ilustres damas, que se reconcentraban en el hogar domés-



tico, en los cuidados y en las angustias de un dolor sin esperanzas.

Las repetidas instancias que de París se recibían, las exhortaciones incesantes de los doctores Seoane y Viñals y el progreso de la enfermedad cada día más agravada, al cabo resolvieron á la duquesa á dejarse conducir al lado de su hermana. Avisada ésta, envió al puerto de Alicante para recibirla á bordo y conducirla á Lyon el *yath* imperial, y á mediados de Junio, bajo una temperatura dulce y suave, abandonó á Madrid, acompañada de la condesa su madre, del duque su esposo, y de sus hijos. También llevó consigo á Viñals, en cuyo corazón fiaba más que en su ciencia, pues personalmente le estimaba por aquel fondo de bondad y de lealtad que le caracterizaba. El día antes de dejar para siempre la capital que habia sido desde niña corte de sus triunfos y cuna de sus hijos, rindiendo el último culto á la condición de mujer elegante y de buen tono, por el que habia alcanzado tanto prestigio, como por su hermosura, se vistió con los más refinados perfiles de una encantadora coquetería, mandó poner uno de sus trenes y pasó la tarde en la Castellana. Fué su última despedida al Olimpo que por tantos años hizo el teatro de sus triunfos. París no le dió más vida, ni más salud: la cruel enfermedad que se habia apoderado de ella, seguía indómita su camino, aunque entre alternativas que á algunos de los que la rodeaban les hacían pasar las más contrarias emociones. Durante su estancia en aquella capital, y en aquel palacio de los Campos Eliseos que llevaba su nombre, no perdió los hábitos de pasear todos los días por el Bosque de Bolonia. Pálida, moribunda, acostada en una carretela abierta, atravesaba por ellos, y aún sus ojos vibraban los rayos de su fosforescente luz, cuando conocia en los que hallaba al paso caras españolas, que la saludaban siempre con lástima, adoración y respeto. El poeta Pedro Antonio de Alarcón, que después de haber escrito *El Diario de un testigo en la guerra de Africa*, se hallaba entonces en París camino de Italia, todas las tardes, acompa-



ñado del artista francés Carlos Iriarte, se dirigía al Bosque para ver á la duquesa. La veían llegar y pasar; saludábanla emocionados, y siempre se decían: —¿Vendrá mañana? ¡Ah! quizá mañana no vendrá.—En la tarde del 8 de Setiembre la vieron aún á la orilla del lago, bajo los árboles que comenzaban á perder las hojas. Despues... no la vieron más. El día 16 del mismo mes, domingo, día señalado de las fiestas de su madre en Madrid, rodeada de los que amaba, mientras que París se entregaba á las expansiones de aquel día, mientras que detrás del palacio de Alba resonaban las alegres armonías del *Chateau des fleurs*, aquel espíritu sublime se extinguió. El día anterior, el día 15, la emperatriz con el emperador se había embarcado en Ajaccio para la Argelia. Iban engañados. Napoleón, que adoraba en su esposa, abrigaba el temor de que el mal de la duquesa la contagiase: aún hay quien sostiene acerca de los tísicos esa aprensión. Los mismos médicos de la cámara imperial fueron los encargados en producir aquel engaño, haciéndole creer, no sólo que la ilustre enferma se hallaba muy aliviada, sino de que á su regreso la encontraría mejor. Este celoso cuidado del emperador hacia la emperatriz privó á esta del consuelo de recibir su último suspiro. Entre las fiestas de su viaje regio recibió la noticia, y el 22 volvió á desembarcar en Francia.

*Le Monde illustré* publicó este elogio de la duquesa de Alba después de su muerte: «La duquesa de Alba ha sido una mujer idolatrada: desde su casamiento, aunque muy joven todavía, pues se casó antes de cumplir los veinte años, se colocó al frente de la alta sociedad de Madrid, de que era la reina. Nadie ha podido hasta su muerte arrancarle, ni aun disputarle su cetro, habiendo sido una de las mujeres más admiradas que han atravesado sobre la tierra. Reinaba en los salones de Madrid, no sólo por su singular belleza y su elegancia inimitable, sino también por el atractivo de su viva y graciosa conversación, por la seguridad de su criterio, por sus vastos conocimientos y por la superioridad de ciertas natura-

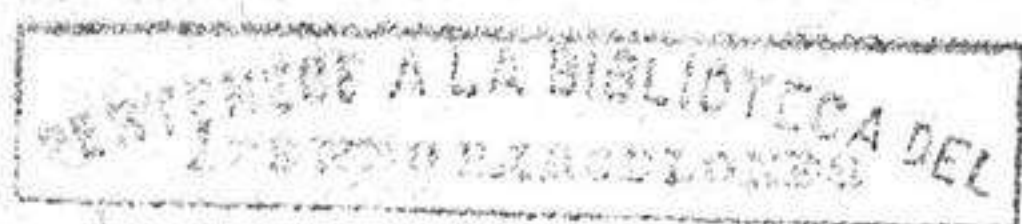


lezas privilegiadas que saben armonizar sus facultades y sus encantos y dar á todas sus acciones, á todas sus palabras, á todos sus movimientos cierto perfume suave, cierta melodía misteriosa, una mujer indescriptible. Los españoles con razón dicen que ella era lo mejor que tenían, y todos estaban orgullosos de ella. Todos la amaban con ese culto lejano que sólo se tributa á los astros y á las maravillas del arte. Había llegado á ser en España el centro de una vasta y múltiple asociación de todas las aristocracias, de todas las eminencias de Madrid. Todo el mundo ha oído hablar de estos bailes y de los conciertos de la condesa del Montijo, pues allí era donde brillaba la hija que esta ilustre señora acaba de perder; por ella y para ella se hacía todo allí. Ya no se volverán á ver aquellos salones iluminados, donde se reunían los hombres que llevan un nombre esclarecido, los oradores, los soldados, los artistas y los poetas que ilustran al país. En aquel campo neutral fraternizaban las celebridades políticas, militares, opulentas, elegantes, aristocráticas, diplomáticas y literarias que Madrid encierra: todos los viajeros de distinción, todos los artistas extranjeros de alguna fama, compositores, pintores, cantantes y cómicos. En medio de aquella brillante multitud reinaba la duquesa sin rival, dirigiéndose á cada cual en su idioma propio y en el lenguaje de su carrera, de su profesión ó de su arte favorito. Aquella mujer era al mismo tiempo la reina inteligente de la moda, el ídolo de la juventud fashionable, el modelo del buen gusto en sus trajes, en sus trenes, en todo lo que la rodeaba y en todo lo que la pertenecía. Su voz sonaba en los conciertos como una nota argentina. Todos los ojos en el torbellino del baile seguían su talle esbelto. Su mano de hada contribuía en el teatro á los aplausos de la multitud, cuando no daba la señal para ellos. En la caza, en el paseo, en la corte, dondequiera se la veía á la misma altura, siempre el objeto de todas las atenciones, siempre el polo de todas las almas.»

La prensa española la consagró análogos panegíricos.



Poco después, cuando en las auras del otoño en Madrid, se restauró la vida habitual de estas estaciones del año, se abrió el Teatro Real el 2 de Octubre. La Julienne, Fraschini, Bouchi y Giraldoni cantaron las *Vísperas Sicilianas*, y *La Epoca* daba noticia de la inauguración. No citó nombres de la elegante concurrencia; pero no dejó de notar que «el palco donde tanto había brillado la elegante duquesa de Alba estuvo vacío». Así pasó toda la temporada. Alcalá Galiano, en los primeros días de 1861, dirigió una salutación ingeniosa al año que comenzaba; pero recordando la mayor de las pérdidas del antecedente, también escribía: «La llegada del cadáver de la malograda duquesa de Alba viene á turbar un tanto el halagüeño cuadro que la sociedad presenta. La que no ha mucho era el alma de los salones y el modelo de la elegancia, la que brillaba tanto por su hermosura, su juventud y su gracia, por su talento y nobleza, la que era la joya de la buena sociedad, desapareció de la escena del mundo; se ocultó como el sol en todo el lleno de sus esplendores, y ahora viene en un ataúd, ceñida con el triste ropaje de la muerte, á dormir en un panteón el sueño eterno. Las que ayer iban á admirarla en su palco, en sus salones y en sus trenes, mañana irán á rezar sobre su tumba.» En efecto, la muerte de la duquesa de Alba cerró los salones de la condesa del Montijo, que, retirada en su residencia de Carabanchel, lloró inconsolable todo el resto de su vida la desgracia que le privó de una hija querida, y á la corte de Madrid de su más bello adorno. Sobre su sepulcro, labrado en el panteón de familia de los duques de Alba, nunca desde aquel tiempo ha faltado el homenaje del amor representado en flores frescas, renovadas con frecuencia en todas las estaciones. Mientras compartió su hermana Eugenia de Guzmán el imperio con Napoleón III, de París llegaba cada día este piadoso tributo.



(Se continuará.)

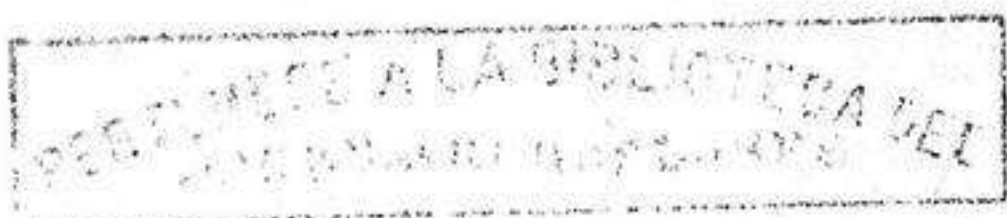


## AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

---

La guerra de Cataluña en 1848 y la de Cuba de 1896.—Canina.—*Gabaix, porch.*—Narvaez y Bullwer.—Contubernio político nefando.—El Rosario y el himno de Riego.—Me tasan.—Asistente heroico.—Por dinero baila el perro.—Efectos de indumentaria.—Zapatero sucio.—Desgraciada profecía.—Un general modelo.—El alférez calamidad.—Los jamelgos.—El bufido de la patrona.—Idilio.—La mujer de Putifar.—Absolución de pito.



**L**a guerra de los matines ó carlistas del 40 al 49 en Cataluña se parecía á la que hacen los insurrectos de Cuba en 1895 y 96. Aquellos huían siempre si no eran muchísimos más; atacaban á partidas ó destacamentos y al verse acosados se dispersaban. Si se les hacía una descarga, sólo caía prisionero el que salía perniquebrado. La infantería no podía alcanzarlos por el vestuario y equipo que la abrumaba, y la caballería, en terreno montañoso, era completamente inútil. Se colocaba á retaguardia de la columna, y para evitar que en un desfiladero la cortase el enemigo, marchaba detrás de ella infantería.

Los carlistas no esperaban jamás en campo raso, sino en posiciones elegidas de antemano; acometían por sorpresa, si la tropa se desorganizaba, si enseñaba el morral al enemigo, de seguro aquel día sobrarían pantalones, como decían los soldados para significar que habría muertos. Las tres columnas que durante la guerra volvieron la espalda, sufrieron la humilla-



ción de ser vencidas por los matines. Estos se salvaban siempre huyendo; la tropa perdía vida, libertad y honra. Si el general Reding (año 1809) triunfa en la batalla de Valls, como además de los soldados se hallaban preparados los somatenes catalanes, no queda un francés. Las hordas medio negras de la canalla cubana, escapan á caballo de la infantería española. La prueba de que ésta no ha retrocedido, es que no ha perecido ninguna columna. No continúo. De la guerra de Cuba sólo tienen facultad de hablar los que no son ni fueron jamás militares.

A principios de 1848, la columna de Reus se componía de dos compañías y cuatro caballos. El capitán de la mía la mandaba; habló con el alcalde en la plaza de Montbrió, y preguntó:—¿Cuál es el oficial más antiguo?—Yo, le contesté.—Se queda V. aquí y á nadie entere de mi dirección. Sígame la caballería.—Echó á andar á pie delante de cuatro jinetes.—Capitán, le grité, no tenga cuidado se me escape á dónde va; no me lo ha dicho V.—Militares y paisanos soltaron la carcajada. Poco tiempo después, para darse importancia, compró un malísimo penco. Yo llamaba Canina á su jamelgo.—¿Quiere V. apostar á que corro más que ese animal?—le dije.—Sí, ahora mismo.—La tropa abrió filas y se colocó á derecha é izquierda del camino. El término de la carrera eran unas pite- ras á trescientos pasos. Llegué á ellas antes que el cuadrúpe- do, que se llevó una tremenda silba. El capitán, furioso, no me dirigió la palabra hasta el día siguiente. Al recibir algún pliego miraba si me hallaba cerca. Sabía que yo leía á gran distancia y que me enteraba de las noticias sólo para calcular si dormiríamos en cama con colchón. Le entregaron un oficio, lo colocó de modo que no viese lo escrito, lo leí al trasluz, ¿qué hay?, le preguntaron.—Y contestó:—Entre otras cosas, que dé á Vds. la paga.—Lo único que dice, añadí.—Se atufó. Pronto le pasó el disgusto.

Los franceses, á últimos de Febrero de 1848, echaron con cajas destempladas al rey ciudadano, á Luis Felipe, que con-



tribuyó á destronar y substituyó á su pariente Carlos X. Entonces oí referir la siguiente anécdota: Al verificar un cange en Cataluña durante la guerra de la Independencia, los españoles tenían mayor número de prisioneros que sus enemigos, y convinieron en dar franceses por cerdos. El jefe catalán, al entregar un gabacho y recibir un cochino, repetía:—*Gabaix, porch.*—Desde entonces llaman gabaixs porchs á nuestros vecinos transpirenaicos.

Al parecer, sólo quedaba Marsal con una pequeña partida en la alta montaña. No había matines en la provincia de Tarragona. En Abril comenzaron á salir al campo los amnistiados, entraron de Francia muchos carlistas y bandas numerosas de trabucaires recorrían las montañas del Principado. La guerra, casi apagada, volvió á encenderse con más fuerza. En la carretera de Reus había el siguiente rótulo, durante la campaña: *A Tarragona 3 leguas de 6.666 varas y 2,3 de Burgos.* Lo leyó un soldado, y dijo: De aquí á Burgos hay 6.666 varas.—Y también 8.000, añadió otro.

Siempre que la columna se detenía en el famoso monasterio de Santas Creus, hablábamos con dos pobres monjes que vivían en él desde la exclaustación. Uno de ellos era ciego, y tan aficionado á los caballos, que sufría por no poder verlos. Los acariciaba con la mano y adivinaba al tacto el color del pelo; particularidad que comprobamos varias veces y que nos causaba admiración.

En Santas Creus existe el sepulcro de Pedro III de Aragón, el de las vísperas sicilianas, llamado justamente el Grande. Los restos se hallan en un antiguo baño árabe de porfido. Se observaban en él ligeras huellas que hicieron al tratar de destruirlo, en nombre de la civilización.

Permanecimos en Reus durante los sangrientos motines que hubo en Madrid. El ministro inglés Bullwer protegía descaradamente á los revolucionarios. El general Narvaez le expulsó de España el 18 de Mayo de 1848. Hubo quien temía que los barcos ingleses desde el Manzanares bombardeasen á la corte.



Medida enérgica, por la cual el duque de Valencia merece todos los honores que recibió en su vida. Cesaron de influir en el gobierno español los franceses, cuando mandaban los moderados; los ingleses, si se hallaban en el poder los progresistas.

Por odio y temor que hasta después de muerto tenían los revolucionarios á Narvaez, quitaron en 1868 su nombre á una de las principales calles de la capital y pusieron el de Serrano.—Como si tan necia disposición evitase que la historia le considere como un gran carácter.—La restauración y los conservadores, siempre ingratos, no lo remediaron por cobardía. En lo que va de siglo sólo han debido hacer capitanes generales y duques á Castaños por Bailén, á Palafox por Zaragoza, á O'Donnell por Tetuán y á Narváez por la expulsión de Bullwer. ¡Qué dejan para el que tome á Gibraltar, una á Portugal ó conquiste á Marruecos, si prostituyen como lo verifican títulos y condecoraciones! Aparecieron en la provincia de Tarragona, partidas carlistas que se dispersaban en seguida. Los bandidos Pau-Mañe y Vilella se burlaban de la persecución. Enguera reclutó en la liberal Reus 60 carlistas, llegó á la Musara y se dispesaron.

En Abril fui destacado con 30 cazadores á Vimbodi. Perteneció en feudo á Poblet, y sus vecinos, en nombre de la libertad, después de robar el monasterio, lo quemaron en 1835. Me dijeron existía en Vimbodi el puñal de Pedro IV (en Cataluña le llaman el del Puñalet), con el cual se hirió en el brazo, y borró con su sangre los fueros de Aragón. Sentí no encontrar arma tan interesante.

El 28 de Mayo se me desbocó el caballo en Valls. Se ladeó la silla; al caer quedé enganchado del estribo; me arrastró largo trecho; recogí en la carretera la gorra, uno de los falzones y media espalda de la casaca. Al ver ésta mi patrona, cuando volvió el asistente de llevarme una levita para poder entrar en el pueblo, creyó me traerían á casa entre cuatro. Todo se redujo á chichones en la cabeza y rozaduras en la espalda; parecía un archipiélago.



A mediados de 1848 tomó la guerra civil gran incremento; Cabrera entró en España, tratando de organizar á los catalanes, siempre valientes, infatigables y arrojados, pero refractarios á la disciplina. En la primera guerra civil consiguió el conde de España que catorce batallones carlistas del Principado comiesen rancho y llevasen corbatín; mandaba cortar la cabeza á los que cometían la más leve falta. Lo arrojaron con una piedra al cuello por el puente de Orgañá al río Segre.

Cabrera supo que el nuevo capitán general, D. Fernando Córdoba, había llegado á Cataluña con gran comitiva, y preguntó:—¿Lleva alpargatas? —No; botas de charol.—Pues no me cogerá—añadió el sacristán de Tortosa. La profecía se cumplió.

La guerra de los matines se hacía interminable: nuestros soldados se esforzaban en vano persiguiendo al enemigo por terreno escabroso, donde la caballería estorbaba y sólo servía para distraer la fuerza de infantería que la custodiaba.

Los carlistas esperaban en posiciones casi inaccesibles, seguros de la retirada. Si se dispersaban, como no llevaban uniformes ni divisas, en caso de apuro abandonaban las armas y veían pasar tranquilamente á la tropa.

Cuando eran cuádruples en número y el terreno favorecía, preparaban hábilmente una emboscada á la columna. Si el comandante no era valiente, práctico y avisado, la destruían.

El 27 de Agosto, al republicano Baliarda, que llevaba 200 hombres, lo batió una compañía cerca de Poblet. Baldrich y Escoda, también republicanos, aparecieron en la provincia de Tarragona. Masgoret, comandante general por Montemolín, llevaba 400 infantes y 25 caballos. Rivas y Sabaté, 250 de á pie. D. Ramón Arbones (a) Ramonet, el que mandó poner cuatro galones de coronel á su casaca, capitaneaba por las Garrigas y el Priorato 300 á 400 y 50 jacuchos. Torres de Beliana, con unos 150, merodeaba por los confines de la provincia, y Basquetas, con 50 foragidos, se escondía en la áspera Baronia de Entenza. Las partidillas de Siseta, el Pitus, el Pato, Pavet y



otros, eran los mosquitos de la facción, que picaban cuanto podían en los pueblos pequeños. Cuando oía el nombre de un nuevo cabecilla lo apuntaba. Si lo mataban, ponía al margen un cero, y si lo cogían el signo menos.

Se descubrió una conjuración republicana, cuyo plan era entregar á Cabrera varias plazas fuertes de Cataluña. Atente esta mosca por el rabo. Se refería por entonces que al ir á fusilar á un comandante republicano, dijo á su compañero de infortunio:—«Nuestro partido llegará al poder y nos vengará del capitán general que tan cruel es con nosotros.» Si es verdad esa anécdota, se equivocó el pobre iluso. El general absolutista de Fernando VII, fué el primer ministro de la Guerra de la República en 1873.

Víctima de la arbitrariedad del jefe, sin corresponderme, me mandó destacado á Alcober el 11 de Septiembre.—Arréglese como Dios le dé á entender—me dijo. Era un Adán.

En Alcober no quise fortificar ningún edificio. Me situé en la iglesia, que era de piedra cantería y difícil de incendiar. Coloqué piedras en la torre y tenía en ella cuatro soldados y un cabo. Me hubiera servido de refugio si me atacaran carlistas ó republicanos. La tropa ocupaba la bóveda del templo y yo el coro. De noche, con la oscilación de la lámpara, parecía que se movían los santos del altar mayor. Muchas veces pensaba. Si cuando yo era niño me hubieran metido aquí, me muero de miedo. El cura, acérrimo partidario de Montemolín, se admiraba de que los cazadores lo saludasen al pasar, como manda la ordenanza, y que observasen la más rígida disciplina.—¿Todos los soldados de la Reina son así?—me preguntó.—Todos—le contesté.—Pues aunque ganen los nuestros, como no sirven sino para correr y batirse por las montañas, Carlos VI, tendrá precisión de llamar á Vds. para formar el ejército.

Como los soldados se aburrían en el destacamento, un día los encontré á todos en cueros con el correaje, el morrión y las polainas puestas, ejercitándose en el manejo del arma. En



algo se habían de divertir. El efecto que me causaron fué atroz. Hice como en las comedias antiguas, cuando alguno embozado al atravesar la escena, exclama:—Pasaré sin ser visto.

No me reí en Alcober, hasta que una mujer me preguntó, al enterarse que yo era aragonés—si antes que militar había sido arriero.

Me avisó el alcalde del pueblo que los facciosos, republicanos y carlistas, habían ofrecido una onza al que me cogiera muerto ó vivo. Cuando se llenaba la iglesia de gente, me subía con el destacamento á la torre, para evitar una sorpresa. Un dia me dieron parte que el centinela colocado en el campanario no se dejaba relevar, y amenazaba con matar al que tratara de acercársele, lo cual podía hacer uno á uno con los soldados del ejército de Jerjes. El soldado era catalán, y por si se hallaba en combinación con los que me querían pescar, avisé al alcalde que me proporcionase albañiles y materiales. El centinela observó que iban á tapiar la bajada de la torre, se sometió, descolgó el fusil y lo mandé preso á Tarragona. Llegué á ser muy querido de las mujeres del pueblo. Decían que me salvarían, escondiéndome debajo de sus faldillas. En tal caso no hubiera tenido frío.

Pasó una columna por Alcober. En ella iba un coronel de brutal aspecto. Me chocó por lo brillante y nuevo del uniforme. Pregunté.—¿Qué tío es ese?—y me contestaron.—El Perrot de la Casta, que hemos perseguido por las montañas de Prades. No tiene más mérito que saber 32 caminos diferentes para ir desde Pont de Armentera á Montagut; un par de leguas. Sirve de guía.—¡Nos mandará á nosotros!—exclamé admirado.—Por supuesto—añadió el oficial.—Ha reconocido al gobierno y el gobierno á él el empleo de coronel.

D. Carlos, en la primera guerra civil, porque el cabecilla Esain le llevó sobre los hombros, librándole de caer en poder de Rodil, le nombró conde de Casa Esain, grande de España y coronel. Le llamaron el burro del rey. Si se hubiera adhe-



rido en 1839 al convenio de Vergara ó sometido al gobierno en 1848, se habría aumentado el número de asnos, que han hecho coroneles y grandes de España con menos méritos que conducir á cuestas á un simple por las breñas y precipicios de Navarra.

Los caudillos carlistas del Norte, en la primera guerra civil se dividieron. Los guerrilleros del país odiaban á los castellanos y militares instruidos. Nada, señor—decían los prácticos á D. Carlos—nada de gente que sepa escribir; los brutos llevaremos á V. M. á Madrid. Uno de ellos, ya le había servido de cabalgadura.

El 1.º de Noviembre nos reunimos con el capitán general en La Bisbal. Mientras perseguíamos á Masgoret por Selma y Montagut, atacó el referido carlista al destacamento de Cibra que pertenecía á mi batallón. Incendiaron la casa del cura y la torre, se voló el repuesto de pólvora, y los carlistas dijeron que habían comido muchas veces carne más cruda que la del capitán que mandaba la tropa. No le valió ser amigo de Baldrich, que ayudaba al general carlista. Los matines, todos los días mañana y tarde, rezaban el Rosario por compañías, mientras los republicanos cantaban el himno de Riego. ¡Buen contraste! Los montemolinistas jamás iniciaban en sus planes á sus auxiliares. Mi patrón de Valls, segundo de Baldrich, me escribió que á pesar de su odio al gobierno, me quería mucho.

El 3 de Noviembre, en Igualada, conocí al general Lersundi, el héroe de 1848, que entró sólo con un corneta en la plaza Mayor de Madrid, ocupada por el regimiento infantería de España, núm. 30, sublevado contra el gobierno. Lersundi mandó tocar alto el fuego, los insurrectos obedecieron maquinalmente ó por costumbre, y las fuerzas leales que le seguían tomaron la plaza sin ser hostilizadas. Los envidiosos dirán que á cualquiera se le hubiera ocurrido. A casi nadie. Al regimiento de España le variaron el nombre por el de Iberia; en 1873, se volvió á pronunciar, y desde entonces se llama Lealtad. Por ironía.



Mientras dormía en Santa Coloma de Queralt la columna, compuesta de dos batallones de cazadores, el 14 de Diciembre, á las tres de la mañana, Masgoret, general carlista, un buen hombre, Vilella, mala persona, y el republicano Baldrich, sorprendieron y mataron á los miqueletes que había en la puerta de Valls.

Ocuparon la población menos las calles inmediatas al cuartel, de las que fueron rechazados por los músicos y quintos aragoneses del batallón cazadores de Antequera. Meses antes oí á Baldrich, comandante de reemplazo, procedente de cuerpos francos, que perteneció en 1843 á lo que llamaban Estado Mayor de manta de Prim, que los que defendíamos á Isabel II éramos carlistas. En calificar con exactitud, literatura y milicia, estaba poco fuerte. Murió de teniente general, sirviendo á Alfonso XII. Los facciosos de ambas castas, registraron en Valls el alojamiento del segundo comandante de Antequera, y asesinaron á su asistente José de Vega, que se negó á descubrir dónde se escondió su amo. Fué en el batallón, único acto heroico; el que nos mandaba, ni comprendía ni era capaz de ejecutar, ni dió parte de haberse verificado.

El año 1848 fué fatal. Entraron de Francia los emigrados carlistas, cansados, como los oficiales realistas de 1827, de no comer; por igual razón los liberales procedentes de la Jamanca y de las sublevaciones vencidas en tiempo de los moderados. En nefando contubernio, como decían entonces, se unieron montemolinistas y republicanos, Cabrera y Ametller. El primero trataba de penetrar en Barcelona, y el segundo, en el castillo de Figueras. Se batían juntos contra las tropas de Isabel II, no para salvar la patria, sino por saciar el hambre y la ambición. Aquí no se os dará el mal trato que recibís de vuestros oficiales, decían en una proclama á los soldados para engañarlos por la milésima vez. El gobierno ganó á los carlistas con dinero y grados, reconocieron como brigadieres á Pons, Pozas y otros, concedieron dos empleos y dos pagas á los oficiales de este último, en premio de haber



derrotado á la columna de Manzano. Otro *pedrisco* de brigadieres.

Para ser militar, como para todo, se necesita nacer y mucha práctica. A un comandante, le enviaron á La Bisbal, provincia de Tarragona, á sorprender á unos matines. Era de noche, hizo entrar en el pueblo dos compañías por un lado y dos por el otro. Lo arregló tan bien, que se emprendieron á tiros los soldados, murieron tres y se escaparon los facciosos. El jefe procedía del convenio de Vergara y ostentaba la cruz laureada de San Fernando. Debieron quitársela. Por fortuna, no me encontré en tan gloriosa refriega.

Ruiz de Alarcón, refiriéndose á los nobles, y se puede aplicar á los militares, dice:

«Pues, si honor puede ganar  
quién nació sin él, ¿no es cierto  
que, por el contrario puede,  
quién con él nació perdello?»

Operaban con nosotros 250 carabineros. El 11 de Noviembre llegamos de noche á Querol. Colocaron el batallón en columna cerrada en la plaza, frente á uno de los lados que era un precipicio; á retaguardia las acémilas, la caballería y los carabineros en desorden. Estos merodeaban por el pueblo, dieron el ¡quién vive! á unos bultos; como eran vacas no contestaron, hicieron fuego, y se echaron sobre los cuadrúpedos que empujaban al batallón contra el despeñadero. Harto trabajo nos costó impedir que los soldados disparasen y nos matásemos los unos á los otros. La imprevisión y la indisciplina causan en la guerra los mayores desastres.

Muchos carlistas que perdieron la esperanza de triunfar, para no volver á la emigración, vendieron su honra á cambio de que les reconociesen los empleos recibidos de D. Carlos. Se celebró con ellos un segundo convenio, y á las pacientísimas armas generales, en especial á infantería, la idea de caballería catalana no se comprende, destinaron un contingente



numeroso de jefes y oficiales sin educación civil ni militar, con grave perjuicio de los que servían en ellas y siempre habían sido fieles.

Montemolín no traspasó la frontera, esperando que sus huéspedes ocupasen á Madrid. Como si para ser rey, jefe del ejército, y vestir de capitán general, no fuera justo y de obligación sacar la espada y exponer la vida ya que lanzaba á sus partidarios á perderla. El 1.º de Enero de 1849 varios batallones rodearon de noche la Vilella alta, pueblo de la provincia de Tarragona. En él estaban Rivas y Sabaté con unos trescientos carlistas, que después de romper el fuego al amanecer, se entregaron, aconsejados por sus jefes que habían avisado al general Ena, para que los sorprendiese en la indicada población. Sólo se escaparon unos pocos con los cabecillas Pavet d'Arbolí, el Pepo de Ginestá y Pipeta, tres pillastres de profesión.

Al ver los rendidos formados en la plaza, comprendí por qué no podíamos alcanzarlos, aunque la mayoría de los matines físicamente eran inferiores á los soldados. Consistía en el traje, equipo y armamento que unos y otros usaban. Los matines sólo llevaban lo puesto. En la cabeza, barretina ó pañuelo, chaqueta ó en mangas de camisa, calzón ó pantalón de pana, canana y fusil. A los soldados les abrumaba el incómodo morrión, el largo capote, el burdo pantalón, el pesado morral, la cartuchera y las polainas. Después de una campaña se olvida siempre lo que en ella se aprende. Los que mandan, si la han hecho, no han caminado á pie y varían los uniformes convirtiéndose en sastres, aumentando chismes inútiles, á veces por adular. Poco después de la guerra, añadieron á los morriones de los cazadores carrilleras y plumeros para hacer más pesadas á las tropas ligeras.

Cuando á los rendidos de Vilella alta los conducimos á Tarragona, apostrofaban á Rivas llamándole *Caragirat* (cara vuelta, traidor), y á Sabaté *savata porch* (zapatero sucio). Así se vengaban justamente de la infamia cometida por los referidos cabecillas; reconocieron los empleos de coronel al pri-



mero, y de brigadier al segundo; tal vez les dieran dinero como á Judas. Sus soldados volvieron á la montaña. Buen negocio.

En la campaña de los matinés hubo jefes de columna que escribían á los periódicos ensalzándose hasta colocarse en los cuernos de la luna, y convertían en grandes batallas el coger al enemigo una barretina ó gorro y un par de mantas. Así llamaban la atención y los ascendían.

Un comandante, aludiendo á sí mismo, decía: «El valiente fulano sorprendió al cabecilla mengano que se escapó por la fragosidad del terreno y oscuridad de la noche. Después pasamos el Ebro por.....» Metió la pata y nos reimos del badulaque. Tranquilo el resto de la nación, se dió gran impulso á las operaciones y los pueblos se cansaron de las exacciones de los facciosos. El 12 de Enero de 1848 sorprendimos á Basquetas, y el 14 se presentaron 150 carlistas con 40 oficiales, á condición de que se les reconocieran los empleos. A los que cogía Cabrera con tales intenciones los fusilaba. Si al sorprenderle el nuevo brigadier Pons (a) el Pep del Oli, no se escapa á uña de caballo hace lo mismo con él. Fuera mejor para su memoria. Pasara á la posterioridad como un caracter, aunque los liberales le llamaron el tigre del Maestrazgo.

En Falset me alojaron en casa de un comerciante. Me recibieron con agrado, lo cual no era muy común en Cataluña. Es natural la repugnancia á que desconocidos invadan la morada; si son mal educados lo pagan las personas y las cosas que encuentran. Los niños por instinto se acercan á los que los quieren. Uno de cinco años que había en la casa se apoderó de misable y otro de cuatro se caló el morrión. Los pregunté cual era el *hereu* (heredero). Yo só, contestó el mayor. Tú no lo serás añadí en broma, sino éste, señalando al menor que era mucho más guapo. El muchacho rabiaba al oirme, mientras sus padres lo celebraban. Salí de la casa, volví al poco rato, encontré la tienda cerrada, llamé, no abrieron y los vecinos me dijeron que rodease la manzana y podría en-



trar por la otra puerta. En ella me esperaba el asistente con la maleta en la mano.—¿Qué sucede? le pregunté.—En cuanto V. marchó, los niños de la patrona pasaron por encima de las tablas que cubren el lagar, una se ladeó, cayó el mayor en el vino y aunque gritó el pequeño *Peret ha caigut*, han sacado ahogado al que V. decía, no sería *hereu*. No me atreví á ver á los infelices padres ni he vuelto jamás á meterme á profeta.

A las órdenes del general Ena no pudimos sorprender á los facciosos la noche del 26 de Enero. Se reunieron todos los de la provincia, mandados por Borges, los perseguimos con tal actividad que no descansamos en cuarenta y ocho horas. A pesar de lo acostumbrados que nos hallábamos á las fatigas de la campaña, enfermaron cuatro oficiales y 80 soldados del batallón. El 5 de Febrero esperaron Borges y Baldrich en Selma; llevaban unos 750 hombres y 40 caballos. Se batieron con una columna. La nuestra no pudo entrar en acción. Por la noche en San Juan de Conils los migueletes, vanguardia de la columna de Igualada, creyeron que los nuestros eran carlistas y se emprendieron á tiros. Oí el fuego, salí del alojamiento, vi á un oficial del ejército que iba con ellos, me puse entre unos y otros y grité:—Es tropa, y cesó la lucha. Me envanezco de haber evitado derramamiento de sangre española. Solo hubo dos muertos. El republicano Bellera entró en la provincia, le puso la proa el general Ena, lo acosamos noche y día y se dispersó su gente. A Baldrich le echamos de nuestro distrito y no volvimos á ver más facciones republicanas. A éstas se las destruía con facilidad. Se componían generalmente de menestrales y tejedores acostumbrados á la vida de los pueblos; resistían menos que los payeses ó labradores. La columna que perseguía á los republicanos, si el jefe era activo el primer día los avistaba, el segundo los alcanzaba y el tercero los dispersaba. Ni quince días hubieran durado á no apoyarse en los carlistas. El país no los quería. Las payesas decían á la tropa sin preguntarlas. En tal parte está la repú-



blica. Es inexacto que el ejército los odiaba más que á los montemolinistas. Lo mismo. Era más fácil por su menor disciplina y más debilidad acabar con ellos. El jefe absolutista fusilaba al que no obedecía. El demócrata no se hacía respetar; todos mandaban. Una república según la idea que de ella se tiene formada en España. Sin subordinación la gente armada es una horda. Al general D. Manuel de Ena lo destinaron á la provincia de Gerona. Aragonés, incansable y valiente, jamás conspiró ni se sublevó. Montaba rara vez á caballo, dormía poco y no se acordaba de comer. Una noche en el Mas de Romanils, no se había desayunado en todo el día, le presentaron por único manjar unas sopas de pan de centeno. Al llevar la primera cucharada á la boca, dirigiéndose á los oficiales que llenabamos la cocina nos dijo:—Señores; el comer es una ilusión; en pasando de aquí, y señalaba su largo cuello con el índice de la mano izquierda, todo es igual. — Al oírle pensé: Tiene ideas disolventes. Conseguirá que nuestras pantorrillas se parezcan á las suyas. Era muy alto y flaco. Aquella noche lo pasé mal. Mi asistente sólo llevaba en el morral un pedazo de pan; de rabia, lo tiré por la ventana. Fué el único día que tuve hambre durante la campaña.

Marchaba yo á vanguardia de la columna del general Ena, y le dieron parte que los soldados de mi compañía habían robado una gallina. Mandó que los registrasen, decidido á fusilar al que se le encontrara. Se halló detrás de un pino envuelta en un pañuelo. Al verla gritaron los cazadores. «Es de Sabaté». Un catalán muy conocedor del país que nos servía de guía. Al frente de la tropa, junto á la rectoría de Albá le pegaron 110 palos por 11 cabos. El ladrón debía ser de acero. Ni se quejó. Lo ataron y llevaron al presidio de Tarragona de donde procedía y no debió salir.

Al general Ena relevó Galiano, que llevaba gran equipaje y cantina. Al verle exclamé:—¡Gracias á Dios que vamos con un general que come!

A D. Manuel de Ena lo mataron en Cuba en 1852 los fili-



busteros del traidor López. Los aragoneses que se hallaban en ella costearon el sepulcro que guarda sus cenizas en el templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Sólo á los que mueren por la patria toda, y no por un partido se debe erigir monumentos.

En una acción cerca de Igualada, después de andar siete horas y correr una, alcancé á un carlista de caballería que al verme á veinte pasos se bajó de su cabalgadura me disparó y se internó en el bosque. Cuando me incorporé á la columna, iba yo hecho una facha y cubierto de barro. Sin charreteras ni gabán, me resguardaba de la lluvia embozado en la manta sucia de un partidario del oscurantismo, montaba en el caballo prisionero, más alto que un elefante, pesado, y el más feo que he visto en mi vida. Los soldados y yo volvimos cubiertos de porquería. Esta fue la última batalla y la mayor de mis proezas. El general me regaló el jamelgo cogido á los matinés, lo vendí y repartí su importe á los soldados de mi compañía.

Viendo Cabrera que sus esfuerzos eran inútiles, que Montemolín con el nombre de alférez Lirio, tan bravo como en la Rápita en 1860, se hacía prender por la policía francesa para evitar el peligro de entrar en España, regresó á Francia. Lo mismo verificó el general republicano Ametller.

Después de dos años, siete meses y veintiún días la guerra se acabó rápidamente. Ese fué el doble tiempo de campaña que nos abonaron. En él anduve á pie 1.924 leguas y cambié de cama trescientas cincuenta y cinco veces.

A pesar de la seducción que empleaba el enemigo, ni un soldado de mi batallón desertó, ninguno tomó parte con los carlistas de los que en Cabra cayeron prisioneros. Tampoco se formó una sola causa. No hubo robos. Imposible era evitar que los soldados al pasar por las viñas cogiesen uvas. Colocaban el racimo junto á la culata del fusil que llevaban sobre el hombro y se las comían sin que lo vieran los oficiales que marchaban á la cabeza ó á retaguardia de las hileras. La ordenanza es tolerante con el hurto de la fruta comestible.



El 14 de Mayo fuimos á Barcelona; además de la guarnición, se reunieron veintisiete batallones para la entrada triunfal de D. Manuel de la Concha, ascendido á capitán general de ejército, vencedor de unos ocho mil carlistas y republicanos sin disciplina, con cuarenta mil soldados inmejorables perfectamente organizados, sin que se pronunciase ni siquiera un general. En cambio, se compraron con dinero y empleos á bandidos como Caletrus, que asesinó á los pobres soldados rendidos en La Llacuna y á otros que ni leer sabían.

Al referido *Tintorer* de Igualada le vi en Madrid de coronel, naturalmente de infantería, en 1868. Expondría méritos revolucionarios que entonces eran de moda: político también.

Una nueva avalancha de oficiales, la mayoría inútiles, cayó sobre la infantería, que es la que más se bate, más sufre y menos recompensada.

El gobierno se negó á conceder á los carlistas otros grados y empleos que los que tenían en 1839, cuando se celebró el convenio de Vergara. General hubo que se empeñó en que se les reconociesen los que les dió el pretendiente durante la emigración; único medio, según él, de acabar la guerra. Así desprestigiaban el ejército y desesperaban á los oficiales pundonorosos.

Durante tan larga campaña, no me di jamás de baja; recorrí montañas y llanos, me helé, abrasé y estuve en varias acciones de tres al cuarto. Por recompensa recibí la cruz de San Fernando. En Tarragona vendimos los jamelgos. ¡Qué lástima! No podían ser peores. A la generalidad de los oficiales nos había dado la manía de comprar caballo. Les puse nombre, según las cualidades físicas de los pencos y las morales de los jinetes. Al rocinante del jefe, Orejita. No se dejaba tocar las orejas; hubo un cabecilla del mismo nombre en la primera guerra civil. Al jaco del irlandés que sustituyó al famoso Canina, Atila. Pegaba un par de coces al lucero del alba, y su amo repetía que se hubiera alegrado ser jefe de estado mayor del feroz rey de los hunos. Aunque yo no nece-



sitaba babeiaca por mi ligereza de piernas, los mozos de escuadra me llamaban la *pasturela* (pajarita de las nieves), por lo de prisa que caminaba, compré un potro alto, flaco, y flojo, después que vendí el que me arrastró. Aspiraba á ser bueno, y lo titulé Aspirante. No lo monté, y sólo sirvió como los caballos que llevan en los entierros de los generales, de ostentación. En un alojamiento colocaron á mi bucéfalo en una cuadra cuya ventana daba al patio encima de un banco. Dejó sobre éste la *mayordona*, ó ama del cura, una cesta llena de chocolate y bizcochos; se asomó Aspirante, los olió y se los comió. Me participaron la hazaña, y mandé diesen agua al jamelgo para que no se le indigestase el soconusco. La *mayordona* al referirlo á su amo exclamaría: *La bestia era mes dulen que un soldat de acaball*. Espresión que usan en Cataluña para encarecer la maldad de alguno.

En la indicada guerra de los *matinés*, servían en una compañía de mi batallón un capitán y un teniente naturales del Principado. Nos reíamos de ellos si hablaban en catalán de asuntos del servicio, refiriéndoles que un paisano suyo mandaba á la patulea. *Tersien, si os plau. Descansen, si voleu.* Tercien, si os place; descansen, si queréis. Ambos valientes y buenos, al darles broma los oficiales castellanos, se volvían á mí, exclamando:—¡Que nos ayude Aragón!—Contra la unidad española, nunca—añadía yo.

En el mismo batallón había un capitán, guapo mozo, inteligente y elegante; se dejaba las patillas rectas, y era progresista, porque le decían se parecía á Espartero. Todos tenemos algo de tonto.

En mi batallón, durante la guerra de los *matinés*, los oficiales sentíamos grande entusiasmo, menos el tumbón que nos mandaba. Hacía poco, de mala gana, y si podía se quedaba en la población, encargando al que lo sustituía evitara todo encuentro con los facciosos, fueran blancos ó negros. Para que le abonasen el doble tiempo de campaña, mandó que pusiesen en las hojas de servicio de los oficiales del batallón la



siguiente nota. 1848 : « Se encontró en la sorpresa que se hizo al cabecilla republicano Escoda en las Poblas de Santas Creus. » Yo que iba á vanguardia aquel día no vi al enemigo. Así se engañaba al país, y se llegaba á general. A pesar de sus malos y escasos servicios, chupó más que juntos todos los que fueron á sus órdenes. Al concluirse la campaña volvieron á premiar al indicado jefe, valiéndose éste de una treta indigna. Pidieron á los cuerpos relación de las gracias que durante la guerra habían recibido los oficiales, expresando la que cada uno merecía. Omitió las cinco que le habían dado, número mayor que el de las acciones que se encontró, y puso de su letra al margen, refiriéndose á él : « Este jefe se considera altamente recompensado con haber cumplido con su deber. » Al ver tanta modestia y desprendimiento, le dieron el grado de coronel.

Había en mi compañía un alférez calamidad: madrileño, realista de Fernando VII, pacífico, lo apalearon los liberales y se marchó con Zumalacárregui. Cayó prisionero cuando se dispersó la expedición de Negri, le dieron de culatazos, quisieron fusilarle, lo embarcaron, naufragó, se unió á Cabrera y porque los feroces carlistas aragoneses se burlaban de su exquisita finura, según decía, volvió al Norte, se adhirió al convenio de Vergara, sirvió de poco en el bando absolutista y de menos en el opuesto. En las interminables marchas que ejecutábamos, aburrido, le decía:—Cuénteme V. algo de su vida. Comenzaba el relato al amanecer; continuaba horas y horas. Me distraía, nada escuchaba de su monótona historia y cuando callaba siempre venía á pelo mi exclamación. ¡Cómo se ha fastidiado V.!—¡Y tanto!—añadía mi compañero. Muy prosaico, si le preguntaba yo:—¿No le gusta á V. el hermoso paisaje que descubrimos? respondía:—Bonito, para verlo pintado. Jamás le vi coger un periódico ni un libro. Tenía horror á las letras. Huía el bulto para que no le agujereasen la piel. Era lo que en el ejército llaman un ....., el sitio donde se mete la hoja de la espada al llevarla ceñida. No se expresarlo con más pulcritud.



Como había tolerancia en el vestir y el gabán de reglamento era fino, para las expediciones nocturnas me hicieron uno de paño pardo forrado, lo mismo que la capucha, de bayeta azul, de cuyo color aparecieron teñidas mis manos y cara al amanecer de la primera noche que me lo puse. Parecía yo de lápiz-*lázuli*. No volví á ponerme abrigo. Iba en cuerpo.

Se podría escribir un tomo con las aventuras que me pasaron en los alojamientos que tuve en Cataluña. En Reus estuve quince días en una casa; no me la ofrecieron, no pasé de mi cuarto ni vi á nadie. Una noche en el paseo oí que dos muchachas muy guapas decían riéndose:—No conoce á sus patronas. Sin duda sus padres tenían horror á los militares y les prohibían hablarles.

A pocas patronas de pueblos de la montaña se las podía aplicar lo que dice Gerardo Lobo de la suya de Bodonal y Elechosa:

«De mi patrona el matiz  
al alma causa vaivén;  
trae por frente una sartén  
cuyo rabo es la nariz.

Sus ojos, ¡cosa infeliz!  
por niñas tienen dos viejos:  
se descuelgan rapacejos  
de la boca y las pechugas  
y entre el vello y las arrugas  
se pueden cazar conejos.»

La mayoría de las mujeres del Principado, son guapas, trabajadoras, económicas y limpias.

Estuve alojado varios días en un pueblo del Priorato. Mi patrona, payesa rica, alta y gorda, era muy arisca; de las que todo cuanto hace la tropa les parece mal, y se extrañan hasta de que coma. Digna paisana de aquella que cuentan exclamó: *¡Mare de Deu de Monserrat! Cuatro gallinas pera un soldat y encara no 'nte prou*. En la casa tenía una sirvienta bastante guapa y amable. Estaba yo cenando muy distraído, se paró á mi derecha de pie una mujer, la agarré por la cintura, la



acaricié sin mirarla, ella permaneció quieta, volví la cara, me asusté al encontrarme con el ama, y dije sin poder contenerme:—¡Ah! creí era la criada. —Después de medio siglo no he olvidado el bufido que me pegó. Lo merecí. Gracias que no me llamó *carnus* (borrico muerto) lo más despreciativo en boca femenil (catalana).

Referían en Valls, durante la guerra de los matines, que había muerto no hacía mucho un joven, que de seguro se le habría llevado Satanás en cuerpo y alma. Cuando necesitaba dinero para vicios y su madre se lo negaba, el malvado daba una tremenda paliza á una Dolorosa de bulto. En cuanto levantaba el garrote amenazando á la Virgen, sacaba hasta el último ochavo á su infeliz madre, que era muy piadosa. Añadían que Lalau y un capitán de guardias españolas fueron los únicos que atravesaron á caballo el acueducto romano que hay junto al camino de Valls á Tarragona. En esta ciudad vi á un oficial de infantería subir á escape en su caballo las gradas de la catedral. Legún los ancianos, sólo lo había verificado antes un loco montado en un asno y muy despacio.

La pasión que domina en los oficiales durante la guerra es el juego. Si les faltaba dinero, echaban á cara ó cruz lossables, gorras y hasta los calcetines. El ganancioso se guardaba el mejor objeto y entregaba el peor al que perdía. A los que no nos tentaba el demonio por ese lado nos dedicábamos á hacer el amor. Pasábamos la vida alegremente.

En Valls obsequiaba yo á una preciosa muchacha, de talento, buenísima y muy viva; decían en el pueblo que entre ella, mi inquieto caballo y yo se había encontrado el movimiento continuo. La niña, á cualquiera hora de noche ó de día que oía la corneta se asomaba al balcón para verme pasar en busca de los matines, que, más madrugadores que el jefe de la columna, rara vez los alcanzábamos. La chica, de imaginación volcánica, se alegraba que yo fuese á vanguardia, soñaba que me herían y que me curaba en seguida. Decía que los cobardes no eran hombres.



Para hablar con la linda joven de noche, me encasquetaba una barretina encarnada y me embozaba en una manta azul. Me disfrazaba tan bien, que en Valls, donde era yo muy popular, nadie me desconocía. El traje me sentaba como á un Cristo un par de pistolas. Podían aplicarnos:

«Piensan los enamorados,  
piensan y no piensan bien,  
piensan que nadie los mira,  
y todo el mundo los ve.»



La niña se negaba á hablar en castellano y yo en catalán. Ninguno cedía; sin cesar el vertiginoso diálogo bilingüe hasta que ella escapaba al oír ruido, diciendo:—*La mare* (la madre).

Estos amores concluyeron. Me marché, se quedó y aunque es probable se acordaría de mí, yo nunca la olvidé, jamás nos escribimos.

Pasaron trece años. Recorría yo las estaciones un Jueves Santo en Valencia, vi una hermosa monja que pedía en una iglesia, me conoció, bajó la vista, pregunté cómo se llamaba y me dijeron el nombre que había tomado al profesar en la orden religiosa á que pertenecía. Mucho tiempo después, al leer en un periódico: «El 19 de Marzo de 1888 ha muerto en Valencia la virtuosa Madre Espiritu Santo, superiora general de las adoratrices del Santísimo Sacramento», exclamé con gran pena: ¡Pobre Mariana!

En 1845 era yo ayudante de una columna que operaba en el Ampurdán. La esposa del que la mandaba, gruesa, de ojos negros, boca grande y pelo cerdoso, como supongo sería la mujer de Putifar, tenía quince años más que yo; me distinguía entre todos los oficiales. Repetía á su marido que se alegraría fuera yo su hijo ó que tuvieran una hija para casarla conmigo.—¡Lo querriamos tanto!—exclamaba.—Una muchacha loquilla se empeñó en ponerme un pañuelo en la cabeza por que decía tenía yo cara de mujer. La señora del comandante se incomodó. Averiguaba mis pasos y se burlaba de cuantas jóve-



nes me gustaban. Juguetecía conmigo á solas y juntaba su cara con la mía. Yo respetaba á su marido, que era un perfecto caballero. Ella decía que me amaba ardientemente, pero no faltaría nunca á su deber. Traté de separarme de su lado, de alejarme, de huir. Si tardaba en verla, exigía á su marido me llamase. Se valía de mil medios para que la acompañase. Repetía los halagos, aunque yo los rechazara. Delante de mujeres jóvenes enumeraba mis defectos físicos y morales; abusando de mi educación, me atormentaba. Si me despedía para no volver, lloraba y suplicaba que para evitar sospechase su marido continuase yendo á su casa. Cometí la necedad de escribirla lo siguiente: «Se ha propuesto V. mortificarme. Me mira V. con pasión, me acaricia, me incita con palabras, me exalta, no puedo resistir, me llama mal amigo y dice que no la conozco. Si me voy, me hace llamar, pide explicaciones, me importuna y asegura que voy á conseguir que sospeche quien me quiere y no es digno que lo agraviemos. ¿Se burla V. de mí?» La di el papel, lo leyó, lo guardó en el pecho y exclamó: «¡Qué infeliz soy!» Cayó en tierra y aturdido eché á correr. Me avisaron que la habían encontrado desmayada; que se moría. Pregunté á un amigo qué debía hacer. —Ir á verla; si se muere, V. es el responsable. —¿Y si el marido ha encontrado el maldito papel? —Arrostrar las consecuencias, lo demás es cobardía—me contestó. —Llamé en casa del comandante, temía me rompiese la cabeza; el pobre me dijo entrara á ver á su mujer. —Respiré; la enferma exclamó:—¡Cuánto sufro por V.! — ¡Se ha empeñado en matarme, le perdono!... En aquel instante la compadecí. En ella se conocía el estrago que la había causado el último ataque de rabia.

Me destinaron á otro punto, y me escribió: «Canta V. admirablemente, y no maneja mal la pluma para otros. Cinco contestaciones me debe. «También me mortificaba de lejos. Llegaron el comandante y su mujer á la población que yo estaba. Lo consideré una desgracia.—Me llamaron, volví á luchar, se enteró que yo tenía amores, y me insultó.



Fué á verme con su marido: quedamos solos, y al manifestarla que no le agradecía la visita, replicó que despreciándola había llegado á esclavizarla. En nada la complacía. Llegaron á repugnarme sus caricias. Se empeñó en quedarse con un anillo de la Virgen del Pilar, regalo de mi madre. Mandé traer de Zaragoza otro igual, y no lo quiso. Sólo deseaba los objetos que yo estimaba. Me pedía por Dios que no dejase de ir á su casa, por su esposo, que lo extrañaría, sospecharía y sufriría. Se hallaba en otra ciudad, llegué á ella con la columna, había comenzado la guerra civil en Cataluña; me llamó por medio de su bonísimo marido, la encontré sola, y repetí que sólo había amado á la muchacha con la cual, á fuerza de intrigas, consiguió se acabasen nuestras relaciones. A ella la aborrecía con toda mi alma.

Persuadida de que yo no la quería, se contuvo al borde de la culpa. Yo no era el casto José. En 1855 se vengó. Estaba yo casado, la volví á encontrar, y metió en mi casa el demonio de los celos. Veinte años después, durante la última guerra civil, pregunté á una señora si conocía á la que tanto me atormentó.—«Sí, señor», me contestó.—¿Cómo se explica llegara á casarse con un señor tan fino, amable, instruido y caballeroso?—Por agradecimiento.—Se hallaba el que fué su marido sitiado por los carlistas en la primera guerra civil en un pueblo de la provincia; nadie se atrevía á llevar un parte á la capital de la apurada situación del destacamento, y una muchacha, hija del carnicero de la población, con la que el jefe de la tropa de Isabel II tenía amoríos, lo verificó. Los carlistas, al regresar, la cogieron y emplumaron. Al valiente militar lo premiaron con la cruz laureada de San Fernando. La mereció dos veces, porque se casó con la joven que le salvó la vida. Entonces no daban cuartel á los prisioneros.

Para postre de narraciones sucio-políticas, guerra sin gloria, campañas pedestres y amores más ó menos poéticos, concluiré este capítulo con un cuento asaz prosaico.—Un capellán castrense se empeñó en confesar al tambor más des-



vergonzado de la infantería española.—Este convino, si contestaba con redobles más ó menos largos, según fuese grande ó chico el número de pecados que hubiera cometido en cada mandamiento.—«¿Has jurado muchas veces?», le preguntó el cura.—Raaam... (tocó en la caja el tambor).—«¿Has deseado la muerte al prójimo?»—Raaaam...—«¿Has faltado en el sexto?»—Un redoble interminable fué la contestación.—El clérigo, aragonés, impaciente, para que acabara de sonar el marcial instrumento, se metió los dedos en la boca, dió un largo silbido, y gritó: «A confesión de tambor, absolución de pito».

UN SOLDADO VIEJO.



## RECUERDOS

---

**U**na de las manifestaciones de mi afición al teatro ha sido, y sigue siendo, el interés con que he estudiado siempre todos los caracteres que á mi paso por la vida he solido encontrar.

No debe, pues, extrañarse este recuerdo vivo, que en mí ha quedado, del ingeniero Don M. C. Y fué, á no dudarlo, un carácter digno de estudio. Presenté ya algunos ejemplos, que han podido servir para que el lector se forme idea de aquella naturaleza tan compleja y tan sencilla al mismo tiempo. Laborioso y holgazán. Hombre de una bondad, paternal casi, para sus inferiores y de una malevolencia incorregible para sus jefes. Exacto y pundonoroso en el cumplimiento de sus deberes mientras fué profesor de la Escuela de Caminos; abandonado, sin celo, y sin estímulo mientras estuvo en el servicio activo. De una honradez á prueba siempre; y, sin embargo, su conciencia andaba perezosa en el cumplimiento de las obligaciones, que el servicio ordinario impone á todos los ingenieros. Bueno y leal como compañero; pero recelando siempre de la lealtad ó del amistoso afecto de los demás. De noble inteligencia, pero aferrándose al error como tomara parte el amor propio en el empeño. Amigo de la comodidad, silbarita casi, y perdiéndolo todo y quedando en la miseria por lo que él entendía que eran imperios de su dignidad y no eran más que



locuras de su carácter terquísimo. Voluntad de hierro, en suma, que jamás cedió; talento clarísimo, que como un punto se obscureciese jamás volvía á la claridad. Un hombre extraño, un hombre digno de estudio, que yo, sin propósito deliberado, sin darme cuenta de ello, estudiaba por instinto artístico, y cuya fotografía moral quedó grabada con rasgos imborrables en mi memoria, como la imagen fotográfica en la lámina sensible.

Seguiré citando algunos hechos característicos de aquel buen amigo que ya, por desdicha, no existe.

Estaba Don M. C. en el servicio de Obras públicas de una provincia, y en un pueblo de la misma situado á bastante distancia de la capital, ocurrió una tremenda catástrofe, que tuvo resonancia en toda España.

El pueblo en cuestión, se hallaba al pie de un cerro, y una noche el cerro se desplomó y la mitad del caserío quedó enterrado bajo la derrumbada montaña.

Llegó la noticia á la capital, y el gobernador, que por aquel entonces se hallaba imposibilitado por una larga y pesada enfermedad, no pudo presentarse en el lugar de la catástrofe; pero dictó sin pérdida de momento cuantas disposiciones se le ocurrieron ó le aconsejaron.

Agitándose febrilmente su espíritu, ya que él no podía ir, tomó empeño en que fuese todo el mundo; pero vino á tropezar su actividad con la inercia soberana del ingeniero C.

Y de este modo vinieron á chocar los naturales alardes del jefe con las naturales rebeldías del subordinado.

Fué el caso, que el ingeniero Don M. C., recibió, al día siguiente de la catástrofe, una orden verbal del gobernador, para que mandase todos los peones camineros de la provincia al pueblo de que voy ocupándome y á que llamaré L.

¡A buena parte iba el gobernador! A la orden verbal contestó verbalmente el ingeniero C.: «que lo sentía mucho, pero que no podía separar á los peones camineros de su puesto, porque estaba prohibido».



Segundo recado del gobernador: «que de todas maneras, en la provincia apenas existían carreteras, que los perjuicios para el servicio no podían ser grandes y que sólo estarían ausentes de sus puestos los peones camineros dos ó tres días».

Segundo recado del ingeniero Don M. C.: «que por lo mismo que las carreteras eran pocas los peones no eran muchos; y que quince ó veinte hombres más en el lugar de la catástrofe pocos auxilios podían prestar. Que en cambio, su responsabilidad como ingeniero sería grande si separaba á los peones de sus puestos de servicio para mandarlos al límite de la provincia».

Tercer recado del gobernador: «que él, como autoridad superior de la provincia mandaba, lo mandado; y que lo mandado mandado estaba y había de cumplirse».

Tercer recado del ingeniero: «que lo mandase por escrito».

Oficio terminante del gobernador, repitiendo las órdenes dadas anteriormente de palabra.

Oficio del ingeniero repitiendo sus anteriores argumentos; citando el reglamento de peones camineros, varias órdenes y circulares y la mitad de la Colección legislativa de obras públicas.

El gobernador no perdió los estribos, porque tenía una pierna muy mala y no podía apoyarla sobre estribo alguno; pero si materialmente no pudo perderlos, los perdió moralmente: se revolvió como un condenado en su sillón; agitó la pierna enferma con verdadero frenesí, como aquel personaje del *Alcalde de Zamalea*; juró que había de meter en la cárcel al ingeniero; y por lo pronto, ordenó entre juramentos, que lo llevasen á su presencia, aunque fuera entre guardias civiles.

Todo esto lo sé por habérmelo referido testigos presentes.

Contra la fuerza no hay resistencia: y al fin se vió en presencia del gobernador mi compañero Don M. C.

Era el gobernador, aunque hombre de mucho carácter, persona bien educada. Bien educado era á su vez, á pesar de



sus rebeldías, el Sr. Don M. C. Su hablar era reposado, su forma digna y correcta, y toda su persona imponía respeto: de suerte que la entrevista no fué en la forma tan tempestuosa como todo el mundo temía; pero en el fondo, sí lo fué. Ambos contendientes se mantuvieron firmes; y al fin puso término á la contienda el gobernador, declarando, que no solamente irían todos los peones camineros, sino que con ellos iría el ingeniero mismo, y que para que á éste no se le siguieran responsabilidades ni perjuicios, haría constar que á todos los mandaba á la fuerza: de suerte que si alguna responsabilidad resultaba, sería íntegra para el gobernador, que entre guardia civil estaba dispuesto á que fuese al pueblo L. todo el rebaño de peones camineros con su legítimo pastor el ingeniero C. á la cabeza.

Este, á su vez, manifestó que siendo así estaba dispuesto á que le llevasen al pueblo de la catástrofe, complaciéndose mucho en servir á la digna persona del gobernador como á particular, sin faltar á sus deberes como ingeniero.

Y de este modo, con frases muy corteses, pero muy intencionadas, terminó la entrevista.

Al pueblo L. fueron, pues, los peones camineros y el ingeniero, con un viaje penoso de muchas horas, en que debió dar á todos los diablos al gobernador, por sus gubernamentales obstinaciones, el ingeniero Don M. C.

Al anochecer llegaron; en la posada se metió como en último baluarte, y manifestando á todo el mundo que por aquella noche nada podía hacerse, metióse en la cama tranquilamente, á descansar de las fatigas de la expedición.

Amaneció Dios, y á las primeras luces del alba ya esperaban, alrededor de la posada, á que despertase el ingeniero, los quince ó diez y seis peones que había llevado; todos los vecinos que habían quedado con vida en el pueblo; las gentes que habían ido llegando de los pueblos próximos, y las que había ido mandando el gobernador en los dos ó tres días precedentes.



Despertaron á Don M. C., que despertó de mala gana según confesión propia. Empezó á vestirse con reposo, y echó de ver con extrañeza y disgusto, *que se le había descosido una bota*, catástrofe que atribuía á las violencias y precipitaciones del gobernador de la provincia.

Y entonces, con una calma olímpica y un valor cívico superior á toda ponderación, manifestó á los alcaldes, á los arquitectos, y á cuantas personas llenaban la posada, que él no podía salir de aquel modo, si antes no le componían la bota descosida.

Fué preciso buscar un zapatero, que, por fortuna, uno había quedado con vida en el hundimiento, y á la posada le trajeron; y el buen hombre compuso como pudo la bota descosida del señor ingeniero.

El cual estaba pensando entre tanto «¡Cómo rabiará el endiablado gobernador que me envía, cuando le refieran esta escena! De seguro que se le emberrenchina la pierna mala.»

En voz alta hacía reflexiones de otro género á los que le rodeaban. Reflexiones por otra parte de una exactitud matemática, aunque de dudosa oportunidad.

«No deben Vds. molestarse por estas tardanzas—decía—porque mi presencia aquí es inútil y obedece tan sólo á un capricho del señor gobernador.

Cuantas disposiciones han debido tomarse Vds. las tomaron ya, según anoche me dijeron, cómo que hace tres días que se verificó el hundimiento. Los que pudieron salvarse ya se salvaron. Los muertos, muertos están; y ni vamos á darles vida ni vamos siquiera á sacarlos de los escombros, porque no podemos quitar de encima la montaña, que con todo su peso se desplomó hace setenta horas.

Y, por otra parte, para resolver lo que haya de hacerse al tanto de evitar una nueva catástrofe, el que tardemos una ó dos horas más, poco importa.»

Claro es, que en el fondo tenía razón; bajo el punto de vista lógico su argumentación era irrefutable; pero no lo inter-



pretaban de este modo aquellas pobres gentes. La lógica en ciertos momentos toma las apariencias de crueldad y crea corrientes de antipatía entre el que secamente discurre y el que apasionadamente siente.

Al fin y al cabo, las botas quedaron, bien ó mal, compuestas, y el ingeniero con todo su acompañamiento salió á reconocer las ruinas de la población y el cerro sobre la población desplomado.

Dictó las disposiciones oportunas, todas muy acertadas, porque era hombre de buen entendimiento, y volvió á la capital en la que, á los pocos días redactó una excelente memoria sobre las causas de la catástrofe y sobre los medios que debían emplearse para evitar que se repitiera en lo sucesivo.

Con hacer lo que hizo, pero de buena voluntad, en forma espontánea, y sin tanto regatear unas cuantas horas de trabajo, más ó menos molesto, se hubiera granjeado universales simpatías; al paso que, por no dominar su carácter ó por demostrar un tesón importuno, quedó mal con el gobernador y quedó mal con toda la gente de aquellos pueblos, que, desde aquella ocasión, le tacharon injustamente, pero con apariencias de justicia, de hombre de malos sentimientos.

Injustamente digo, porque era hombre compasivo y de excelente corazón. Pero ¡vaya V. á detener la opinión pública, cuando impremeditadamente se le abre un cauce tortuoso y por él se lanza el oleaje impetuoso de las pasiones desencadenadas!

\*  
\* \*

El ingeniero C., era incorregible. Siempre fué el mismo. Era un carácter de hierro fundido, si se me permite esta comparación.

Carecía en absoluto de elasticidad. Se dejaba aplastar;



pero nunca se doblaba, ni cedía lo más mínimo á las presiones exteriores de unos ó de otros, de altos ó de bajos, de nadie en suma.

Con el ingeniero jefe del distrito de Granada estaba en guerra continua. A tal punto había llegado la tirantez de sus relaciones, que dicho ingeniero jefe, que con frecuencia visitaba las demás provincias del distrito, pasó dos años sin ir á la provincia de Almería, temiendo, según me dijo varias veces, que al verse frente á frente de su rebelde subordinado, no pudiera contener el enojo y resultara un choque lamentable y un escándalo mayúsculo.

Eso sí, le dirigía oficio sobre oficio y reprimenda tras de reprimenda, y á los oficios y á las reprimendas contestaba con otros tantos oficios el indomable insurrecto.

¡Y qué oficios! Me los daba á leer con frecuencia, gozándose en mi espanto y en mi asombro de ingeniero novel. Yo no comprendía, que un ingeniero subalterno tratase de aquel modo, con aquella altivez, con aquel desprecio, con aquella ironía, digamos la palabra, con aquella insolencia, á todo un ingeniero jefe.

«Pero ¡hombre de Dios! —le decía yo—no mande V. este oficio. ¿No ve V. que es un desacato continuado; que le van á formar á V. expediente; que le van á suspender á V. de empleo y sueldo; y que hasta pueden expulsarle á V. del cuerpo?»

El se reía mucho de lo que llamaba mi candidez; y me replicaba:

«Pues no, señor; ni me castigará, ni me formará expediente, ni acudirá en queja á la superioridad. Se *tragará* el oficio, rabiando mucho, es cierto, pero *se lo tragará como un hombre.*»

Esta era su frase predilecta.

«Pero ¿por qué?—preguntaba yo.» Y él, mostrándome el oficio, me señalaba un párrafo, que tenía el cuidado de reproducir en todas sus comunicaciones oficiales al jefe. Era una



especie de salvo-conducto ó de para-rayos, y decía, próximamente lo siguiente:

«En cuanto á que está paralizado el proyecto del *trozo tal* de la carretera, V. S. sabe que no es mía la culpa; porque para terminar el proyecto es preciso que entre V. S. y yo convengamos en el *aplazamiento* de *tales y tales puentes*, que son de gran importancia. Pero como V. S., á pesar de lo dispuesto en los artículos tantos y tantos del Reglamento, hace dos años que no visita esta provincia, ni conoce sus necesidades, ni ha hecho el más leve reconocimiento de estos terrenos, ha sido imposible que vengamos á un acuerdo en ésta, como en otras cuestiones, que por la persistente ausencia de V. S. están sin resolver.»

Y después de leerme este párrafo, me miraba sonriendo mi compañero, y agregaba: «Si el Jefe quisiera castigarme por este oficio, tendría que dar cuenta de él á la superioridad, en cuyo caso *se pondría él en evidencia*; porque el director de Obras públicas vería, que mi Jefe tiene abandonada esta provincia hace dos años. Y como á esto no se atreve, y es hombre que le tiene mucho miedo á la Dirección general de Obras públicas, se tragará mi oficio».

Y, en efecto, se lo tragaba.

\*  
\*  
\*

Me he detenido tanto en describir el carácter del ingeniero Don M. C., porque era digno de estudio; y porque, como dije antes, es trabajo que grandemente me recrea éste de analizar los caracteres diversos de todas aquellas personas con quienes voy tropezando en esta vida.

Afición propia de novelistas—que no lo soy; pero también de autores dramáticos—que, andando el tiempo, he pretendido serlo.



Por mi gusto escribiría muchas comedias y muchos dramas, de poca acción pero de caracteres bien definidos y bien dibujados, dado que acertase á dibujarlos.

Ya sé que, á veces, hice lo contrario, aunque más de una vez me dejé llevar de mis aficiones; pero cuando de lleno no las sacié no fué por falta de voluntad, ni porque no tenga almacenados en mi memoria muchos tipos y muchos caracteres. Fué porque le tuve miedo al público, es decir, porque temí aburrirle.

El público en general, y sobre todo el nuestro, es por todo extremo nervioso, y lo que más le gusta, sobre todo en el teatro, es la vida, el movimiento, la acción, la fábula, los sucesos, las situaciones; es decir, la parte dinámica de la obra dramática.

La descripción de un carácter, por regla general, le cansa. Todo análisis le fatiga. No quiere ver figuras por bien dibujadas que estén. Lo que quiere es que pase algo; que suceda algo; que las figuras se muevan; que la vida circule por la escena.

Por eso entre, otras razones, ha sido nuestro público eminentemente romántico y, digan lo que quieran, lo es todavía.

Cuando el autor analiza anatómicamente un personaje, por bien hecha que la disección esté, el público bosteza de cansancio. Y en cambio, toda acción, si es enérgica, le interesa, le conmueve y le arrastra.

Así, por ejemplo, el hombre bravo, el que desafía á todo el mundo, el que demuestra las energías de su alma en frases calientes, es su tipo predilecto, si á la bravura de palabra acompaña la bravura de acción.

Pero de estas y de otras ideas ya me ocuparé cuando llegue la ocasión oportuna. Por ahora sigamos evocando recuerdos de épocas más remotas, que *estas épocas del drama* son, por dicha ó por desdicha, más próximas; y tanto que en ellas estoy todavía.

\*  
\* \*



A todo esto, yo seguía con mis tercianas y ellas seguían sin abandonar su presa y atormentándola periódicamente con matemática exactitud: ¡que esta es la única época de mi vida en que he renegado de todas veras de la exactitud matemática y de esa gran ley de la periodicidad, que palpita misteriosa en el seno de todos los fenómenos!

Al fin, acudí al gran medio, que resultó ser ni grande ni pequeño, sino totalmente nulo; pero que como grande y efficacísimo me lo forjaban mis esperanzas.

Quiero decir, que acudí á mi padre y que mi padre consiguió una orden trasladándome de Almería á Palencia.

Y llegó el día, feliz para mí, de salir para siempre de Almería.

Me era muy simpática aquella capital, á pesar de todo; en ella dejé muy buenos amigos. Cuando llegó la ocasión, en años posteriores, hice en favor de desheredada provincia cuanto pude, sin ningún linaje de interés particular; porque ni en ella tengo intereses, ni familia, ni he sido nunca diputado por aquellos distritos, ni lo he intentado siquiera.

Yo fuí el primer ministro que, á pesar de lo difícil de los tiempos, hizo subastar carreteras en la región de Almería. El primero que procuró la construcción de un ferrocarril. El que con más afán atendió á sus obras públicas. Y todo, como he dicho, por espíritu justiciero, y porque me constaba el abandono en que una y otra situación política habían dejado á la desdichada provincia, que tantos gérmenes de riqueza encierra.

Pues con todo esto, me embarqué muy á gusto. Y digo que me embarqué, porque salí por mar de aquel desierto. Por tierra hubiera necesitado tres días para ir á caballo á Granada; y un par de días para venir en diligencia á Madrid.

En cambio, tomando un vapor de los que hacían el servicio de aquellas costas, en una noche iba á Cartagena; de Cartagena en pocas horas á Murcia; y tomando en Murcia la diligencia, en veinticuatro horas llegaba á Aranjuez y acababa mi viaje en ferrocarril, que era digna manera de acabarlo.



Además, veía á Cartagena, y veía á Murcia, después de seis años de ausencia; y de este modo refrescaba todos los gratos recuerdos de mi niñez.

Tomé, pues, el vapor en Almería, á las cinco de la tarde de un día espléndido de fines de primavera.

Estaba precisamente en lo álgido de la terciana; se me partía la cabeza y me abrasaba la calentura, pero en aquel momento, ¿qué me importaban á mí ni la calentura ni la terciana? Iba á volver á Madrid, iba á abrazar á mis padres, iba á encontrar quizá algún compañero de carrera, á tomar butaca en los teatros, á visitar la Escuela de Caminos, á leer libros nuevos de matemáticas, á vivir, en suma, con lo que ha sido siempre mi vida.

En la lancha del puerto bogaba por aquel mar azul y tranquilo, bajo un sol que centelleaba en el espejo de las aguas, y en compañía iba de D. José Monasterio, del ingeniero Don M. C., y de tres ó cuatro amigos que tomaron á empeño despedirme.

Con ansia suprema me acercaba al vapor que simbolizaba para mí la libertad tras largo cautiverio del espíritu.

Por primera y última vez de mi vida, fueron en mí ser compatibles el sufrimiento material, el dolor físico y una inmensa alegría del orden moral, que me inundaba el alma y que avasallaba con su luz espiritual el fuego de la fiebre.

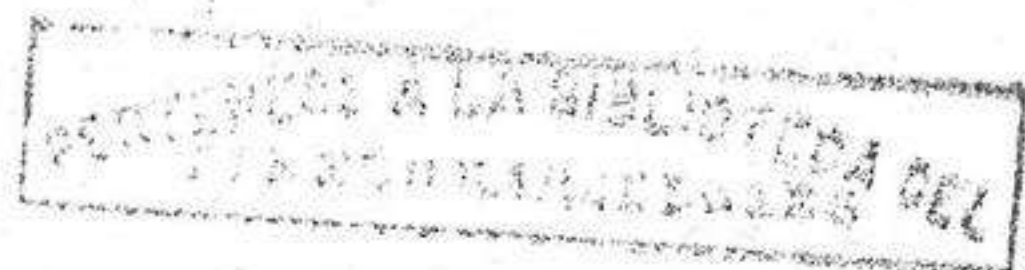
Llegué al vapor; me despedí de los amigos, me eché en la litera, y al poco tiempo dejé de sentir dolores y alegrías, pasé la noche en un sueño, y desperté gozosísimo al entrar en el puerto de Cartagena.

José ECHEGARAY.



## EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

---



**S**i la capital de todas las Españas, como se decía, en los tiempos remotos, en que era grande nuestra patria, tiene motivos para mostrarse orgullosa de los tesoros que encierran sus Museos de Bellas artes y Arqueología, no sucede por desgracia lo mismo con el que es objeto de este mal perjeñado artículo. Porque triste es decirlo, pero el Museo de Historia Natural, el que primero fué fundado en España, por el celo y entusiasmo de un monarca que fué su decidido protector, muerto éste, apenas si logró vejetar, como una planta exótica que se ve privada de los cuidados de un inteligente jardinero.

Y es, quizá, que los estudios científicos, faltos en España de un público que los comprenda y aprecie, sólo llegan á interesar á los pocos que han tenido la virtud de consagrarse á ellos y al vulgo de curiosos que se da cuenta de lo que son, como de las estrambóticas parrafadas con que le explican un curioso fenómeno en el barracón de una feria. Por esto nuestra patria, tan rica en ilustres artistas, en historiadores, en teólogos y en filósofos no lo ha sido nunca en hombres de ciencia.

En el pueblo español han florecido todas las bellas artes, espontáneamente, como las hermosas plantas que crecen en los campos sin más cuidado que el que Dios las prodiga. La teología, la filosofía, la historia, se han cultivado como algo



que encarnaba dentro de nuestro modo de ser, y cuya necesidad se sentía. Pero las ciencias, quizá porque son lo más cosmopolita que existe, se han tomado siempre hechas del extranjero, porque estudiadas por propios ó extraños, esparcen para todos igualmente sus resplandores.

Lo triste es que los gobiernos no se hayan preocupado por lo general de llenar este vacío y demostrar la utilidad de tales estudios, que, como un niño delicado, necesitan de mayor cuidado y protección, siquiera porque para emprenderlos es preciso disponer de medios, laboratorios y colecciones, que generalmente no están al alcance de un particular, y que el Estado debe prodigar, si quiere obtener los resultados que debemos envidiar á naciones más felices que la nuestra.

Ciertamente que mucho honran á un país sus teólogos, sus filósofos, sus artistas, pero los hombres de ciencia no le enaltecen menos, y además le enriquecen con multitud de útiles inventos, que todos se apresuran á aprovechar.

Cuando ha habido en España quien los proteja, han florecido quizá más que ningunos otros, y buena prueba de ello es la misma historia del Museo de Historia Natural. Creado y protegido por Carlos III, de haber seguido por las sendas que el monarca le trazó, y continuado con la generosa protección que siempre le concedió, sería hoy, ciertamente, el primero del mundo; pero muerto su fundador, apenas si su impulso bastó para conservarle vida y actividad por algún tiempo; pasó éste, y desde entonces, hasta tiempos recientes, ha arrastrado una existencia triste y lánguida, que hoy, abandonado ó poco menos por todos, termina, con la desdichada traslación que de él se está efectuando, en la ruina más completa, tanto por la exigüidad y malas condiciones del local que se le destina, como por la descuidada manera con que el traslado se verifica.

El presente artículo no puede ser, pues, una descripción del Museo de Historia Natural, ni un programa de lo que será; el Museo antiguo no existe, sus salones están ya casi desiertos



como la casa del que ha muerto; el Museo nuevo yace por los suelos en los sótanos del palacio de Recoletos, y ni existe hoy ni se sabe siquiera cómo podrá ser; necesitaría, que, como la fabulosa ave fénix, pudiera resucitar de sus cenizas y adquirir nueva vida para llegar á ser algo y reponerse del golpe que hoy le mata. Estas líneas son, pues, triste es decirlo, el artículo necrológico del Museo que primero se estableció en España y que tanto protegió Carlos III, su ilustre fundador.

Nació el Museo de Historia Natural de Madrid casi al mismo tiempo que los de Londres y París, y poco después de los de Austria é Italia, que fueron los primeros establecidos; como el Museo de Londres, creado con las colecciones legadas por el sabio médico y naturalista Sloane, en 1754; el Gabinete de Historia natural de Madrid lo fué con las regaladas por don Pedro Dávila y las existentes en la Real Casa; así que en un principio, lo mismo que el de París, fundado con las colecciones del Gabinete del Rey, fué verdaderamente una dependencia de Palacio.

Según refiere Clavijo, en su introducción á las obras que tradujo de Buffón, en 1770 no existían en España verdaderos gabinetes de Historia natural; únicamente se conocían como colecciones dignas de poderse citar, la que se habían reunido para la educación de los infantes en Palacio, otra que con igual fin había juntado el infante D. Luis Jaime, y las que en Barcelona poseía el Doctor D. Jaime Salvador, el célebre botánico catalán, acompañante y guía de Tournefort en sus viajes por España. Fernando VI había puesto ya los primeros jalones para la fundación del Gabinete de Historia Natural, mandando recoger las más curiosas producciones de sus vastos dominios, y atraído á ellos personas peritas en el estudio de las ciencias, como Lœffling, el discípulo predilecto de Linnæo, La Planché para la química y Bowles para las ciencias naturales en general.

Bowles trabó conocimiento en París en 1752 con D. Antonio de Ulloa, el célebre marino, y por su intermedio y recomen-



dación se le propuso que viniese á España á estudiar sus producciones y establecer el Gabinete de Historia Natural. En el mismo año vino á Madrid, y se le encargó primero de una especie de viaje de exploración, para recoger ejemplares y estudiar la geología y producciones de la Península, asignándole como compañeros á D. José Solano, que luego fué gobernador de Santo Domingo y marino distinguido; á D. Salvador de Medina, también marino, que más tarde murió en California, donde había ido comisionado á estudiar el paso de Venus; y á D. Pedro Saura, abogado de Madrid, y muy aficionado á dichos estudios. La primera expedición de Bowles y sus compañeros fué á las minas de Almadén, casi destruídas á consecuencia de un incendio y de la mala explotación que hasta 1635 habían hecho de ella los hermanos Fuggars, ó Fúcares, como en Madrid se decía: Bowles consiguió repararlas, y el buen éxito alcanzado fué causa de que, empleándosele en otros trabajos de minería y geología, quedase apartado casi por completo de la primera idea del establecimiento de un Museo.

Así pasó el tiempo, y á Fernando VI sucedió su hermano Carlos III, siguiendo las cosas en tal estado hasta que en 1767, un naturalista español, nacido en Guayaquil y residente en París, D. Pedro Dávila, que había fundado en dicha capital un rico gabinete de historia natural y de medallas, armas, bronce, trajes, etc.; quiso deshacerse de sus colecciones y publicó en esa fecha, con el auxilio del célebre cristálografo Rome Delisle el catálogo de ellas, proponiendo su venta, en total, ó en el caso de que no lo pudiera conseguir, por subastas parciales. No dejó de comprender Carlos III la ocasión que se le presentaba de adquirir, en buenas condiciones tan ricas colecciones para formar con ellas el núcleo de un Gabinete de Historia Natural y después de largos tratos con Dávila, se pactó la adquisición ó mejor el regalo de las colecciones para fundar con ellas el gabinete, á condición de que se le nombrase director perpetuo del mismo con una buena retribución. Los objetos que formaban estas colecciones pueden verse especifi-



cados en el citado catálogo, publicado en París en 1767: *Catalogue systematique et raisonné des curiosités de la nature et de l'art, qui composent le Cabinet de M. Davila*, obra curiosa y de gran importancia para la historia del Museo de Historia Natural y aun para el Arqueológico, pues que el tomo tercero está exclusivamente dedicado á las armas, bronce, trajes, etc., que luego fueron el primer origen de sus colecciones.

En 17 de Octubre de 1771, vencidas las dificultades de la traslación de las colecciones, apareció por fin el decreto de Carlos III, refrendado por el marqués de Grimaldi, mandando admitir la oferta de las colecciones de Dávila, creando con ellas el Real Gabinete de Historia Natural y nombrando á Dávila director perpetuo del mismo, con el sueldo anual de mil doblones sencillos.

Tratóse entonces de instalar y aumentar el naciente Museo, y en un principio intentó el rey comprar la casa que en la calle del Arenal poseía el duque de Arcos, en el solar que ocupa la de Gaviria, pero las dificultades del contrato le hicieron desistir, y en su lugar fué elegida la que aun, casi, ocupa en la calle de Alcalá, edificada por el arquitecto D. Pedro Rivera y comprada á censo á su propietario D. Francisco de Goyeneche, marqués de Belzunce y conde de Saceda. Entre esta casa y el palacio del ministerio de Hacienda quedaba una pequeñísima casita, cuyos vestigios aún se advierten por la desigualdad de edificación y huecos en la parte que entre ambos edificios queda; su dueño se negó en un principio á venderla al monarca, y así quedó mucho tiempo hasta que por fin convino en su venta y se pudo arreglar un poco su fachada, levantándola é igualándola al resto del edificio, en cuanto fué posible.

En aquel edificio instaló por fin Carlos III de una manera provisional las colecciones del recién creado Gabinete, dedicando á ellas el piso segundo del edificio, y á la Real Academia de San Fernando creada en 1754 el principal, hermanando así bajo un mismo techo el estudio de la naturaleza y



del arte, según lo expresa la elegante inscripción, compuesta por Iriarte, que aún ostenta el edificio sobre su puerta de entrada.

Carlos III y sus ministros comprendieron desde un principio que en un local tan pequeño no podía albergarse dignamente un establecimiento como el que se proyectaba, y que, según la práctica lo confirmó muy en breve, había de ser pequeño para contener las colecciones que rápidamente aumentaban en riqueza é importancia, y apreciando las necesidades del establecimiento, nueve años después, en 1785, en público testimonio del aprecio que las ciencias merecían, mando erigir en el Prado un magnífico palacio, que destinaba á Gabinete de Historia Natural. Villanueva, el célebre arquitecto, consultó con los profesores del Gabinete é hizo los planos del edificio que actualmente ocupa el Museo de Pinturas. Las tres fachadas, de distinto orden arquitectónico, habían de representar los tres reinos de la naturaleza, y contiguo al Museo quedaban, el Botánico recién establecido en el Prado, y el Observatorio astronómico; reuniendo así un núcleo de establecimientos científicos, que, de haber podido disfrutar siempre de la protección de Carlos III y sus ministros, serían hoy los primeros de Europa.

Desgraciadamente vivió poco más Carlos III, y la realización de obra de tal importancia requería mucho tiempo y dinero. Vinieron luego los trastornos políticos, después la invasión francesa, y el edificio casi acabado, pero amenazando ruina, á consecuencia de los destrozos de la invasión, quedó abandonado hasta la vuelta de Fernando VII, que por deseo de su mujer doña María Isabel de Braganza, dió de su bolsillo el dinero necesario para repararle y terminarle, y le dedicó á Museo de Pintura y Escultura.

En el comienzo de la vida del Museo es cuando más claramente se ve el celo y entusiasmo que por su obra mostraba el monarca y los ilustres ministros que tan bien le secundaban en sus planes. Era preciso crear algo nuevo, darlo vida, po-



nerlo al nivel de su misión y de lo que eran los demás establecimientos del extranjero, y Carlos III no omitió medio alguno para lograrlo; por su mandado redactó Davila, y se puso en circulación una *Instrucción hecha de orden del Rey N. S. para que los Virreyes, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes mayores é Intendentes de provincias, en todos los dominios de S. M., puedan hacer escoger, preparar y enviar á Madrid todas las producciones curiosas de la Naturaleza, que se encuentran en las tierras y pueblos de sus distritos, á fin de que se coloquen en el Real Gabinete de Historia Natural que S. M. ha establecido en esta corte para beneficio é instrucción pública*, que dió por resultado que de América, de Filipinas y de España, se remitieran gran número de valiosos ejemplares. Además, nombró personas que recogiesen objetos en América, llevó al Museo todas las alhajas y vasos preciosos que heredó Felipe V de su padre, el Delfin de Fracia, y multitud de joyas y curiosidades que se conservaban en los reales palacios. Regaló también magníficos ejemplares de oro, plata y platino, entre otros una pepita de oro que pesaba doscientas cuarenta y ocho onzas, y otra de platino, seguramente la mayor que se ha conocido, que pesaba una libra y nueve onzas; magníficos ejemplares que después, en 1845, en una de las épocas de mayor incuria y abandono del Museo, fueron robadas, quizá por un dependiente llamado Frigola, hombre de malos antecedentes, que aprovechando la comunicación que existía entre su habitación en las guardillas y las salas del Museo por la escalera que aún quedaba de la casita medianera entre el Museo y el ministerio, bajó una noche y pudo apoderarse de ellas; pero desgraciadamente nada se le pudo probar, las pepitas no parecieron y en tal estado fincó el pleito.

En el deseo de dar interés al Gabinete, allí se reunían también, no sólo objetos de Historia natural, sino alhajas y objetos de arte, que después han pasado algunos al Museo de Pinturas, como los preciosos vasos y esmaltes que se admiran en la sala grande del mismo y otros que luego sirvieron de base para la



formación al Museo Arqueológico, de tal modo que hasta 1867 existía en el gabinete de Historia natural una sala llamada de lo antiguo, en que se conservaban joyas, trajes y armas de gran valor, que al crearse el Museo Arqueológico pasaron á formar parte de él.

Para que se vea el cuidado con que se procuraba reunir cuanto fuese raro ó de verdadero interés, citaremos como particular un caso curioso. Entre los papeles del Museo se conserva una información acerca de dos tumores en forma de cuernos, que, según se atestigua, fueron cortados por un cirujano á un caballero murciano del hábito de Santiago, en Abril de 1767, y el corregidor de Madrid D. Pedro José Valiente y los testigos hacen constar que dicho señor los tenía en *posición natural*. Dichos cuernos fueron remitidos al Gabinete con la siguiente carta del conde de Florida Blanca:

*Remito á Vm. dos hastas pequeñas cortadas á un hombre por el cirujano Joseph Correa, según consta del testimonio que también acompaña, y encargo á Vm. que las coloque y guarde en el Real Gabinete con la nota correspondiente.*

*Dios guarde á Vm. á El Pardo 25 de Febrero de 1787.—  
El conde de Florida Blanca.—Sr. D. Joseph Clavijo.*

Era entonces y aún lo fué luego por mucho tiempo, una dependencia de la Real casa; sus empleados gozaban pingües, sueldos y los privilegios mismos que los de Palacio; sólo así se explica que se conserven en los archivos documentos nombrando á un sujeto *barrendero honorario del Museo con uso de uniforme pero sin sueldo*. El rey miraba el Gabinete como cosa propia, y él mismo no desdeñaba dirigir su instalación, remitiendo los objetos que en Palacio se recibían y encargando, á veces, que no se abriesen los cajones hasta que él fuese.

Por fin, tras de muchos desvelos y trabajos por parte de Dávila, siempre protegido por el rey, en 4 de Octubre de 1776 se abrió el Museo al público, y poco después, en 1777, para ayu-



dar á Dávila en las crecientes tareas que el desarrollo del Museo imponía, se nombró secretario á D. José Clavijo y Fajardo. Era Clavijo persona de grandísima cultura, que oriundo de una familia de Canarias, había venido desde niño á la corte y fué nombrado en ella intendente de los reales teatros y director de un periódico fundado entonces, el *Mercurio histórico y político de Madrid*. Publicó además varias obras de arte militar, de política, como *Los Jesuitas culpados de lesa majestad divina y humana*, en la que, siguiendo el espíritu dominante en aquel tiempo, atacaba á la entonces perseguida Compañía; otras literarias como el *Tribunal de las damas*, la traducción de la *Andrómaca* y diversas más, y finalmente, otras científicas como la traducción de las obras de Buffón hacia poco publicadas. Hombre de costumbres ligeras, contrajo relaciones amorosas con la hermana de Beaumarchais, y con este motivo tuvo un lance, que sirvió de asunto para una tragedia de Goethe, *Clavijo*, en la cual nuestro pobre secretario del Museo muere en escena, cuando aún estaba bien vivo y ocupado en arreglar las piedras y bichos del gabinete de Historia natural.

Poco después murió Dávila en 1785, y se nombró para reemplazarle á D. Eugenio Izquierdo, con el sueldo de 44.000 reales. Era Izquierdo más que un sabio un hombre ilustrado, y, como en su *Historia de la guerra, levantamiento y revolución de España*, dice Toreno, *hombre travieso y de amaño*, que logró hacer su carrera merced á la protección del conde de Fuentes primero, y después, en tiempos de Carlos IV á su intimidad con el omnipotente príncipe de la Paz, que le confiaba frecuentemente importantes misiones reservadas en el extranjero; entre otras el tratado de Fontainebleau con Napoleón I.

Estas tareas le tuvieron casi constantemente separado del cuidado del Museo, hasta tal punto que pronto tuvo que dejar este cargo para continuar en sus negociaciones diplomáticas. Entonces Clavijo pasó á ocupar su puesto y se nombró



como secretario y vicedirector á D. Carlos Gimbernát, ilustre geólogo catalán, honra de nuestra patria.

La época de la dirección de Clavijo fué quizá la de mayor vida para el Museo, pues aun cuando en un principio no era un verdadero naturalista, hombre de gran talento y cultura, tomo afición á estos estudios, se consagró á ellos y supo enriquecer las colecciones del Gabinete que dirigía, entablando cambios y correspondencia con los naturalistas extranjeros. Testigo de ello es la correspondencia y colecciones que del barón Humboldt se conservan cual preciada joya en el Museo, en las que se ve el aprecio que Clavijo merecía de tan ilustre sabio.

Entonces también bajo su dirección, en 1799, y con el concurso de Asso, de Herrgen, de Proust, de Cavanilles y de otros naturalistas españoles, comenzó el Museo á publicar sus *Anales de Historia Natural*, que siguieron apareciendo regularmente hasta 1804. Nacieron asimismo en esa época las enseñanzas del real Gabinete, primer origen de la facultad de ciencias; Herrgen, discípulo de Werner, se encargó de la cátedra de mineralogía, y D. José Angulo primero y luego Proust, se encargaron de la de química, estableciendo un laboratorio anejo al Gabinete. El buen éxito alcanzado con las enseñanzas de Herrgen, hizo que se dividiera esta cátedra, al poco tiempo, quedándose Herrgen con la geognosia y asignando la de oritognosia á D. Mariano Párraga. Y luego más tarde se completaron estas enseñanzas, en 1818, con la de zoología para la que, previa oposición, fué nombrado don Tomás Villanova.

Así siguió el Museo por la senda emprendida merced al impulso de su fundador, hasta los sucesos de la invasión francesa y el reinado de Fernando VII, en que comenzó la decadencia y abandono del real Gabinete. En 1815 se suprimió el cargo de director y se nombró una junta de protección, de la que fue primer presidente el marqués de Santa Cruz, luego, en 1819, siéndolo el marqués de Cerralbo, se creó una junta directiva,



de la cual se hizo presidente y director del establecimiento á D. Donato García, presbítero y entendido mineralogista que había sucedido á Herrgen en su cátedra en 1816. Cesó esta junta en 1821 y después de multitud de cambios y sistemas, en 1845 se declaró al real Gabinete de Historia natural dependiente de la Universidad Central, y se nombró director á don Mariano de la Paz Graells, catedrático que en 1837 había sucedido en su cátedra á Villanova. Pero luego más tarde se volvió á separar el Museo de la Universidad, confiando su dirección á un comisario regio, y después al rector con este carácter y por fin á un profesor del Museo como representante del rector y jefe del establecimiento, habiéndolo sido D. Mariano de la Paz Graells, D. Miguel Colmeiro y actualmente D. Miguel Maisterra catedrático de mineralogía é ingeniero industrial.

Período tan fecundo en mudanzas de régimen del Museo. no lo fué ciertamente en cambio para el aumento de sus colecciones, que hasta tiempos muy recientes quedaron casi en el mismo estado en que las había dejado su fundador, y aun mermadas por la polilla y algún que otro robo como el citado de las célebres pepitas.

Sólo en tiempos de la dirección del Sr. Graells, hizo el Museo algún progreso; joven entonces y lleno de entusiasmo por estas ciencias, procuró el director y profesor de zoología dar mayor interés á la enseñanza de esta asignatura, aumentar el Museo con ejemplares de la fauna española y estudiar algo más científicamente las colecciones; pero desgraciadamente, distraído quizá, en tareas y estudios para que fué comisionado, como la dirección del Jardín Botánico, la comisión de pesca, la de la carta geológica, la del jardín zoológico y tantas otras que nuevamente fue desempeñando, con notable provecho y celo por la enseñanza, no pudo probablemente, por falta de los medios precisos, realizar los grandes cambios que en el Museo eran ya imprescindibles.

Ya en tiempos recientes, creada la facultad de Ciencias y



nombrados más catedráticos, el celo y trabajos de éstos logró mejorar un poco el aspecto y riqueza de las colecciones del Museo. El Sr. Martínez y Saez, que á la vuelta de un importantísimo viaje de exploración á la América Central y Meridional se encargó de la clase y colecciones de vertebrados, pudo lograr aumentar éstas poco á poco, merced á compras y envíos de particulares. Los Sres. Vilanova y Solano, encargados de los de Geología y Paleontología, tuvieron que crear y ordenar estas colecciones, luchando con los inconvenientes de la falta de local. El Sr. Bolívar tuvo también que ordenar y reponer las de Entomología, que apenas existían cuando se encargó de ellas, y hoy forman ricas y ordenadas series perfectamente estudiadas en su mayoría. El Sr. Antón tuvo que crear las de Antropología, aprovechando los materiales recogidos en la citada expedición á América, los existentes en el Museo y los procedentes de la reciente compra del Museo del Dr. Velasco, en cuyo local se pudieron instalar interinamente. El Sr. Maisterra, con el concurso del Sr. Quiroga, prematuramente fallecido, creó una colección de minerales de España y estudió y ordenó las existentes. El Sr. Machado aumentó las de animales inferiores con los ejemplares adquiridos en Nápoles y los remitidos por el Sr. González de Linares, y finalmente, todos los profesores del establecimiento, poco á poco, y aprovechando la mezquina consignación del Museo, fueron aumentando y extendiendo las colecciones hasta el punto de que era ya imposible que el edificio de la calle de Alcalá pudiera contenerlas á todas ordenada y decorosamente dispuestas.

En este estado, el Museo que hasta hace pocos días todos hemos conocido, no puede decirse que fuera uno de los mejores, ni siquiera lo que debía ser, pero al menos existían en él elementos para poder constituir uno aceptable en el momento en que personas celosas y dotadas de pocos más medios que los actuales se lo propusieran. Sus colecciones eran ciertamente muy desiguales; las unas ordenadas con arreglo á mé-



todos antiguos, las otras absolutamente sin ordenar y las más de ellas estudiadas y ordenadas en debida forma. Pero aun así, los ejemplares se conservaban, y sólo era preciso distribuirlos mejor, formar con ellos colecciones generales y exponerlos al público de modo que pudieran ser más fácilmente estudiadas. Sólo de moluscos existen más de seis colecciones, la magnífica comprada á D. Patricio Paz Membiela, que consta de más de 5.000 especies y 12.000 ejemplares; la de Aldamar, la del Mar Rojo, la antigua, la de D. Lucas Tornos y la del Pacífico. De mineralogía existen aún más, la antigua, la de la cátedra, la de Forster, adquirida en 1793 por 315.000 reales; la de Parga, legada por este mineralogista y tasada en 76.000 reales; la de Pingarrón, comprada por 20.000 reales; la legada por D. Donato García, la de España y algunas otras más. Si todas estas colecciones se reunieran en una ó dos solamente, y los ejemplares muy duplicados se dedicasen á cambios, fáciles de entablar, ciertamente que se podrían reunir magníficas series malacológicas y mineralógicas que serían de las mejores. Casi todas las demás colecciones necesitaban también un poco de unificación en su aspecto, mejor instalación y más cómoda disposición, pues aumentadas constantemente y no habiéndose ampliado el local, que ya en tiempo de Carlos III era pequeño para contenerlas, se verían aglomeradas en las estanterías y en muy malas condiciones para ser estudiadas, de tal modo, que algunas ni podían estar siquiera expuestas al público y se conservaban almacenadas en locales impropios para ello.

Además, en el edificio que aún ocupa el Museo, los laboratorios eran sumamente deficientes, algunos instalados en las buhardillas y sin medios de alumbrado y calefacción, tan necesarios en cualquier laboratorio, si en él se ha de poder trabajar con provecho.

Todas estas deficiencias reconocidas universalmente y no poco criticadas por naturalistas propios y extranjeros, habían convencido á todo el mundo de la necesidad de trasladar el Museo á un local digno, en el que pudiera instalarse decoro-



samente y en el que las cátedras y laboratorios permitiesen una enseñanza práctica y seria como la que estos estudios requieren. A nadie se le ocurría que el Museo pudiera trasladarse en otras condiciones, sino para mejorar su instalación, y repetidas veces se había pensado en hacer para él un edificio *ex profeso* bien solo ó unido á la facultad de Ciencias, tan desdichada como todo lo que á ciencias se refiere. El edificio de la actual escuela de Ingenieros de Caminos, el que se construye para ministerio de Fomento, otro que se empezó á edificar á su lado en lo que hoy ocupa la calle recién abierta, todos ellos se pensaron dedicar á este objeto y se hicieron planos y proyectos informados por la facultad y por los profesores del Museo, pero desgraciadamente siempre caían en el olvido, y por fin los edificios se destinaban á otro objeto ó no se construían jamás.

A satisfacer esta aspiración parece que habían de encaminarse las órdenes recientemente dadas por el gobierno en 3 de Agosto y en 25 de Setiembre del pasado año; pero desgraciadamente la práctica no lo ha comprobado así. Necesitado de local el ministerio de Hacienda para ensanchar sus oficinas, hace tiempo que venía codiciando el edificio vecino que ocupan el Museo y la Academia de Bellas Artes, y antes de sacrificar las habitaciones particulares que en aquel centro existen desde antiguo, pensóse naturalmente en desalojar al pobre y desgraciado Museo, ya que por el pronto no podía ser también á la Academia.

Pero ya que esto se hacía, si al verificarlo se hubiesen satisfecho las necesidades del Museo y se le hubiese procurado una instalación amplia y decorosa, la traslación hubiese sido un bien por todos alabado. Así parecía que podía esperarse de la Real orden suscrita por el presidente del Consejo y publicada en 3 de Agosto último, en la cual en los sitios que para Museo se designaban hubiera este podido establecerse digna y desahogadamente, pero se nombró una llamada junta de mudanza, en la que entraban *naturalistas* tan reputados y



competentes como los Sres. Madrazo, Rada y Delgado y Ruiz de Salces en unión de los Sres. Maisterra y Colmeiro, directores del Museo y del Jardín y contra el voto y opinión del director del Museo, desestimando las consideraciones expuestas en el fundamento de la citada Real orden, se dictó otra en 28 de Setiembre ordenando que en los pocos días, *dos solamente*, que faltaban para comenzar el curso se trasladase todo el Museo á la planta baja, casi los sótanos, pues algunas salas están á un nivel inferior al de la calle, del ala de la izquierda del palacio de Museos y Bibliotecas.

En vano fué que la prensa llamara la atención sobre los daños que las colecciones sufrirían y lo insuficiente del local, que una comisión de la Sociedad de Historia Natural visitase y expusiese convincentes argumentos al ministro de Fomento, Sr. Bosch, é intentase ver también, sin poderlo conseguir, al señor presidente del Consejo; en vano también, que la junta de profesores pasase una comunicación al señor ministro demostrando lo insuficiente del local, todo fué inútil y la traslación comenzó, á pesar de todo.

Pero aún el mal se agravó con la manera de verificar ésta, pues lo lógico y natural es que las colecciones, al ser llevadas al nuevo local, hubiesen encontrado dispuesta una estantería para conservarlas, pero como la traslación no se hacía por mejorar el Museo poco importaba cuál fuese su suerte; y consignada una mezquina cantidad para ella, menos de 15.000 pesetas, cinco se dedicaron á pintar las salas, otras cinco para las obras que se hayan de hacer en el edificio que el Museo deja y menos de cinco para los gastos de la mudanza, estanterías, jornales, etc. De este modo ha sido preciso ir llevando los ejemplares y colocarlos *provisionalmente en el suelo*, por Dios sabe cuántos años, hasta que un ministro piadoso se compadezca de su suerte y pueda conceder algunos miles de pesetas para estanterías é instalación del Museo. Además, los armarios antiguos, hechos para salas en las que no existían grandes huecos, y muchos de ellos de dos pisos no se podrán



instalar—los que valgan la pena de ello y no queden destrozados en estas operaciones—en las salas nuevas que tienen una distribución muy diferente.

Aún así, en las diez salas que al Museo se destinan, algunas de ellas demasiado oscuras y húmedas, no pueden colocarse y eso ya la experiencia lo demuestra, todas las colecciones existentes, ni aun siquiera estando tan aglomeradas como en su antiguo local se encontraban.

Por otra parte, un Museo, y más el nuestro, dedicado á la enseñanza por ser anejo á la facultad de Ciencias, no consta sólo de una serie de salas en las que los objetos se exponen al público, es preciso que tenga laboratorios, cátedras, bibliotecas y otras dependencias. Malas serían las existentes en el antiguo local, pero aun así y todo mejor son ciertamente que no tener ninguna, como forzosamente tiene que suceder en el que se le ha destinado. Sin laboratorios, es imposible ni dar enseñanza ninguna de estas ciencias, completamente experimentales, ni siquiera poder ordenar y estudiar las colecciones. Y tampoco dichos laboratorios que, como los de mineralogía, son en gran parte químicos, son la mejor vecindad para las colecciones artísticas y la biblioteca que en aquel palacio se encierran, y muchas de las colecciones de zoología conservadas en alcohol pudieran ocasionar en caso de incendio una deplorable castástrofe en todo el edificio.

En resumen, y preciso es confesarlo, cuando el Museo de Historia Natural se veía necesitado de una mejora grande en su instalación, que le hubiera dado nueva vida y puesto al nivel de lo que debía ser, se le traslada á un local poco capaz, de malas condiciones, se le priva de sus laboratorios y dependencias y se colocan sus colecciones por el suelo hasta que los recursos del presupuesto consientan otra cosa.

¡Véase, pues, si no puede decirse con razón que el Museo de Historia Natural ha muerto, y que á menos que pueda renacer de sus cenizas, ha muerto para siempre!

Y no es lo peor que las ricas colecciones atesoradas á cos-



ta de mucho tiempo, trabajo y dinero se pierdan ó puedan perder por completo, que al fin y al cabo son objetos que aunque tengan mucho valor se pueden reponer con unos cuantos millones; es aún más deplorable el efecto moral de este desastre que demuestra el desprecio que á todos merece este género de estudios y que no servirá ciertamente para alentar á nadie á que los emprenda.

MANUEL CAZURRO,  
*Del Museo de Ciencias Naturales.*



# ADAN Y EVA

(CICLO)

## MEMORIAS DE UN SOLTERÓN

(Continuación.)

### XIII

**D**EBO decir que, no sin gran admiración mía, Primo Coba cumplió estrictamente su palabra. Hizo más: fué en todas partes el defensor, abogado y encomiasta de la conducta de Feíta. Yo temía que los arranques de esta fuesen motivo para que en Marineda la apedreasen. Cierto que se habló á destajo, que se armó alboroto, y se calificó á la emancipada, según merecía, de insolente marimacho; pero en el punto importantísimo de su honra, en la interpretación maligna é infamante á que se prestaban sus correrías, fué dictamen general no atribuir á las genialidades de Feíta, por lo pronto, ninguna intención siniestra. Debió de contribuir á esta indulgencia relativa del público la campaña benévola del en otras ocasiones desaforado maldiciente Primo Coba.

El propio desenfado característico de Feíta, la claridad de sus palabras, la impetuosidad de su proceder, borrarón sombras y disiparon sospechas. Los agoreros más pesimistas se limitaron á predecir que Feíta, si no se había perdido, acabaría por perderse irremisiblemente, entre los azares y riesgos de la vida libre é insólita á que se entregaba. Hasta en esto rompió lanzas por ella Primo Coba. "No se perderá la chica,"—aseguró tan impávido como si tuviese don de profecía,—"porque su despejo natural y el mundo que va á correr la enseñarán á precaverse. Además, á esa niña, hoy por hoy, sin cuidado la tienen los hom-

E. M.—*Marzo* 1896.



bres y el dios Cupidillo. Lo que la hierva en los sesos es el afán de estudiar, de saber, y de aprovechar y lucir su sabiduría. ¿No ven Vds. como anda, hecha un Caifás, con el pelo al rape, cada bota lo mismo que un lanchón. los dedos negros y la saya de través? ¿Vds. afirman que caerá? Pues yo sostengo una apuesta. Apuesto á que antes que se pierda ese pericón, se habrán reperdido unas cinco ó seis muchachas de su misma esfera social, que viven al estilo antiguo, no salen solas y no dan lecciones. ¡A ver quién se juega mil realitos!,,

A pesar de la atmósfera semi-benigna que se formó alrededor de la emancipada, yo me sentí tan cohibido, por la circunstancia de haber sido mi casa el terreno donde Feíta realizó su primer escarceo, que me escondí, dejé de concurrir á la tertulia de Neira, y hasta evité encontrarme con D. Benicio. Nada, cautela, mucho tiento: á tu agujero, ratón: no arriesguemos por cosa de este mundo la adorable tranquilidad.

Entre tanto Feíta, rota la valla, no se contenía. Mañana y tarde se la veía recorrer las calles, de verso suelto, ufana, intrépida, desgñada, empecatada de *toilette*. Diríase que era alguna forastera que no había estado en Marineda jamás, según el anhelo y prisa con que recorrió y curioseó la ciudad, cruzando impávida los callejones más vitandos, saliendo al campo, visitando los alrededores, escudriñando los monumentos y hasta sacando dibujos de algunas graciosas puertas románicas y algunas casas del xv que se conservan aún en la vieja *Nautilia*. Si en la calle ó por los andurriales la encontraba algún conocido y se brindaba á acompañarla, la chica rehusaba sin ambages ni cumplimientos.—“Me encuentro felicísima haciéndome compañía á mí propia,, —decía, con tal irradiación de gozo en las pupilas verdes, que era preciso creerla y dejarla cumplir el capricho.

Cada dos días venía puntualmente á registrar la librería de la duquesa de la Piedad, alternando este registro con el de otra biblioteca, pública y muy copiosa, la del Puerto. Yo me enteraba de que la muchacha se encontraba en mi domicilio por algún roce ó arrastre de muebles, algún eco de pasos, que se oía en las habitaciones contiguas á mi sala,—pues la librería estaba pared por medio;—no ignoraba que á dos pasos de mí leía y tomaba apuntes una joven, una doncella, y me producía este incidente desasosiego y contrariedad. Nada debía importárseme, toda vez que la estudiosa, con alarde de prudencia y discreción en ella sorprendente, ni preguntaba por mí ni daba señales de querer allanar mi morada.



Sin embargo, me alteraba, me desazonaba, me trastornaba, destruía mi dulce paz. Esa intrusión de la mujer era un elemento inesperado, de imprevistas consecuencias; algo que no estaba en el programa, algo reñido con mi grata soledad absoluta, con mis mañanas apacibles, con el fino aroma del *Henry Clay* voluptuosamente aspirado, con las visitas de Primo Coba á traerme la chismografía, con el goce monacal de saborear mi soconusco y de sopetear en él doradas rebanaditas de pan..... Si analizo bien mis sensaciones de entonces, la que me causaba la presencia de la invisible Feíta era de molestia, hasta tal extremo, que generalmente, al escuchar el ruidito de su silla ó el volver de hojas de su libro, acababa por cojer el sombrero y marcharme á la calle.

Chafaba también mi amor propio masculino que tabique por medio se encontrase una mujer dedicada á un serio trabajo, á una labor intelectual, sin acordarse de mí más que de la primer camisa que vistió. Nunca una soltera disponible se había manifestado tan despreocupada de mi vecindad. No insinúo que anduviesen las solteras encandiladas por mí; lector, mira que no es eso. Lo que digo es que *todas* daban alguna señal de saber que yo, por mi estado y mis circunstancias, podía llegar á ser un *pretendiente*, el embrión de un *marido*; y esta idea, involuntariamente, influía en su cara, en sus ademanes, se delataba en sus ojos, modificaba las inflexiones de su voz. Para ellas, yo *existía* como hombre. Para la extravagante engolfada en su lectura á diez pasos de mí, no existía.

Hay una especie de sugestión moral, — ¡quién sabe si también física! — que todo el mundo conoce ó ha experimentado alguna vez. La determina la proximidad de una persona á la cual no vemos. Entre los terrores más profundos que pueden estremecer el alma, cuento el de penetrar á oscuras en una habitación y percibir que allí está *alguien*. Aunque tengamos motivos para suponer que ese *alguien* no quiere hacernos ningún daño; aunque nos conste que el individuo allí agazapado nos tiene miedo á su vez... no somos dueños de reprimir un intenso escalofrío, una especie de horror misterioso, que no procede de la persona oculta por las tinieblas, sino de lo *desconocido*, de una aprensión sin objeto, casi sobrenatural...

Pues bien; ese mismo indefinible espanto, esa alarma sin causa racional y justa, me punzaba á mí al percibir, entre el silencio de mi solitaria celda, el leve roce de la hoja del libro que pasaba Feíta. La hora elegida por la extravagante para dar tormento á la libre-



ría de la duquesa, era precisamente la misma que yo consagraba (por ser tiempo de invierno y no poder bañarme en la playa del Rial) á mis faenas de tocador, á mi reposo después de las fricciones, y á convertir en humo mi exquisita breva. ¡Y aquella muchacha allí! ¡Qué calamidad! Al través de la pared creía mil veces sentir sus ojos curiosos que me fisgaban, ni más ni menos que si Feíta anticipase el gran descubrimiento del paso de la luz al través de los cuerpos opacos; pensaba escuchar su voz de inflexiones burlonas, y cada ruido que subía de la calle fantaseaba que era la irrupción de Feíta en mi cuarto, á volverlo patas arriba. Temores ilusorios, porque á Feíta, sepultada entre tomos, ni se le ocurría cosa semejante, y esta convicción creo que me irritaba más, sin que por eso dejase de tener la mente fija en la contingencia de que la lectora se me colase en la habitación; y sólo el imaginarlo me quitaba la libertad, me obligaba á proceder como si no estuviese solo, á escupir con mucho cuidadito cuando me enjuagaba los dientes...

¡Situación intolerable! Esperé que, pasando tiempo, vendría á serme indiferente la presencia de Feíta en la librería, y hasta llegaría á olvidarla, como olvidamos la del gato apelonado sobre la alfombra; mas no fué así, porque sin duda mis nervios se atirantaron gradualmente, y lejos de disminuir mi irracional agitación, creció hasta levantarme calentura. De suerte que el edificio de mi dicha, laboriosamente erigido sobre la piedra de mi celibato y mi soledad (acaso de mi abandono en los últimos años de la vejez), lo echaba por tierra aquella antojadiza criatura.

¡Si al menos perdiese mi bienestar por culpa del que todo lo añasca, del ciego flechador que apunta á nuestros corazones! Pero ni ese consuelo tenía. A mi parecer, ni se me importaba un bleo del marimacho, ni al marimacho se le daba de mí un ardite. ¿Yo querer á semejante mascarón; á una chica que gasta calzado de hombre y lleva el pelo hecho un bardal? Si eso es el sexo femenino, ¡malhaya por siempre jamás amén!

Comprendí que era urgente poner fin á semejante "estado de cosas", recobrar á cualquier precio "la dulce calma", como diría nuestro *muso* local, Amador Milflores (*Ilang-Ilang* por otro seudónimo), y medité una resolución suprema.

En vez de una se me ocurrieron dos; realmente la más inmediata, y única que por el momento podía adoptar, era un paliativo: la otra, la radical, la que me libertará para siempre de intrusiones atrevidas, consiste en instalar —cuanto antes, y aun sacrificando parte de las economías que prudentemente reservo para un apu-



ro—mi deseada *garçonnière*.—Allí no podrá nadie meterse sin mi permiso como trasquilado por iglesia, ni interponerse entre mis ensueños y el humo gris de mi cigarro...

Sólo que una *garçonnière*, un nido abrigadito y poético como el que yo ansío poseer y habitar, no se arregla en un decir Jesús... y por ahora debo conformarme con el paliativo. El cual se reduce... ¡verán Vds.! á tener una entrevista con Feíta, advertirla de lo mucho que me sobresalta, y rogarla que elija otra hora para sus estudios: la hora, verbigracia, en que yo salgo á paseo... Este favor no me lo negará la maniática.

Adoptada tal determinación, que me pareció en todas sus partes excelente y discreta, esperé el día en que le tocaba á Feíta venir; me levanté más temprano que de costumbre; me lavé, peiné, acicalé y vestí de gala—no sé con qué objeto, pues al cabo Feíta era el mismo descuido y no merecía tales precauciones,—y apenas advertí ruido de muebles en la contigua librería, empujé suavemente la puerta y entré.

Estaba Feíta encaramada en una escalera alta, estrechísima, revolviendo el último estante de los dos armarios unidos que encerraban el tesoro bibliográfico de la duquesa. La posición de la muchacha era indiscreta en grado sumo, y si Feíta se contase en el número de las bien encuadernadas por el forro, yo no hubiese regateado á mis ojos tan delicioso espectáculo, ese surgir del menudo pie, como flor de entre la hojarasca, envuelto en la espuma de los bajos limpios, ricos y orlados de encaje, que es uno de los encantos mayores de la mujer civilizada y pulida. Con Feíta valía más no mirar, por no encontrarse las botazas y las faldas de paño, análogas á los masculinos pantalones. La naturaleza jamás pierde sus fueros, y al entrar yo hizo Feíta un movimiento esencialmente femenino: exhaló un chillido, se puso colorada, bajó las faldas, y soltando el tomo que empuñaba, descendió precipitadamente.

—¡Vaya una manera de entrar!—exclamó.—Ya podía V. haber llamado. Me extraña que no sea V. más correctito.

—Tiene V. razón—respondí algo confuso,—y pido mil perdones; pero no sospeché que la iba á encontrar en la percha, como al loro. Creí que estaba V. leyendo.

—Bueno; ¿qué más da?—murmuró con un resto de enojo.—Ya me bajé... Por cierto que es V. fino. Ni siquiera me tuvo la escalera para que no me rompiese las narices.

—Es que me quedé aturdido. No me dió V. tiempo á nada.

—Es que no se le ocurre á V. ni esto. En fin, ya pasó—repuso



ella limpiándose los dedos, perdidos de polvo, con un pañuelito no más pulcro que los dedos. — ¿Y puede saberse qué tripa se le ha roto, Sr. Abad, para que, sin solicitar audiencia, se meta V. en mis dominios?

— ¡Feíta, Feíta! — respondí sentándome en el anticuado sofá de crin que decoraba aquel chiribitil, pomposamente llamado biblioteca. — Tenga V. juicio, aunque sólo sea un día y por extraordinario. Estos no son dominios de V.: antes poseía yo la llave, y consideraba este cuarto dependencia del mío. V. se lo ha apropiado... No me opongo; pero, á lo menos, permita que de vez en cuando ejerza mis antiguos derechos. Además, ¿qué sabe V. si yo necesito decirle cosas importantes?

Al expresarme así miraba con curiosidad á la original chiquilla, que se había sentado de espaldas á la ventana, de manera que el sol jugaba en su movida cabellera y doraba su pescuezo juvenil. Aquella ojeada (la inevitable que dedicamos á todos los que no hemos visto en algún tiempo), descubrió en Feíta cierta variación, no indigna de referirse. En la cara de la muchacha se advertía inexplicable modificación de líneas, algo más lleno, suave y mórbido; sus facciones se armonizaban con más dulzura, sus sienes y cuello ofrecían curvas delicadas, sus ojos tenían una placidez, una luz velada, atractiva y graciosa que antes les faltaba por completo. De parecer un monaguillo ó un paje, había pasado Feíta á parecer una joven, más ó menos linda, pero con toda la gentileza y la lozanía misteriosa de la mujer en su doncellez tierna, en sus floridos Abriles. Su cutis se había aclarado; su boca, rosada y turgente, sonreía entre dos mejillas que un toque luminoso, nacarado, palidecía y refrescaba á la vez; sus orejitas se escondían bajo el abundoso pelo, y éste, desflecado aún como pluma de volandero pájaro, mostraba sin embargo algún esmero en su colocación, y relucía y se esponjaba como sólo se esponjan las cabelleras lavadas y libres de crasitud y de impureza. Feíta había ganado mucho, y para negarlo era preciso no tener ojos.

— ¿Me encuentra V. mejor, más sana? — exclamó la chica, que leyó en los míos esta impresión. — La libertad, amiguito... la santa y requetebenditísima libertad.



## XIV

—Sí—repitió riéndose, con una risa melodiosa y apacible—la libertad es quien ha obrado estos milagros. ¡Si yo le dijese á V. los efectos beneficiosos que noto en mí, y todo por obra y gracia de la señora libertad! — Vaya V. contando. En primer lugar (y siempre en primero debe ir la salud), cuando proclamé *los derechos de la mujer*, yo me sentía floja y desmadejada. A veces me figuraba que mi cuerpo me decía: “hija, zarandéame, que lo necesito mucho”. ¡Pero no poder salir sino en comandita, á la hora que me ordenasen... siempre por las mismas calles, siempre empleando el mismo tiempo... en fila, despacito... eso ni es pasear, ni es nada! ¡Ahora salgo temprano, sin apéndices; cruzo las calles, dejo atrás la ciudad, me meto por los sembrados, los huertos, los caminitos vecinales; tengo sed ó tengo hambre; saco mi vasito,—¿lo ve V.? aquí en el bolsillo va—bebo en el primer arroyo ó en la fuente de la carretera... cojo un mendrugo de pan y le hincó el diente... si se me ha olvidado echarme en la faltriquera el mendrugo, compro un cuarterón de *brona* y me sabe á gloria divina... ando una legua, dos leguas, tres... y vuelvo á Marineda en estado de beatitud! Dígame V., Abad, pero con la conciencia en la mano: ¿hay algún mal en esto? ¿Infrinjo alguna ley humana ó divina? ¿No? Pues creo que tampoco sea ningún crimen el dedicarme á enseñar á los que no saben... y el leer á troche y moche, para curarme á mi vez de la ignorancia. Esta es toda mi vida; á ver si en ella hay qué tachar. ¡Abad de mil demonios! créame V., estoy muy contenta de la señorita Feíta, y si los demás no lo estuviesen... peor para ellos.

Y me dió un palmo de narices, poniendo en fila las manos delante de su remangada naricilla.

—Quedamos—prosiguió—en que la salud, inmejorable. Nada de languideces ni de nerviecitos: un sueño de marmota, un apetito de par en par, y la cabeza más fresca que una lechuga. Bueno. Pues vamos ahora á lo de dentro... que suele ser el corolario de *lo otro*. Por dentro, maese Abad, ¡me siento tan cambiada! Me he vuelto



muy buena, y hasta se me ha despertado un deseo atroz de ser útil á mis semejantes, empezando por mi familia... Los últimos tiempos de mi *opresión* (patachín, patachín) cuando aún vivía sujeta al *ominoso yugo* (¡pataratachiin!) me iba volviendo mala... ¡malísima, infame! No sentía nada de las desventuras que en casa ocurrían: parece que tenía gustillo en que se fastidiasen, ya que me fastidiaban á mí no dejándome hacer cosas buenas é inocentes!... ¡sí señor! Desde que he roto las cadenas, he visto que aquel modo de sentir mío era perverso. A mí debe importarme la familia. Y me importa, ¡cuidado si me importa!

—¡Y es natural que le importe á V.!—respondí haciendo aspavientos.—¡Pues me gusta! ¿Dónde habrá cosa que para V. valga más que su padre y sus hermanas?

La insubordinada me miró traviesamente y se quedó muy grave.

—¡Qué bobalicón es V., ó qué hipócrita!—respondió.—¡Abad, ó D. Mauro, ó como V. quiera! Ha soltado V. eso lo mismo que soltaría una verdad de Perogrullo... ¡y no es sino una insigne patochada! La cosa que más me interesa á mí es Feíta Neira, y á V., Mauro Pareja. Después, lo que sigue. Pero antes, el número uno.

Quedéme estupefacto al oír salir de aquella boca virginal, y formulada tan crudamente, la teoría de la *filaucia*, que yo, sin embargo, había erigido en norma de mi existencia.

—¿A que me va V. á decir que no?—continuó Feíta.—No se atreverá. Estoy cierta; no se atreve. Pero venga V. acá y hágame el favor de ser franco, franco: ¿tengo ó no tengo razón? Dios nos manda, en primer término, que nos salvemos á nosotros mismos: después de mirar por nuestro propio bien, por nuestra felicidad propia, es cuando podemos pensar en la del prójimo. El deber supremo es para con nosotros, Abad. Y lo digo porque estoy harta de que á las mujeres no nos consientan vivir sino por cuenta ajena. ¡Caramba! No ha de haber nada de eso... Para mí vivo, para mí.

—Es V. un monstruo, Feíta—exclamé conteniendo la risa.

—Y V. un serpentón...—replicó ella soltando la carcajada.—Diga—añadió, metiendo las manos en el bolsillo de su chaqueta y sacando unas monedas que soltó sobre la mesa triunfalmente:—y de esto, ¿qué opina V.?

—¡Cinco duros! ¡Zambomba! ¡Las ganancias!

—Mi primer mes de sueldo, que me lo han adelantado los de Boliche: y me querían adelantar el segundo, porque están encantados de mí—prosiguió la joven.—¡Dinerito del alma! (Y al decirlo cogió una de las monedas y con infantil movimiento la acercó á los labios.)

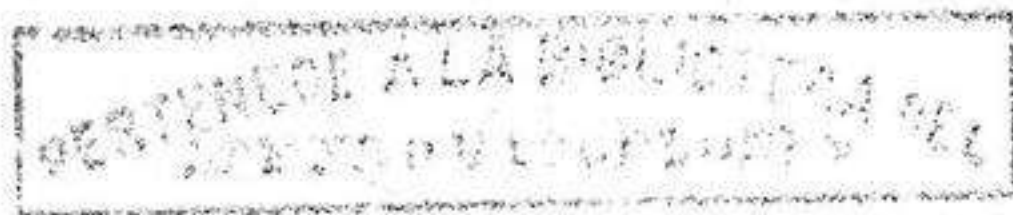


¡Qué bien me sabes! ¡Qué embelesada estoy contigo! Te he ganado yo, yo misma; no te he recibido de manos de ningún hombrón; no eres señal de mi esclavitud, ¡eres prenda de mi emancipación total y absoluta!

—¡Pobre criatura!—murmuré en tono compasivo.—¡Qué ilusiones!

—¿Ilusiones? Desde el mes entrante tengo una lección más: me la han buscado los de Boliche y doña Consola. ¡Eh! ¿V. qué creía? ¡Quince duros! Con quince duros se vive pobremente, pero se vive. El día que no tuviese lecciones en Marineda, á Barcelona ó á Madrid me largo á buscarlas. ¿Qué se figura V.? ¿Que yo me apoco? Si, bonita soy para apocamientos. Tengo la seguridad de ganarme el pan en cualquier punto del globo. Lo que más risa me da, es cuando la gente, que no acaba de entender mis ideas, dice por ahí que proyecto “dedicarme á poetisa.” Aquí, aun no bien una mujer sabe cómo se llama la capital de Rusia, poetisa la tenemos. ¿Qué entenderán por poetisa esos memos? ¡Yo que casi no manejo poetas; que prefiero leer de medicina ó de historia! ¡Yo que no acertaría á asonantar una mala aleluya! El otro día estuvieron tan necias las de Tardejón con tumba y daca la poetisa, y vuelta que les leyese *mis inspiraciones*, que para tomarlas el pelo recité un romance del Cid, aquel de

Afuera, afuera, Rodrigo,  
el soberbio castellano.....



y se tragaron que era mío, las muy estúpidas. ¡En fin, Abadillo ó Abadejo, que con este hermoso duro, primero que gané, voy á hacerme un imperdible..... y lo usaré siempre! ¡Veinte reales del alma! ¡Sueño plateado!

—Lo que noto en V., Feíta—dije en tono incisivo y creyendo que la desconcertaría—es que desde la santa libertad se arregla V. mejor; trae V. el pelo más coquetoncillo; se nota en V... cuidado, primor...

—Así es en efecto,—respondió con aplomo.—Antes, mi abandono era como una especie de protesta, una forma de mi rabia contra el yugo..... Desde que soy libre, he comprendido muchas, muchísimas cosas que antes no podía alcanzar... No crea V.: esto de la libertad tiene de bueno que ensancha el meollo y le abre á uno no sé qué registritos allá en el entendimiento, que se ven sin esfuerzo las verdades. Cuando me tenían presa entre cuatro paredes, me decía Rosa: “Mujer, abróchate bien ese cuerpo, que pareces el



trasno... Mujer, atusa esos pelos, que eres la mismísima estampa de un puerco espín... Y yo, por llevar la contraria, respondía: "Mejor, estoy así porque me da la gana; métete en tus narices, presumidona... Ahora conozco que si ella era entrometida, yo era rara y mal criada..... ¿Ve como lo conozco? Y desde que me he convenido de ello, aunque no me gusta vivir esclava de los moños, me arreglo lo posible, todo lo que cabe, sin derrochar un tiempo que puedo dedicar á cosas mejores. Para andar aseada, lavo y plancho yo misma mi ropa, mis cuellos: ¿ve V. qué reluciente este de hoy? No lo llevará V. más blanco. Gasto mucha agua, remojo la cabeza dos veces por semana, y me paso el pelo con unos cristalitos de soda..... á lo pobre, porque el *shaampoing* cuesta un sentido, y las yemas de huevo... son muy buenas para almorzarlas. También cuido las garras: ya he perdido la mala maña de comerme las uñas; las limo, las recorto, y así me ahorro guantes. Voy sin ellos. Ahora las tengo negras de polvo, y el pañuelo también, porque anduve revolviendo ahí arriba, y claro..... Pero si V. me da un poco de agua y jabón..... verá qué manos de señorita!

Al hablar así la extravagante, parecíame más evidente su transformación, que allá en mis adentros, valiéndome de un símil nada nuevo, comparaba á la de la crisálida cuando pugna por romper el capullo.

—Nada; que se nos va V. á convertir en una mujer encantadora, Feíta. ¿Ve V. cómo yo tenía razón? ¿No la he predicado á V. cien veces que es preciso arreglarse, y que á su sexo de V. le sienta bien un poquillo de coquetería?

—En eso disparataba V. De mis reflexiones resulta que debe uno arreglarse por higiene, por decoro, por respeto á nuestros semejantes; por coquetería, niquis. Con esos principios, vamos derechitas á Rosa y á sus... á sus...

Vi que Feíta, tan decidida en la frase, titubeaba, lo cual me sorprendió.

—A sus exageraciones, dirá V.... ¡Corriente! Todo extremo es vicioso. Rosa no vive sino para los pingos. Pero ¿no cree V. que el arte, manifestado en el atavío femenino, hermosea la vida? ¿No opina V. que el placer que nos causa ver á la mujer prendida con esmero y gusto, es lícito y hasta puro y noble? A ver, Feíta; V. que tiene tanto talento y tanta imaginación...

—¡Chist! ¡Alto... no descarrile! Soy poco amiga de incienso y de farsas.

—Bueno... pues V.... que... en fin, que ha leído y no es un... ani-



mal...! (creo que no extremo la lisonja) ¿no se hace cargo de que la mujer fina y ataviada es una de las conquistas de la civilización, y que el descuido, la indiferencia, la vuelve al estado salvaje?

—No niego eso—respondió sonriendo Feíta,—siempre que V. me haga extensiva la teoría al hombre. Ese mismo gusto que Vds. pueden hallar en vernos artísticamente arregladas, lo hallaríamos nosotras en verles á Vds. menos ridículos de lo que andan con el traje de ahora, que ni buscado con candil podría ser más horroroso. Vds. dicen que visten así por comodidad y por higiene. Pues nosotras, con atender á la higiene y á la comodidad... despachadas. ¿Qué obligación tenemos de recrearle á Vds. la vista? ¿Somos odaliscas, somos muebles decorativos, somos claveles en tiesto? Gaste V. cuellos de encaje y bucles, y yo haré un sacrificio y me ataviaré á la Pompadour.

—Me aplasta V.—respondí irónicamente fingiéndome convencido.

—Crea V. que, suprimidos los moños, no por eso dejarían Vds. de hacernos caso. Vestidas de estameña nos miran Vds., y con botas de cuero gordo hacemos conquistas. Ya que viene á cuento, antes de que se lo diga á V. Primo Cobra, le quiero enterar de que tengo... ¿qué dirá V.?, Un adorador ferviente y decidido.

—¡El gobernador!—exclamé, levantándome amostazado, con una vehemencia colérica que, según entendí, demostraba mi antipatía hacia el hombre doble.

—¡El gobernador!—repitió Feíta con expresión despreciativa, pero dirigida á mí.—¡El gobernador! ¡Si será V. camueso! ¡También á V. se la ha pegado ese truhán, con su falsa maniobra! Le creí más perspicaz, Sr. Mauro. ¿No tiene V. ojos? ¿No ha visto que, mientras discute, se chancea y arma peloterías conmigo, los guiños y las señas del tal Mejía se dirigen á mi hermana Argos? Pues la de Cabrera y las de Tardejón lo pescaron ya. Y por cierto que se me figura que esta vez... Argos... le dará que hacer á mi pobre padre!

—Pero, ¿es de veras?

—Y tan de veras. ¿Acostumbro mentir?

—¿Y el melenudo?

—¡Bah! Ese siempre dije yo que no iba á ninguna parte. Es un manso, un corderillo que bala. Argos... Argos... quiere leones; se muere por los audaces, por los insolentes, por los perdidos. Hay bastantes mujeres del temple de Argos. ¿Y sabe V. cómo se llama tal predisposición? Falso romanticismo y telarañas en mollera vacía.



—Pues,—contesté respirando—me alegro, Feíta, de que no sea V.... Porque el tal Mejía me huele á pirata... Le tengo entre ceja y ceja... ¡Sentiría que la eligiese á V. por víctima!

—¡Bravísimo!—gritó Feíta aplaudiendo y señalándome burlo-namente.—Con que si me eligiese... ¡paf! ¿víctima me declara V. y al sacrificio me conduce Mejía? ¡Pobre de mí! Puede tranquilizarse; no me persigue Mejía. Hay en la costa otros moros...

—¿Quién, quién? Feíta, hónreme V. con su confianza—supliqué lleno de inexplicable afán.

—Pues mi trovador—respondió la sabia—es un obrero socialista... V. le conocerá... El *compañero* Sobrado. Un paso de novela. Me encontró el otro domingo en un huerto, á espaldas de la fábrica *La Industrial Marinedina*; yo estaba sentada en una piedra merendando mi zoquete de brona, y él venía solo, cabizbajo, muy pensativo. Me saludó, me preguntó que hacía; se lo expliqué, le ofrecí pan, y más de una hora charlamos. No crea V., es ilustrado; ha leído cosas que parece mentira. Allí salió Proudhón y el príncipe Kropotkine, y una obra de Bebel, y hasta el Evangelio... porque él asegura que el Evangelio es socialista puro, de lo refinado! Yo le enteré de mis ideas y él me contó sus penas, el abandono en que D. Baltasar dejó á su madre, cómo aprendió un oficio para ayudarla, cómo no le gusta emborracharse ni ir á bailes de candil. Nos hablamos con confianza, lo mismo que si toda la vida nos conociésemos, apesar de que no le había visto jamás. Me fué simpático.—¿Por qué pone V. ese gesto?—A él le caí tan en gracia, que desde entonces se mete en los portales para verme pasar. Otra le miraría con ceño ó le echaría una ojeadita de soslayo: yo le miro cara á cara, pero él no entiende lo que significa mi mirada, y apenas tenga ocasión, le llamaré á capítulo y le cantaré muy claro que se deje de boberías, porque temo que esas exterioridades me quiten un adarme de la santa libertad ó un céntimo del ideal duro, del planteado sueño. Además me fastidia que no sea mi amigo á secas, porque su conversación me divirtió bastante, y si le dá por cantarme endechas, no podemos echar otro palique comiendo brona. Creí que ya se lo habrían contado á V., hombre... ¡Atiza! ¡El French que da la media! ¡La hora del almuerzo! Adiós, adiós, Abadito. Continuaremos la sesión... pasado mañana.



## XV

Y salió escapada, como un rehilete, dejándome asaz preocupado y descontento de mí mismo. ¿No había yo entrado allí para rogarla que variase la hora de sus visitas á la librería? Y en vez de tan necesaria advertencia, ¿no me había dejado enredar en conversación y oído cien mil cosas que ni me iban ni me venían, pero tenían la fatal condición de alterarme la bilis? Era indudable que yo había cometido una inadvertencia gorda dejando que se acercase aquella muchacha á mi guarida. Tipo tan original y tan vivaz como Feíta no entra impunemente en ninguna parte. Su natural virtud es la de agitar, trastornar y embrollar una existencia, por bien arreglada que la supongamos.

Después de su marcha, sin querer quedé rumiando sus revelaciones. Lo que más me irritaba era descubrir en mí extraña indulgencia para las rarezas de la independiente, y propensión á que su carácter y modo de proceder, en vez de indignarme ó serme antipáticos, se me antojasen defendibles, atractivos, y hasta (Dios me ilumine) grandes y hermosos. En el episodio del encuentro con el obrero me pareció que existían encantadores detalles, y mi fantasía empezó á trabajar activamente, como si la inflamase la reciente lectura de alguna novela. Yo veía el cuadro, el huerto, la piedra, la muchacha mordiendo su tarugo de pan, sentada cerca del arroyo, á la sombra de desmedrado arbolillo, y ante ella, en pie, el tipógrafo, fascinado por su presencia, dando vueltas á la gorra, escogiendo las frases, buscando las que significasen mayor respeto, y dirigiéndose á ella como el innovador al neófito, como se comunican los que alimentan una aspiración que no comprenden las muchedumbres, plétora de ideas que no pueden derramar y que les ahoga, la visión de un mundo nuevo alzándose sobre las ruinas del caduco mundo clásico, otra sociedad, otras costumbres, otra noción del derecho y de la vida... A mi juicio, Feíta no podía menos de entenderse divinamente con el *compañero*; las tendencias que los dos representaban enlazábanse con estrecha solidaridad. “¿Le querrá?,”



—pensaba yo. — “De fijo acaba por quererle... ¿Y si le quiere, qué diantres me importa? Que les haga buen provecho...”

Doña Consola me trajo el aromoso chocolate, y cuando empezaba á despacharlo sin ganas, entró Primo Cova, con el aire reservado y truhanesco de los días en que hay mucho que contar. Acomódose en la butaca y cruzó las piernas, esperando á que yo le interrogase.

—¿V. gusta?—le dije.—¿Mando hacer otra taza?

—¡Quiá! Ya sabe que como á la antigua española, á las dos.

—¿Un puro?

—Tampoco... Mis Susinis, y de ahí no salgo.

—¿Y que trae hoy?...

—Cosillas, cosillas... ¡Algunas célebres, muy célebres! Las Neiras, en esta temporada, están de beneficio. Hay más historia en esa casa que en diez tomos de Cantú. ¿V. se ha retraído?

—No voy á la tertulia desde hace un mes... Estuve ocupado... y resfriado...

—¡Bah! A mí no me dé pretextos... Se asustó del paso de Feíta y tiene pocas ganas de encontrarse con el papá... Ese sí que anda malucho; las hijas conseguirán muy pronto echarle á la sepultura. Además, creo que esta semana hipotecó otros lugares... y á cada pedazo de tierra que le llevan así, le arrancan el corazón. Ese infeliz es un Ecce Homo.

— ¡Cuitado! — respondí suspirando. — Preferiría no ser amigo suyo, ni conocerle siquiera. Ahí se prepara el trueno gordo: van á pedir limosna.

—No lo sabe V. bien. Todo anda como Dios quiere en la casa. A Feíta la dejan por cosa perdida: la chiquilla tiene más carácter que el papá (poco necesita para eso), y D. Benicio ya se convenció de que no la mete en vereda. Está desvanecido con la esperanza de que Baltasar le pida á Rosa en matrimonio...

—Ello es que Rosa á Baltasar bien le gusta. Hace años no le ví tan al retortero de ninguna muchacha. Ya no visita á la *Caracola*... No se le encuentra en aquel callejón...

—¡Ah, eso!... Gustarle, sí... Rosa le chifla... pero...—y el gesto expresivo y cínico del maldiciente completó la idea.

—¿Qué dice V.?—exclamé con mayor sobresalto, con mayor impresión de bochorno de la que yo podía suponer que me causara tal insinuación.

—Lo que V. adivina... y lo que sé... y no porque nadie me lo haya contado.



Al expresarse así, Primo Cova estiraba con el dedo índice, hacia la mejilla, el párpado inferior del ojo izquierdo.

—Se acuerda V.—prosiguió—de aquella seña de la bandera de cinta que sorprendimos días hace? Pues la tal seña me puso en guardia. Yo rumiaba entre mí: podrá ser que la bandera sea una monería así... inocente... de guagua... de natillitas... en fin, de enamorados filadélficos; pero... me quedaban dentro las hormigas, un hormiguero que no cesaba de rebullir... Piensa mal... y acertarás de cien veces noventa y nueve y media... Por fin averigué la verdad.

—¿Es V. brujo?

—Valiente falta hace ser brujo... Basta con no ser tonto. El día de la banderita, cuando me separé de V., me encontré, un cuarto de hora después, á D. Benicio, en el barrio de las Afueras. “¡Tate!, —(calculé).—“Este viene de bastante lejos... falta de su vivienda desde hará una hora... ¿Si la seña querria decir eso, precisamente eso, *papá no esta en casa?*...”, Ya no necesité devanar más hilo. Otra vez que acerté á ver á Neira en la calle, desde lejos (él no me vió), volví atrás, subí las escaleras de Sobrado, y llamé en el piso de Neira, preguntando por D. Benicio. Me respondieron que había salido... y yo, como al descuido:—“Pues bajaré á ver si está don Baltasar; tengo que hablarle.”—Descendí y llamé...—“¿D. Baltasar?,” —“No está.”—“Pues á estas horas acostumbra...”—“Pues hoy le digo que salió.”—“Pues es asunto que me interesa y que urge: le esperaré, porque él vendrá á almorzar infaliblemente.” El criado, aturdido, lo que se dice sin saber á qué santo encomendarse, me zampa en un cuartucho que hay á la parte de atrás de la casa, y me dice que tome asiento.—“Pero este no es el despacho ni el gabinete de tu señorito. ¿Cómo me recibes en este chirioitil? Cuando venga, verás...”—Y el fámulo tartamudea, y me pide excusas... —“Bueno, basta, aquí aguardo...” — Se retira precipitadamente y quedo yo solo. Entreabro la puerta, me deslizo por el pasillo, y me pongo en acecho, atisbando qué sucede en la antesala. Un recodo del pasillo me oculta y me permite evitar cualquier sorpresa. No han transcurrido cinco minutos, cuando risch, risch... crujir de seda... tiqui, tiqui, tiqui... pasitos furtivos de mujer... La caza.!

—¡Jesús!

—Iba tapadita, caído el velo del manto... pero, supóngase V.... Aunque llevase capuchón... ¡Para mascaritas está el tiempo!

—¡Ay Primo!—exclamé con verdadero ahinco y dolor.—¡Por Dios, por su conciencia de V.... no hable de esto con nadie, con nadie



más que conmigo! ¿No conoce V. que sería malísima acción cubrir de deshonor y de vergüenza á ese pobre Neira? Primo, por el alma de su madre de V., ¡silencio! ¡silencio! Me lo va V. á prometer.

—¡Caramba, y con qué calor lo toma D. Mauro!

—Sí por cierto. No he de ocultar que quiero mucho á ese hombre de bien, á ese desgraciado padre, más desgraciado aún de lo que yo mismo creía. ¡Cómo ha de ser! Tenemos nuestras flaquezas. Soy compasivo. Siempre queda un rincón para la sensibilidad. Don Benicio ha llegado á excitar la mía.

—¿Pero es D. Benicio la persona que le interesa á V. en casa de Neira?

—¿Pues quién ha de ser?

—¡Hombre! Donde hay tantas chicas jóvenes, guapas, atractivas cada cual por su estilo...

—*Vade retro*—respondí sonriendo para ocultar el recelo y el desagrado.—No tema que le dispute la conquista á D. Baltasar.

—Ahora sí que me pone en cuidado el disimulo que V. gasta—replicó el maldiciente.—Claro que á V., de importarle una Neira, no le había de importar ni el pavo real de Rosa, ni la pava de Constanza, ni la pájara pinta de Argos; claro que si alguna le trae á mal traer, es la que me traería á mí, si ya no estuviese á prueba de bomba: la simpática, la original de la casa; la única que no se parece ni á sus hermanas, ni á ninguna muchacha de Marineda ni del mundo!

—Déjese V. de bromas pesadas conmigo, Coba—respondí amoscadísimo.—No tiene V. ningún motivo para suponer que me he vuelto loco. Con Feíta no hay que dar matraca á nadie, y menos á mí. Feíta pincha y araña. Si no hubiese en el mundo más que hembras así... Por fortuna son la excepción.

—No sea marrullero ni zorro: Feíta es una delicia de criatura, y á V. le hace tanta gracia como á mí. Yo al pronto no la entendía, y hasta la creí disparatadora: ahora la entiendo, y digo que vale cuanto pesa, y que los únicos que la desaprueban y la roen los zancos son los tontos.

—Pues tonto me declaro, porque la desapruebo. ¡Vaya si la desapruebo! Pero no se me escape V. por la tangente. Volvamos á Rosa. ¿Ha comunicado V. el descubrimiento á alguien?

—¡Ingrato! Ya sabe que siempre le guardo las primicias de la murmuración, de ese sabroso pan del alma.

—Entonces... ¿no lo divulgará en la Pecera? ¿Me lo promete? Porque, bien mirado, Primo, ¿no conoce V. que es terrible eso de que



por una palabra que se nos escape quede infamada una familia? ¿Qué nos importa á nosotros, después de todo, lo que haga Rosa ni lo que haga nadie? Considere V. que somos hombres honrados, que nos preciamos de caballeros, que tenemos el deber de no cavar fosas donde se rompa las piernas una mujer, una señorita. Nada, chitón... y rueda la bola. No meterse en honduras.

—Nos metemos porque somos, V. y yo, y los demás, una entidad que se llama *la opinión*... y la opinión no se compone nunca de los dos ó tres á quienes puede afectar real y verdaderamente la conducta de una mujer, sino de los cien mil á quienes en realidad debería serles indiferente. Representamos lo colectivo, la justicia social. Y V., que ya tiene retorcido el colmillo, ¿cree buenamente que, si yo me callo, lo de Rosa queda oculto? Secreto entre tres... y éste ya anda entre cuatro, porque el criado lo sabe. ¡Que si lo sabe el galopín!

—Le aseguro á V.—dije, rechazando la bandeja del chocolate que se quedó á medio tomar—que no creí á Rosa capaz de tanta ligereza, ni á Sobrado tan falto de aprensión. ¡Qué tío!

—Rosa no es tan liviana como amiga del lujo...

—¡Ah!—exclamé con mayor y más triste sorpresa.

—¿Pero V. puede aguantar la risa cuando el papanatas de Neira alaba la maña de la Rosita para adquirir por diez reales, tres corpiños de seda? Estos días hubo diluvio de galas. Ha estrenado la chica cuatro pingos nada menos: uno de paño, otro de raso, otro de no sé qué tela á rayas, y un abrigo con pluma y azabache. Pues no anda poco escandalizada la gente por ahí. Muchos ya sospechan. Ella triunfa, luce sus trajes, se va á *La ciudad de Londres*... y “mándenme esto,” y “envíenme á casa lo otro,” sin que jamás se la vea abrir el portamonedas para pagar.

—¡Qué cosa tan horrenda! ¡Pobre D. Benicio! —murmuré espantado.

—Era visto. Sobrado tiene al padre y á la hija cogidos por medio del dinero; al uno le presta á réditos, y va haciéndose poco á poco con sus bienes; á la otra la facilita esos trapos, por los cuales es capaz de echarse de cabeza en la boca del infierno... Baltasar es un gran pillo, un vicioso avaro, lo peor de la clase. Merece que el compañero Sobrado le ponga dinamita en el portal. Dicen que le tiene emplazado y amenazado con la bomba.

Al oír por segunda vez el nombre del compañero Sobrado, sentí un choque raro y desagradable, una especie de malestar violento y repentino, una repulsión. ¿No era ese individuo el que acosaba



con anónimos al pobrete de Neira, el que no le dejaba vivir, el que le tenía bajo el peso de una coacción y una violencia constante? Y al experimentar este movimiento, noté que, por primera vez de mi vida, á la impresión moral se unía la imagen física de la persona que la causaba. Vi, con extraordinaria claridad, dibujarse sobre el fondo de mi cuartito amueblado al estilo del Imperio, la figura del *compañero*, mozo, robusto, guapo, moreno, con rizada cabellera, que casi le caía sobre los ojos. En nada recordaba el clásico tipo del socialista puesto en caricatura por las publicaciones ilustradas: ni gastaba barba de ruedo, ni ojos zainos, ni fumaba en pipa. Un bigote negro, fino y curvo, le adornaba el labio superior; su faz, aunque enérgica y sombría, no era fosca ni espantable; y en algunos rasgos, en la forma de la nariz, en el corte de cara, noté cierto parecido con D. Baltasar. El *compañero* me pareció, en suma, agradable aparición para una muchacha emancipada, que tal vez, á orillas del arroyo, sueña un idilio modernista... y al pensar en este lance de la vida de Feíta, narrado por ella misma con tal sencillez y franqueza, advertí una gran pesadumbre, un escozor intenso, y juzgué que se me llevaban tres docenas de diablos... “Cepos quedos, amigo Mauro,,—pensé:—“cuidate, que se me figura que has contraído algún mal. ¡Mis presagios, mis presagios! ¡La serpiente!,”

## XVI

Sospecho que antes de llegar aquí habrá dicho cien veces el lector prudente: vamos á cuentas, señor *memorista*; ¿lo que nos relata V. son sus memorias, sus verdaderos recuerdos íntimos, ó son los de la apreciable familia Neira? ¿Hemos de tomarnos interés por V., ó más bien por Argos, Rosa, Feita y demás retoños de ese padre de familia angustiado y maltrecho? ¿Es V. un solterón acorazado en su benéfica *filaucia*, defendido por el amor de sí mismo de las asechanzas y precipicios femeniles, ó es V. un nene fascinado y traído al retortero, desde los primeros instantes, por cualquier falda que en su camino se atraviesa?

Lector que así hablas, reflexiona, reflexiona antes de acusarme



de deserción de mis banderas. Empieza por considerar que si mis memorias se redujesen á contarte cómo me levanto, almuerzo, paseo, me cuido, leo y duermo..., no valdría la pena de haberlas escrito. Yo podría vivir muy dichoso en mi rincón con el alma atrofiada, sin deseo de cosa alguna; ¿pero qué te importaría á ti mi vida de marmolillo? Donde no hay lucha no hay drama, y donde no hay drama no hay emoción. Diríase que nuestra propia existencia, si se considera aislada y disgregada de los demás, carece de sentido, y sólo lo adquiere al relacionarse con otras, al producirse ese oleaje y ese hervidero de sentimientos que determina el contacto con seres humanos. Mi propósito de evitar el gran error matrimonial no me ha convertido en piedra; mis sentidos, mis potencias, no han dejado de funcionar á causa de mi soltería; y porque un sacerdote no haya extendido la mano para bendecir mi unión, y porque yo huya de tal contingencia, no estoy libre de sustos y de fatiguillas emocionales...

Además, también rige para mí la ley que ordena que por lo general nuestro destino sea una ironía, y mientras pretendemos ir hacia el Norte, se nos ponga sobre los ojos una venda y en los pies sintamos impulso irresistible hacia el Sur. Si alguien me hubiese preguntado dos meses antes qué mujer en el mundo me era, no más indiferente, sino más imposible, yo respondería sin vacilar,—Feíta Neira.—Sus condiciones físicas y su modo de ser moral, su rostro y su genio, sus lecturas y sus botas, todo me parecía lo contrario de lo que á mí me puede atraer, de lo que para mí constituye un peligro. Y de pronto, sin causa que explique el cambio, sin que hayan precedido á este descubrimiento indicios ó síntomas que me lo hiciesen presentir, me encuentro casi prendado y casi celoso, poseído de una inclinación más para comentada entre cuchufletas, que para combatida con las armas de la reflexión y del buen sentido.

Hay enfermedades que se incuban lentamente, sin que el enfermo advierta ningún malestar, ningún trastorno atendible en sus funciones. Tal vez desórdenes levísimos; acaso una sensación de cansancio, ó una insignificante alteración del pulso; un poco de desgana, unas horas de insomnio... De repente se declara en toda su extensión é importancia el padecimiento, y sólo entonces el enfermo coordina síntomas anteriores y se admira de no haber comprendido que anunciaban un peligro incalculable... Así yo, solo en mi cuarto, con el minino que hacía la carretilla en un ángulo del sofá, daba vueltas, enlazaba antecedentes, y me asombraba de no haber conocido que mi compasión y mi caridad por D. Benicio obedecían la atracción anómala de Feíta.



¿De qué, vamos á ver, de qué me había yo prendado? O muy mal me conozco, ó el origen de mi perturbación no estaba en los sentidos. Ni Feita era una beldad, ni menos poseía esa ciencia del tocado y del adorno, de la palabra y del gesto, del mirar y del reir, en que funda su avasallador dominio la mujer. Feita no conspiraba contra el reposo de nadie. Aun en los momentos en que me sentí, como se dice en el lenguaje de la esgrima, *tocado*, no advertí alboroto sensual, ni llegué á ver en Feita una imagen tentadora, una visión de las que causan fiebre: el rebelde fango corporal no se sublevaba al evocar su recuerdo. Tampoco era el corazón el que se me había subido á la cabeza, no, señores: si Neira me inspiraba conmiseración, en cambio su hija alejaba toda idea protectora, de esas que suele infundir la debilidad del sexo: hasta creo que me exasperaba por su fortaleza. Feita era impropetible, y cuando las gentes ni necesitan ni quieren nuestro apoyo, cuando comprendemos que al ofrecérselo nos pagarían con una raboutada ó una burla, se nos quitan las ganas de meternos á caballeros andantes, amparadores de viudas y huérfanas. Feita era un ser vigoroso, armado para la vida, sin sentimentalismos, sin temores pueriles de ninguna especie, y yo aparecería soberanamente ridículo si quisiese representar con ella el papel que Oliverio de Jalin, en el *Demi-monde*, representa con la interesante Marcela, doncella desvalida y expuesta á las insidias de la seducción y á las asechanzas de la venalidad. Yo no podía negar que á Feita la sostenían su carácter, sus estudios, el mismo triste cuadro de su familia, tan lleno de enseñanzas, y un no sé qué varonil y resuelto que había en su conducta y que disipaba toda niebla y desarmaba toda malicia, y rodeaban á aquella mujer tan joven con el baluarte que la experiencia y la edad elevan en torno de las matronas ya seguras de sí mismas.

Hube de convenir en que si Feita se había apoderado de mí, era por el camino de la imaginación.—¿Les parece Vds. poco?

Mi fantasía, mi pensamiento, estaban desde tiempo atrás ocupados—ahora lo veía claro—por aquella chiquilla estrambótica. La curiosidad moral, mi único vicio, raíz de la mayor parte de los inexplicables caprichos amorosos, me había atraído á la casa y trato de Neira, por afán de ver de cerca al fenómeno, á la sabidilla, á la independiente. La antipatía que al pronto creí sentir hacia ella, no era sino la atracción del abismo, la magia negra de lo desconocido, contra la cual parecemos indignarnos, mientras nuestro espíritu en secreto lo sueña y lo busca, obedeciendo al impulso que lleva al hombre al progreso, asustándose de él y hasta repugnándolo. Es



cierto que yo vivía prevenido contra la mujer; pero ¿en qué se parecían á Feíta las demás?

Feíta era la mujer nueva, era el albor de una sociedad distinta de la que hoy existe. Sobre el fondo burgués de la vida marinedina, destacábase con relieve singular el tipo de la muchacha que pensaba en libros cuando las demás pensaban en adornos; que salía sin más compañía que su dignidad, cuando las demás, hasta para bajar á comprar tres cuartos de hilo, necesitaban rodrigón ó dueña; que ganaba dinero con su honrado trabajo, cuando las otras sólo añadían al presupuesto de la familia una boca comilona y un cuerpo que pide vestimenta; que no se turbaba al hablar á solas con un hombre, mientras las restantes no podían acogernos sino con bandera de combate desplegada... En suma, todo lo que al principio me pareció en Feíta reprobable y hasta risible y cómico, dió en figurárseme alto y sublime, merecedor admiración de y aplauso. En mi inteligencia surgieron, á manera de flores finas y blancas que creciesen á la par, el respeto y la estimación hacia Feíta. Sólo que estos dos sentimientos, por lo general fríos y hasta contrarios al engreimiento amoroso, en mí se revelaban turbulentos, ardientes, apasionados. Analizando sutilmente el origen de ellos, encuentro que yo no estimaba ni respetaba tranquilamente á Feíta, porque mi estimación y mi respeto no armonizaban con el sentir de las gentes. Cuando nos inclinamos reverenciosos ante una honesta viuda, ante una tímida virgen, ante una esposa ejemplar, el saludo que les hacemos es *representativo*: nuestro homenaje cifra y resume el homenaje de la masa, la opinión unánime de la sociedad y del mundo. Esto no podía aplicarse á Feíta. Por mi desgracia, yo creía ser la única persona que en Marineda, en aquel instante, tasaba á Feíta en su justo valor; de suerte que, al estimarla, me ponía en pugna con todos y contra todos, sin el menor escrúpulo ni recelo, desplegando esa hostilidad agresiva, ese espíritu belicoso que despierta en nosotros la contradicción universal. Si bien en Marineda no destrozaban la honra de Feíta, no por eso se la juzgaba favorablemente. Ya dije se auguraba muy mal de su porvenir, y se vaticinaba que por las peligrosas sendas que recorría iba á despeñarse. Actualmente su conducta se calificaba, si no de liviana y criminal, por lo menos de chocante é inconveniente, y se hablaba mucho de la vergüenza que sufrían su padre y hermanas mirando convertida en "maestra de primeras letras," á toda una señorita de Neira, con su correspondiente aguilucho en el blasón. Y en efecto, según el criterio de las gentes, las bodas inconsideradas, los devaneos, los enredos y las trampas, no rebajaban tanto la cate-



goría social de la familia de Neira como el hecho de ver á Feíta, cartapacio al brazo, subiendo las escaleras de sus discípulos y cobrando su modesta retribución.

En tales circunstancias, mi respeto y estimación á Feíta eran un sentimiento batallador, que me ponía en pugna con la ciudad entera, sin más excepción que Primo Cova, desde los primeros instantes abogado y padrino de Feíta. ¡Qué extraños somos! En mis diálogos con el maldiciente no me daba á mí la gana de declarar que Feíta tenía razón contra todos. Siempre que se suscitaba esta conversación con Primo Cova, recordaba haberle llevado la contraria, y al llevársela era sincero; me parecía que me salía de dentro reprobar la conducta de Feíta. Sin embargo, mentía: era mi *yo* verbal y superficial el que condenaba á la innovadora, mientras mi *yo* esencial y profundo, desde lo más secreto de la conciencia, abrazaba sus teorías, la aclamaba, la colocaba en un trono.

¿Al través de qué lente pude analizar la índole de los sentimientos que me inspiraba Feíta? Me reveló su naturaleza algo que, según uno de mis favoritos autores, es tan viejo como el mundo, y nació probablemente al punto y hora en que Adán vió á Eva inclinar su frente velada por luengos cabellos, y prestar la orejita cuca al silbo de la serpiente.—¡Los celos!

Muchas veces—apelo á tu experiencia, oh lector, y no te hago la ofensa de creer que no atesoras ninguna—ignoraríamos que estamos enamorados si no estuviésemos celosos. Esa herida ardiente y enconada que no afecta á una parte de nuestro organismo, sino que lo abarca todo como una quemadura extensa y profunda á la vez; que coge el amor propio,—la superficie,—y penetra más adentro, hasta la sensualidad y la ternura—esa herida, digo, nos revela el alcance de nuestra sensibilidad, descubriendo la verdadera posición de nuestra alma. Mientras creí que nadie pensaba en Feíta sino para reirse de sus extravagancias, no imaginé que podía sentir por la chiquilla sino un afecto de índole amistosa. Desde que supe que alguien había visto en ella el ideal, conocí que también en mi interior latía ese mismo sueño, y comprendí que estaba bajo el imperio del tirano del orbe. Lo comprendí con un terror tanto más grande y natural, cuanto que aquello no podía parecerse á las escaramuzas á que estaba yo habituado; al simulacro y al juego,—que juego y todo me había arañado dolorosamente, á poco que me descuidase, la epidermis del corazón.—Feíta no tenía nada de común con la larga serie de mis idílicas novias, todas coquetillas, tiernas, pasivas y asiduas al amor, y muy preocupadas de santificarlo por medio de



las bendiciones. Yo adivinaba que si Feíta me quisiese, si Feíta llegase á compartir mi estado psíquico, lo que pudiese haber entre nosotros,—llámese amorío, llámese noviazgo, llámese... otra cosa peor... ó mejor... como quieran Vds. calificarla, según la severidad de sus principios ó el humor de moralista que gasten Vds. en este momento—se diferenciaría enteramente de lo que yo archivaba en el armario de mis recuerdos y en el ligero cofrecillo azul de mis esperanzas... A Feíta no la podía prever; no podía imaginar la expresión de su rostro cuando mirase rendida, ni como arrebolaría la emoción amorosa aquellas mejillas descoloridas por la lectura, ni qué fluido derramaría el cariño en aquellos serenos ojos de Minerva, ni cómo latiría al agitarse de amante zozobra y felicidad aquel seno de líneas apenas perceptibles bajo el paño rudo de su masculino chaquetón. ¡Peligrosísimas suposiciones, y con qué prisa me consagré á apartaros de mí! Eráis las primeras gotas de un veneno mortal, y volví la cabeza rechazando vuestra copa que me convidaba. “Hagámosle—resolví—la cruz á Feíta... Ni verla, ni oirla, ni entenderla... ¡Ah! Cuánta verdad dijo el que dijo que donde menos se piensa salta la liebre! Todavía creo y espero que este arrebató ha de ser un calenturón de la fantasía, y que en realidad Feíta no me ha apresado; y mientras puedo resistir y mandar en mis acciones ¡distancia, pared de hielo, y si es menester, derivados, remedios heróicos... A cualquier precio la salud!,,

## XVII

La resolución de curar un mal de amor privándose de la vista y trato del ser querido, es como los demás remedios que suelen recetarse para la gran enfermedad sentimental: útil si el mal es leve, inútil si ya se ha apoderado del alma. Abstenerse de la vista para quitar la afición es como pretender extinguir la sed apartándose de la fuente cuyas aguas son las únicas que pueden apagarla. Yo empecé á practicar el sistema de alejamiento: salí por las mañanas á fin de no encontrarme en mi habitación cuando Feíta fuese á la librería: renuncié á dar paseos largos, por si la casualidad hacía que



nos tropezásemos en algún huerto ó en algún peñascal de la ribera: á casa de Neira, ni arrastro: la Pecera fué mi asilo. Mas noté que con este género de vida no me sufría á mi propio. Lo de menos era el cambio de mis hábitos: lo grave, mi estado moral: mi descontento, mi inquietud, el estéril hervor de mi fantasía, y especialmente la desagradable sensación, nueva para mí, de fastidio,—preciso es llamarle por su nombre—de tedio mortal, el verdadero cáncer del celibato, que antes no había padecido nunca, ni durante mis noviajos sosos, ni al romperlos, ni en las temporadas en que me hallé absolutamente solo conmigo mismo... Este tedio no era sinó la protesta de mi sensibilidad reprimida, la plétora del corazón que quiere funcionar, que reclama su parte de emociones, de fruiciones y hasta de sufrimiento,—los vapores nerviosos que, al acercarse la edad madura, obscurecen el cerebro del hombre como desequilibran el temperamento de la mujer...—Que no se puede ser perfecto; que necesitamos sentir, aunque el sentir nos atormente, y que ciertos estados del alma no piden retraimiento, piden guerra y conflicto...

Desde que me impuse, como penitencia saludable, la obligación de no ver á nadie de la familia Neira—ni siquiera al papá—me entró un deseo extraordinario de saber de ella, pareciéndome que sólo en aquella casa podría quitárseme el esplín. Oía hablar continuamente de las muchachas en la Pecera, á donde concurrían por la tarde Baltasar Sobrado y el gobernador, que recibían bromas picantes, y las rechazaban con ese tono de afectación y reserva, la peor,—la más sospechosa de las actitudes cuando se trata de la honra de una mujer.—Si ellos no estaban presentes, se discutían acaloradamente las probabilidades de boda: había partidarios de que Baltasar acabaría por casarse, y otros que no lo creían posible. Estos últimos alegaban, como razón concluyente, que D. Baltasar no se decidiría á contraer matrimonio mientras el compañero Sobrado le tuviese bajo la amenaza de volar con dinamita la casa, y á su padre dentro. Era público y notorio que se jactaba de realizarlo, y muchos le suponían capaz de cumplir en todas sus partes la amenaza. “Ese Sobrado es un mozo cruo,”—decían,—“no se achicará. Si se casa D. Baltasar, ya puede hacerlo en secreto, largarse de Marineda y no volver en veinte años. De otra manera... ¡puum! Habrá toros y cañas.” Algunos se mostraban excépticos: el compañero sería probablemente lo mismo que todos sus correligionarios, que si hiciesen cuanto anuncian, no quedaría un mosquito. Perro ladrador nunca mordedor, y no es tan fiero el león como la gente lo pinta. Que



D. Baltasar se riese, que D. Baltasar no hiciese caso de espantajos, y el compañero le dejaría en paz, máxime si D. Baltasar tenía la feliz ocurrencia de señalar á la madre del compañero una pensión, que permitiese á éste respirar con algún desahogo y no trabajar como un negro en la imprenta de *El Nautilense*,—donde muchas quincenas no se cobraba, sobre todo cuando los de *El Nautilense* no gozaban las dulzuras del poder...

Estas discusiones acerca del compañero eran como de encargo para avivar en mí el recuerdo y la imagen de Feíta. Siempre que se nombraba al tipógrafo, yo pensaba en la niña, y por centésima vez discurría, mortificado y sobresaltado:—“Pero podrá ser que acepte semejante galán?”— Analizaba las palabras de Feíta cuando en la librería me enteró de su encuentro con el compañero, sus expresiones de simpatía, la afirmación de que le había parecido ilustrado, la indulgencia de su modo de juzgar al joven socialista. ¿Y por qué no había de agradar éste á mujer tan excéntrica, que probablemente tenía un ideal opuesto al de las demás señoritas marinedinas? ¿Qué importa una blusa, qué una gorra, qué una camisa sin planchar, á quien como Feíta desdeña formulismos y busca directamente la inteligencia y el carácter? La misma personalidad del *compañero*, amigote y corresponsal del célebre Pablo Iglesias; sus discursos en los *meetings*, su actitud de propagandista, y todo añadido á su juventud y á su hermosura varonil, que sólo necesitaba algo de aliño para brillar—eran razones más que suficientes para que Feíta pudiese ablandarse y compartir un sentimiento siempre halagüeño para la mujer.

De las angustias de los celos, tal vez la más cruel es la que podría llamarse la obsesión del rival. Extraño género de padecimiento, curiosa forma de una pasión en que todo es ilógico. Aunque mis celos no revistiesen el carácter siniestro y feroz que adquieren después de que nos ha pertenecido una mujer, la manera de ser libre y rebelde de Feíta hacía que, á pesar de su doncelléz, me inspirase esa furia que sólo suele inspirar la casada: matiz psicológico difícil de explicar, pero que se comprende. Ya he dicho que esta ponzoñosa mordedura de los celos fué precisamente la que me reveló mi trastorno. Si yo pudiese esperar convalecencia, perdería la esperanza al ver que pensaba á todas horas en el *compañero*, y notar el singular afán que tenía de verle, de fijarme bien en su cara, de detallarla con la ardiente y sagaz ojeada del enemigo.

Fué tan terco el antojo, que empecé á rebuscar pretextos para cumplirlo. A mano tenía la excusa que siempre nos damos á nos-



otros mismos cuando cedemos á los impulsos desordenados de la voluntad. La comisión de D. Benicio Neira estaba sin cumplir, lo cual no me parecía justo. D. Benicio fiaba en mí; me había encargado de explorar al compañero; yo había prometido hacerlo, y la palabra obliga. Mi lealtad me impulsaba á tener una entrevista con el tipógrafo. Al menos, así quise creerlo.

Desde que hallé el pretexto, me faltó tiempo para aprovecharlo. No veía la hora de encontrarme con el agitador, de saciar mi curiosidad hostil mirándole como sino le conociese. Realmente, aunque le había visto mil veces de lejos y en la calle, hoy el compañero era para mí otra persona, y su faz, su voz, su aire habían adquirido el valor y la significación que tienen los menores detalles del individuo que influye poderosamente en nuestra vida afectiva.

¿Cómo acercarme á Sobrado de manera que le permitiese acogerme sin desconfianza? Una conversación con el gobernador me dió la entrada en materia. "Sabe V., Pareja,—dijo Mejía en la Pecera una noche, momentos antes de descolgar el abrigo para irse á la tertulia de Neira—que debía algún bien intencionado prevenir á ese mocito... al compañero, vamos, al tragaldabas que trae aterrorizado á medio mundo, de que si no se modera y deja en paz al amigo Baltasar, va á encontrarse con la horma de su zapato?," Al hablar así, el rostro de Mejía mostraba una dureza semibur-lona, una expresión de desprecio agresivo, de mal agüero para el socialista. "Puede que ese nene se figure que yo le he de dejar ser aquí *o terror dos burguezes*... Ha escogido un mal momento. Tenemos instrucciones categóricas... y ejemplos del sistema que hay que seguir con los espantapueblos. Si inicia trabajos para preparar la manifestación y la huelga del primero de Mayo, se ha caído. Y aunque no los inicie, como yo vea que se siente ni el olor de la dinamita, ó que la nombran solamente... No pienso anunciar medidas de represión. Eso sería dar la voz de alarma. ¡Chitito, y que se le vaya un pie al compañero!... ¿No me acompaña V. á casa de Neira? ¡Pillín! A V. le han dado calabazas, no me cabe duda...," Y Mejía se eclipsó, dejándome en posesión del recurso que necesitaba.

Avistarme con el tipógrafo no me pareció difícil. *El Nautilense* veía la luz por la mañana, y se componía y tiraba de noche. El compañero no entraba á trabajar hasta las ocho bien dadas. Hacia las siete se le encontraba de fijo en un cafetucho llamado de América, y medio escondido bajo los soportales de la Marina, casi frente al Espolón, lugar frecuentado por la gente del muelle. Allí me resol-



ví á buscar á mi rival, y al otro día de mi conversación con el gobernador, entre dos luces, y vestido del modo que juzgué más á propósito para entrar en establecimiento tan ajeno á mis gustos y costumbres, pasé el umbral del cafetucho y fuí resueltamente á sentarme ante una de las mesas de zinc, manchada y pegajosa de las copas y del café que en ella se había servido á los marineros y á los cargadores.

Fué uno de los momentos en que mejor he sentido la diferencia entre las clases sociales. Aquel recinto mal oliente, oscuro y angosto, con el piso sucio de gargajos y colillas, alumbrado por lámparas que atufaban y que habían señalado en el techo un círculo negro, servido por un mozo de remendada chaqueta y macilento rostro reñido con la navaja barberil desde hacía un mes, era la Pecera, era el centro recreativo del hombre de quien se me ocurría estar celoso. Allí venía á descansar de sus fatigas, á exaltarse con los periódicos, á saborear la taza del negro brebaje de infusión de bellotas, el hijo espúreo, el guripa del arroyo, el político por desesperación, el jornalero á quien yo juzgaba capaz de hacer latir el corazón de una señorita, que por emancipada que la supongamos no podía haber suprimido de repente los escrúpulos de delicadeza de la mujer, que tan difícilmente olvida las distancias y hasta las diferencias de jabón y de planchado en la ropa. Si yo advertía repugnancia profunda á aquel lugar innoble vivo deseo de abandonarlo, y una especie de náusea cuando el camarero me puso delante, á petición mía, una botella de cerveza y una turbia copa, ¿qué sería para Feíta la proximidad de un obrero, de un tío de blusa, que llevaría en la piel rastros de su profesión y la atmósfera de sitios como este y otros peores?

Mi opinión, se modificó apenas entró el que yo esperaba, el compañero Sobrado, hacia quien me dirigí, tendiéndole la diestra.

## XVIII



Mis ojos se clavaron en él, estudiándole para establecer esa comparación minuciosa, forma inevitable de los celos. Y aunque mi vanidad y mi amor propio sufran, debo confesar que reconocí ven-



tajas en el tipógrafo. Veintiséis años contaría, y á pesar de ciertos rasgos fisionómicos en que había sellado su paternidad D. Baltasar, á quien se parecía era á su madre, á la hermosa cigarrera, flor de la Fábrica de tabacos, y ejemplar popular de lo más típico y brioso. Hay tipos femeninos que ganan al ser transmitidos á un varón. El de la *Tribuna*, aunque magnífico, siempre me había parecido material. En su hijo resultaba, si no exquisitamente fino, más espiritual é inteligente. El tipógrafo era moreno; sus facciones expresivas, que apenas empezaba á marchitar el trabajo nocturno, tenían alma, unida á esa corrección de líneas que se observa en los modelos italianos; su bigote chico descubría una boca fresca, unos dientes blancos é irreprochables; su pelo se rizaba y caía gracioso sobre la lisa frente, y sus ojos negrísimos, algo tristes, cuando hablaba despedían fuego. Una blusa azul, casi nueva y mal cortada, desfiguraba las buenas proporciones de su cuerpo, que así y todo se adivinaba nervioso y robusto. En suma, mi presunto rival había salido guapo é interesante como cree el vulgo que salen siempre los *hijos del amor*, criaturas á quienes la desgracia ó la dureza de un padre sujeta á una esfera social para la cual no nacieron. La cara del socialista era una protesta contra la suerte. En lo físico y en lo moral me pareció—y al notarlo me reconcomí de despecho—que el mozo era pintado para ocupar la imaginación de Feíta, como Feíta ocupaba la mía. No tenía yo delante á un adocenado obrerete, á un pelagatos por el estilo del que tan pronto venció la afectada esquividad de Tula, la hija mayor de Neira. El compañero reunía condiciones especiales; quizá entre los que en Marineda vestían levita no existiese ninguno tan á propósito para impresionar á la extravagante como aquel galán de blusa y gorrilla de seda.

Cuando le tendí la mano, dudó y retrocedió: su actitud fué hosca y glacial; al fin, venciéndose, me alargó la diestra á su vez. La presión con que correspondió á mi movimiento me pareció nerviosa; la mano estaba fría: un pedazo de mármol que suda. Acaso estrechaba por primera vez la diestra de un burgués; acaso recibía que yo me burlase de él tratándole con demasiada cortesía. Me dió sordamente las buenas noches, y le convidé á sentarse á mi mesa. “Tengo que hablarle—dije sin rodeos—y creo que aquí es buen sitio. ¿Nos oirán?”

—No—respondió, mirándome de soslayo y como si se aprestase á defenderse.—Aquí se tratan cosas más reservadas que las que V. pueda traer. Colocándonos en el rincón, ¿ve V.?, cerquita del soportal... y bajando la voz... se van las palabras hacia la calle, y



esos que juegan al dominó allá atrás sólo podrían coger, caso que atendiesen, alguna palabra suelta.

—¿Qué va V. á tomar?—pregunté, trasladándome al sitio indicado por el socialista y situándome de modo que el ruido del diálogo se perdiese al aire libre.

—Café—respondió.—Vengo de cenar, y aquí echo la taza de café y la copa todos los días.

—¿Copa... de algún anisado... de... de aguardiente?

—Dispense... De *fine champagne*.

—¡Mozo, coñac del mejor, y dos tazas de café! —ordené, sin dar indicios de que me admiraba tal refinamiento.

—Sírvase decir lo que guste, porque sólo dispongo de veinticinco minutos. Tengo que largarme á la imprenta. Los hijos del trabajo no derrochamos el tiempo como...

—Como nosotros—respondí sonriendo, no sin un matiz de ironía.

—No le robaré á V. más que esos minutos, si V. no se escama y se hace cargo de que me guían las mejores intenciones.

—Sepamos de qué se trata—barbotó con desconfianza y mal humor, apoyando los codos en la mesa y la quijada en las palmas, de suerte que la carne de sus mejillas, subiendo á los ojos, se los achicaba extrañamente. En aquella posición me pareció feo y ordinario, lo cual me consoló.

—Se trata de un aviso que quiero darle á V.

—¿Un aviso? Y V. ¿á honra de qué santo me da avisos á mí? Por interés mío no será, de seguro.

—¿V. qué sabe?

—¿No he de saber? Sin cuidado le tendría á V. y á *los otros* que yo reventase... En fin, sea por lo que sea, venga V. ese aviso, que yo lo tomaré... si me antoja.

—Muy lógico—respondí sin poder reprimir á mi vez la irritación.—V. no se fíe de mí, pero escuche y haga lo que le parezca.

—Convenido... Aquí tenemos el café... Déjalo,—ordenó el mozo, —yo lo serviré, yo colocaré las tazas... ¡Lárgate!—repitió con imperio. Y mientras el socialista ponía azúcar y vertía la infusión humeante, yo, procurando dominarme y expresarme con tono franco y cordial, dije ensordeciendo la voz, pero articulando bien:

—No trate V. de solemnizar el primero de Mayo... No incite V. á la huelga, ni organice manifestaciones, *meetings* ó números extraordinarios de periódicos... Procure que su nombre no aparezca mezclado directa ni indirectamente en ningún complot ni en el disparo de un petardo, aunque sea de esos con que juegan los chiqui-



llos... Entérese V. de cómo acostumbra proceder este gobernador; de cómo procedió en Guadalajara, por ejemplo, con los carlistas...

—Este gobernador — interrumpió con sorna el tipógrafo — es la gran ficha! *Les* debería avergonzar mandarnos gente así, si *les* quedase cara adonde saliesen los colores de la vergüenza.

—No discuto con V. la personalidad del gobernador—respondí, poniendo á pesar mío en la entonación del *con V.* cierto desdén;—pero sea lo que quiera este gobernador, parece que viene resuelto á no consentir que se turbe el orden en lo más mínimo. Aquí entre nosotros... hay autoridades que... que casi se alegran de que les den ocasión de hacer un escarmientito y enriquecer su hoja de servicios... Más le diré á V., por si aún no le basta. Y es que... en las esferas oficiales... hoy... prevalece el criterio de... de no sujetarse á los medios de estricta legalidad... porque la ley... á veces... cohibe... y... En fin, que después de esta advertencia leal... V.... echará sus cuentas y se tentará la ropa.

El compañero guardó silencio, ocupado en llenar nuestras copas de coñac. Terminada la operación, irguió la cabeza y me miró un rato, frunciendo las cejas y con el rostro contraído por la intensidad de la reflexión. Así como suele verse el paso de las nubes que ya encubren ya descubren un trozo de cielo, veía yo las pupilas del mozo, tan pronto luminosas como veladas por la sombra de sus negríssimas cavilaciones. Por fin tendió la mano hacia la copa de licor, y bebió lentamente un sorbito; se pasó la lengua por los labios, y con sonrisa agridulce y astuta, profirió estas palabras:

—¡Cuando V. va ya estoy yo de vuelta! Siento que me haya tomado por un infeliz... V. calcularía: á un obrero cualquiera le engatusa... Soy de esfera superior, y éste, á mis primeras palabras, ¡boca abajo!

Se me encendieron las mejillas. El compañero, al paso que veía mi confusión, recargaba el mortificante carácter de su sonrisita mofadora.

—De dónde saca V.... — murmuré tragando quina á grandes dosis—que mis avisos...

—¡No se moleste más, no se moleste más!—murmuró él con una ironía mansa y resignada que me cortó doblemente los vuelos.—Sería raro que á un hijo del pueblo le hablase un señorito con el alma en la lengua. Se han tragado Vds. que somos unos chiquillos, y que con gritarnos desde lejos: “Ahí viene el coco,” ó “mira que te encierro en el cuarto obscuro,” nos ponen más blandos que un guante. Viven equivocados, y algún día se desengañarán. Con esos



resortes poca carrera haría V. de mí, D. Mauro. Y más valdría, entre hombres que se afeitan, decir las cosas reales: esto, y esto, y esto, y si no lo quieres así te abro en canal... V. no se ha llegado á este café de mala muerte para evitar que yo me comprometa el primero de Mayo. Ea, le voy á dar una leccioncita de claridad y de verdad; voy á cantarle por qué viene V. y otros secretillos.

—Si lo toma V. así...—dije, haciendo ademán de levantarme ofendido y serio.

—No, perdone V.; yo le he escuchado, y V. me ha de oír, porque supongo á menos que no lo tendrá.

—¡Qué á menos! Haga V. el favor de dejarse de inocentadas. Ni yo me considero superior á V., ni me acuerdo siquiera, en este momento, de burgueses y proletarios y demás andróminas. Soy un hombre que habla á otro hombre...

—A su igual, ya lo sé—contestó con torvo ceño el compañero.

—A su superior en lealtad... Voy á enseñarle el juego.

Callé porque me subían á la boca réplicas agresivas, y el anuncio de las revelaciones del socialista me interesaba demasiado para que no me contuviese.

—Si V. se ha dignado venir aquí—no me interrumpa—es porque hay en Marineda dos personas de su clase de V....

—¡Dale con las clases!—gruñí para mis adentros, impaciente, olvidando que al entrar en el cafetucho también yo pensaba en ellas.

—De su clase de V.... y que me han cogido... un poco de asco... un respeto... en fin, boberías. Al aconsejarme que no turbe el orden, lo que V. me aconseja es que no quite el sueño á D. Baltasar Sobrado y á su futuro suegro D. Benicio Neira. ¿Acerté?

La ocasión venía rodada; el mismo enemigo me presentaba el flanco; y simulando un arranque de franqueza respondí:

—Para que vea; acierta V.... en parte, en parte. Esas personas á quienes V. se refiere... han recibido cartas... cartas anónimas... cartas para asustar, para molestar. En ellas se habla de venganza, de justicia, de ¡muerte!, y se alude á la posibilidad de un atentado semejante á los que por medio de substancias explosivas se han cometido en Barcelona y en París. V. en esas cartas ni aun trató de disimular la letra; y con ellas en la mano, no este gobernador, pero el funcionario más tolerante, encontraría tela para...

—Para echarme á presidio—pronunció con calma el compañero, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, á causa del grave giro que iba tomando nuestro diálogo.—Ya lo sé. En el terreno en



que me he colocado y dada mi resolución actual, no me importaría.— Hizo una pausa, y apuró lo que restaba de su copa de coñac.— Para que vea V.— prosiguió— que le doy un gran ejemplo de franqueza, le diré que lamento haber escrito esas cartas. Cuando las escribí me encontraba ofuscado, medio loco, porque tuve un arretrato... vamos, así como un calenturón... al enterarme de la conducta de mi padre—de mi padre, ya sabe V. quién es— para con mi madre. Ella, la pobre mártir, nunca me había querido contar esta historia. Cuando oyó que D. Baltasar pensaba casarse, me reveló ciertas cosas. Y claro: la primer idea, vengarme y que saltasen todos por los aires y que se los llevase Judas al infierno. A V. le parecerá muy mal, y me creerá un monstruo, una fiera; ¡pero V. qué sabe! ¡Ha nacido V. con el pan asegurado; no ha tenido frío nunca por falta de ropa; no le han escupido á la cara el desprecio, porque no tenía V. padre, y porque su madre, al darle á V. á luz, perdió la honra, su único caudal! La injusticia social no ha pesado sobre V.; por mejor decir, la injusticia social le ha sido favorable. Ha cogido V. sitio á la sombra. Yo me aguanté con la cabeza al sol, y los sesos se me requemaron. A puntapiés me destetó el pícaro mundo. Y á puntapiés me empujaría á la hoya, si yo no fuese capaz de valerme. Me valdré. ¡No faltaba otra cosa! ¿Que las leyes, que las costumbres, que todo es iniquidad? Pues me tomaré la justicia por la mano. El que viva verá lo bueno. También yo he aprendido que en ciertos casos la legalidad no vale tres caracoles. ¡Ah! Estoy decidido. Y ha de ser pronto, porque así como así, ¡día que se pierde, no vuelve!

— ¡Chist! ¡Bajito!— exclamé alarmado, porque á pesar suyo la voz del compañero vibraba.— ¿Ve V.— proseguí— cómo vuelve á recaer en los delirios que le dictaron aquellas cartas que pueden perderle?

— Para que V. comprenda— respondió él con sombría y repentina tranquilidad— lo natural que es que á veces me vaya del seguro, como ahora, le diré que si temo ser perseguido no es por las cartas que escribí á D. Benicio Neira. Me parece incapaz de denunciar á nadie.

— Es, en efecto, un santo.

— O un lila— continuó el tipógrafo sonriendo con hiel.— Lo cierto es que si de alguien recelo que me tienda asechanzas para dar conmigo en Ceuta ó Melilla, es de... de mi propio y amoroso papá... ¡Ese, ese! — repitió crispando los puños.— Ese... ¡como ese pudiera desembarazarse de mí! ¡Ah! Pero le prometo que se lleva chasco. Se ha de hablar de este asunto años en Marineda.



—Ya está V. otra vez fuera de quicio. ¿No decía V. que le pesaba de haber escrito esas cartas, de haber pensado en violencias, de todas las atrocidades que le dictó la ira?

—Y lo repito. No debí escribir tales papas, ni pensar en tal colocación de cajas explosivas. Eso se hizo, se hizo... por espantar... ¿sabe V.? y al pronto es cosa que seduce, porque parece que al estallar el chisme va á hundirse el mundo. Pero ya va pasando el furor de la dinamita, porque resultaba una castaña de las gordas. La máquina salta ó no salta. Bueno, que saltó. Si no hace cisco al mismo que la coloca ¡y ya es suerte!... rompe cuatro vidrios, perniquebra á una portera infeliz que de nada tiene la culpa, y deja tan frescos y tan sanos á los que pretendía castigar. Y la policía le trinca á V. y le mete en chirona, y viene el juez y le envuelve... y al grillete... ó á otra cosa más fea... ¡Ah! Que vivan tranquilos, que salgan, que entren... el compañero Sobrado no pondrá bombas en el portal ni en la escalera de nadie. ¡Y en la escalera de esa casa... menos que en ninguna!

Al pronunciar esta sencilla frase, la cara del tipógrafo cambió; de alterada y contraída se volvió radiante, se dilató, y en sus ojos se descubrió de una vez limpio el trozo de firmamento. No pude dudar: *esa casa...* quería decir *la casa de Feita*.

—Que se les pase el cerote—continuó casi afable, mirándome como con fisga.—Puede V. decirles á sus amigos... y á la autoridad, que por el compañero Sobrado ni se alterará el orden, ni estallarán petardos, ni habrá *meeting*, ni manifestación. Los demás... no puedo yo responder por ellos; por mí respondo, y mi palabra es palabra.

—¿Según eso renuncia V. á... á toda violencia?

—¡Ah! Eso no le importa á nadie, y en mi derecho estoy al callar—contestó el agitador levantándose y calando la gorrilla sobre los copiosos rizos.—Poco ha de vivir el que no lo vea. Y al Sr. de Neira... agradeceré que le diga que, lejos de intentar molestarle, me complacería servirle, y que puede disponer de mí y de cuanto valgo, y que este ofrecimiento no es palabrería, que me sale de aquí—y el compañero se golpeó sobre el corazón.—Pero si se empeña en que su hija Doña Rosa ha de ser la señora de Sobrado... que pierde el tiempo. Que la busque otro marido. Y adiós, D. Mauro: celebro conocerle personalmente. Aunque sé que no vino V. para hacerme ningún favor... es lo mismo, D. Mauro. No hay rencores. Si me quiere mal, no puede hacerme daño; y si me desea bien... no está en mano de V. mi destino. Estas me valdrán—añadió,



abriendo las anchas y musculosas manos.—Amigos nopodemos ser, porque esto —y sacudió su blusa—lo impide. No importa; si me necesita...! Abur.

Fuése rápidamente, porque era la hora de su trabajo, y yo quedé más confuso que antes de venir, más picado de la víbora de los celos, cortado, preocupado, con el presentimiento de que algo serio latía bajo aquellas gastadas y cursis diatribas antisociales.

## XIX

Al salir del café reconocí que salía derrotado. La entrevista con el tipógrafo no había dado más fruto que el de redoblar mis inquietudes y exasperar mi deseo de ver á Feíta, de disfrutar la picante delicia de su conversación, y de discutir sabrosamente, pareciéndome que un palique con la chiquilla era lo único que podía quitarme la murria, y á la vez, que en ese palique descubriría yo la veta de su sentir y sabría hasta qué punto la era ó no indiferente el peligroso *compañero*. Tuve, sin embargo, valor para resistir y para recogerme aquella noche sin ceder á la tentación de presentarme en la tertulia de Neira; pero no estaba en condiciones de luchar más contra mí mismo; no en balde me habían acostumbrado á darme gusto, á evitarme sensaciones penosas ó desagradables; no en balde era mi propio niño mimado. Perdemos la disciplina moral, y con ella el vigor; el egoismo, que nos acaricia, nos enerva. A la mañana siguiente, llegada la hora en que Feíta acostumbraba visitar la biblioteca, no salí de casa, y esperé con ansia digna de un cadete el ruidito del mueble ó el susurro de la hoja volteada. Oí el campanillazo; sentí andar en el pasillo... y no tardé en comprender que se encontraba Feíta en el cuchitril. Me levanté, corrí gozoso á herir con los nudillos la puerta... y al primer golpe, otro golpe respondió desde adentro. Al mismo tiempo que yo la llamaba, me llamaba Feíta á mí.

Volví el picaporte y entré. La muchacha me esperaba de pie, con el sombrero puesto, sin haber tocado á un libro.



—Venga V.—dijo con una seriedad muy distinta del tono desenfadado y chancero que habitualmente gastaba.—Rabio por verle.

—¡Qué casualidad, Feíta! — exclamé, mirándola con avidez.— Rabiábamos los dos... yo sobre todo. Pero ¿qué sucede? ¿Ocurre algo grave? ¡Si parece V. otra! ¿Está V. enferma?

—Enferma, no; disgustada, muy disgustada, sí. Quiero contarle mis penas... ¿No le fastidio? Sea franco. Necesito que me oigan, que me consuelen, que me ayuden.

Sentí que se me iba el alma hacia Feíta, en quien por primera vez apreciaba un rasgo de debilidad femenil, algo que me halagaba y enternecía. La independiente venía á someterse, á que la sostuviese mi brazo... Un intenso goce, una emoción que no supe disimular me embargó, y mi cara debió de traducir esta ráfaga de engreimiento viril, porque á su vez el rostro de la indisciplinada se suavizó y despejó, sus labios se entreabrieron, y sus ojos verdes, me enviaron un rayo, no quiero decir de cariño (sería mucho asegurar), pero sí de simpatía y concordia, de algo sumiso, ingenuo y dulce, que me transportó al quinto cielo: ¡tal y tan profunda era ya mi herida!

—Siéntese V.—pronuncié solícito. Así... aquí...—Descanse, tome aliento, acepte un caldo, ó una copa de buen Jerez... Está V. pálida, ¡ya lo creo! y muy desencajada...

—Acepto el caldo—contestó la muchacha.—No me he desayunado aún. Tengo frío y debilidad, y la debilidad es tan mala consejera, que estuve á punto de soltar el trapo á llorar cuando le he visto á V. ¡Yo llorar! No me ha sucedido otra desde que mamá se murió y desde que yo era así—y bajó la mano.—Aborrezco los pucheros y las lagrimitas. Deme ese caldo... y también, también el Jerez.

Salí para pedir lo que Feíta deseaba, y después de una breve conferencia con doña Consola, volví á la librería y encontré á la niña recostada en el sofá de crin, en actitud tan meditabunda, que podía graduarse de melancólica. Me apresuré á sentarme á su lado, lidiando con las ganas de tomarla las manos—las manitas ya bien cuidadas y pulcras—y apretárselas para comunicarle la efusión con que solicitaba ser su guía y su apoyo.

—Hasta que tome el caldo no hablo—dijo con abatimiento.—Me faltan ánimos.

Cinco minutos á lo sumo tardaría en aparecer la insigne patrona, y en presentar á Feíta el sopicaldo más caliente, restaurador y bien calado que pudiera soñar un enfermo. Yo mismo escancié la copa del rancio oloroso, y ofrecí los bizcochos ligeros y crocantes.



Feíta comió y bebió con gusto y ansia; á cada cucharada, á cada sorbo, se la veía revivir. Tal vez la pobre niña llevase mucho más tiempo del que decía sin probar bocado. En esta suposición me confirmó el oírle exclamar :

—¡Qué bueno estaba! Dios bendiga á doña Consola... Desde ayer por la mañana se me cerró el pico... ¡Ay! Esto es otra cosa, Abad. ¡Maldito cuerpo, que no ha de pasar sin lastre!

Así que doña Consola recogió la taza vacía, dejando la botella y la copa “por si acaso,, me acerqué á Feíta nuevamente.

—Sepamos qué ocurre—dije en tono que convidaba á la expansión.—Aquí me tiene V. todo envanecido de que me elija para confidente...

—¿Pues á quién había de elegir?... Hace tiempo que mi padre no le calla cosa ninguna... De cuantos vienen á casa... sólo V... sólo V. no entró en ella para dañarnos. V. se ha portado mejor que todos. Sé que calla V. lo que le dicen, y se me figura que no me desea V. ningún mal. ¿Verdad que no me lo desea?

—¡Qué criatura!—exclamé conmovido.—Toda clase de bienes. Si me he peleado con V. más de cuatro veces, ha sido por... por eso... cabalmente por eso. Buenos deseos, amistad... interés que...

—No lo dudo—declaró ella, sacándome sin querer del atolladero.—Por eso resolví despedirme de V.... y que no ignore el motivo de mi marcha... y de deber favores á alguien...

—¿Su marcha de V.?—pregunté aturdido.

—Me voy á Madrid... á ver si allí puedo encontrar trabajo suficiente para mantenerme.

—¿Pero qué significa esto? ¿Qué repentón?...

—No hay tal repentón. Las ganas de emigrar las tengo de antiguo. Además, mi casa... ¿Le parece á V. que yo encajo bien en mi casa? No hay idea, no hay pensamiento, no hay cosa de este mundo en que estemos conformes los que viven á mi lado y yo. A mí se me figura que allí no se hace cosa al derecho; y ellos piensan que yo deliro. Disputas vanas, roces continuos, asperezas, caras de cuerno, belenes... eso es allí el pan de cada día. Yo repruebo el modo de vivir de mis hermanas; ellas dicen que el mío las pone en berlina, y que no quieren por hermana á una maestra, á una rara, á un marimacho. Cuanto oigo, cuanto veo, en vez de contribuir á que me perfeccione, á que valga más, no hace sino agriarme, corromperme el hígado. Como dice uno de los pocos poetas que me gustan, “vivir quiero conmigo,,. En aquel bureo no me encuentro á mí misma, no me conozco, no me poseo, y se me lleva Barrabás.



Créí que la libertad consistía en salir sola á la calle. No; también consiste en *estar sola* dentro de casa.

—¡Ah, Feíta!—murmuré con ahinco y pena.—¿Ve V., ve V. las consecuencias fatales de esa desatinada é imposible emancipación? ¡Ya sueña V. con abandonar el hogar doméstico y con renegar de la familia, imitando á las desatentadas y monstruosas heroínas de Ibsen, que se marchan cuando se las pone en el moño, pegando un portazo... y á correr mundo!

—V. perdone—respondióme Feíta con su brío acostumbrado, que delataba la benéfica influencia del caldo y del añejo Jerez.—La heroína de Ibsen á que V. alude deja á su marido y á sus hijos. Se dan casos de mujeres que los dejan por motivos peores que los que guían á Nora; pero, en fin, ello es que Nora abandona á tres inocentes. ¡Yo... abandono á varios culpables! No se asuste, ya le probaré que no exajero. Si estos culpables fuesen mis hijos... ¡puede que no tuviese valor para tanto, culpables y todo! No son mis hijos. Por algo he formado la resolución de no casarme.—Los hijos deben de ser una cadena atroz...—No se figure V: me duelen las niñas pequeñas y mi padre. He de estar tristísima los primeros tiempos lejos de aquí. Desde que me convencí de que era preciso marcharme, no he comido; así me puse tan débil. Pero hay que armarse de valor. Convencida de que debo marcharme, me marché, y salga el sol por Antequera. Cuanto más pronto...

—¡Pero, hija, hija... cómo se amontona V., y como abraza esas decisiones heroicas! Vamos, vamos, agua fría por la cabecita... y tenga la amabilidad de explicarse. Yo no le digo á V. que su propósito... andando el tiempo... preparándose... sea malo, sea indigno de aprobación... Por lo mismo que se trata de una cosa que levantará polvareda, hay que pensarlo: déjeme V. respirar. ¿Por qué esa prisa?

—Porque...—respondió la muchacha estremeciéndose—porque *allá* suceden cosas... Así como así, tiene que llegar á saberse, y quiera Dios que no se sepa ya. ¿Me va V. á convencer de que no lo sospecha? Yo, al ver que V., que siempre concurría á la tertulia, falta de ella desde hace un mes, supuse que había olido... Las de Tardejón también dijeron pies para qué os quiero: se han escandalizado, y supongo que llevarán el cuento á todas las esquinas. Y mi padre... mi padre... ¡ciego, sordo, embaucado, echándolo todo á buena parte, creyendo que mis hermanas han encontrado *novio!*... cuando lo que han encontrado es...

Hizo Feíta, al pronunciar estas palabras, un gesto tan expresi-



vo, de asco, de desprecio, de repulsión, que cambió su fisonomía y la puso diez años más vieja.

—¿De veras? ¿Según eso...? ¡Baltasar...!

—Baltasar... y Mejía... ¡sí! Y ellas...! Ya ve V. que debo marcharme... hasta por sentido moral. O me marchó... ó se lo canto á mi padre y le doy la muerte... porque á esto no resiste. Sé que no resiste.

—¡Qué infamia!—exclamé.—¡Los canallas esos! ¡A unas señoritas! ¡A las hijas de tan buen hombre! ¿Pero está V. cierta, Feíta? De Rosa... francamente... ya tenía yo mis barruntos... ¡De Argos, no! ¿No será error de V.?

—Ojalá.

—¿Cómo lo averiguó V.?

—Por... por su descaro —respondió Feíta ruborizándose y con un tono humilde y dolorido, que daba pena.

## XX

Mi hábito de desconfiar de las mujeres, de suponerlas consagradas á la caza del marido, venció en aquel momento á los sentimientos que Feíta despertaba en mí. Noté una especie de frío moral repentino, y acogí receloso las confidencias de Feíta, precisamente cuando éstas llegaban al grado de mayor intimidad y abandono, cuando la muchacha no recataba nada de lo que la afligía. Sentí que me ponía en guardia, y me pareció que de pronto mi cariño se sumía como agua en arrenal. Sin embargo, continué atento, bien dispuesto en el terreno amistoso. “Procederé como amigo,, pensé, “como verdadero y leal amigo, á fin de que si estas son artimañas de una mujer, dotada de gran entendimiento y voluntad, para buscar otro género de protección, no pueda quejarse ni motejarme de que no la aconsejo y sirvo desinteresadamente.,”

—Vamos, hija mía—insistí en alta voz—no sea que se haya V. ofuscado y visto lo que no existe. Quizá la... la intriguilla de... de sus hermanas... sea inocente... ó no sea aún tan... tan arriesgada como V. supone...!

La muchacha respiró, se pasó la mano por la frente, y se enca-



ró conmigo, mirándome de un modo que subyugaba por lo límpido y firme.

—Apelo á su sinceridad—dijo.—¿Puede V., no *jurar* (detesto los juramentos), sino asegurarme, como hombre de bien, que las relaciones de mis hermanas son puras?

Callé, bajé la cabeza, y ella continuó:

—¡Lo ve V.! Por otra parte, dijese V. lo que quisiese, sería igual. No hablo sin pruebas.

—Mire V., á veces una exterioridad... una tontería...

—No me dé V. esa clase de consuelos, Pareja; conmigo no se moleste V. en aplicar paños calientes. No me conoce V.; sin duda no comprende todavía lo que soy... en malo... y en bueno. No me asusto de que mis hermanas tengan novio. Casi... casi... no me asustaría de que tuviesen... otra cosa. Me horrorizo, sí, de las circunstancias que rodean esa... flaqueza suya. Aunque en otros terrenos nos entendiésemos ellas y yo (que nunca nos hemos entendido), su conducta en éste nos separaría por siempre jamás amén. Rosa... ¿Creerá V. que hasta el explicarlo me cuesta sudores?

La vi palidecer y la oí suspirar acongojada.

—Rosa... ha cedido al dinero. Rosa se ha vendido. Argos... es menos antipática; se ha entregado... por capricho, por curiosidad malsana, por novelería, por falta de sentido moral... ¡Ah! y por enfermedad. No vuelva V. la cara. ¡Ya entiendo! La vuelve V., no porque le espanten los hechos de *ellas*, sino porque le horrorizan *mis dichos*. Estoy hablando como no hablan las señoritas. No sería V. hombre si no le alarmasen más en la mujer las palabras reflexivas que los procederes ligeros; no sería V. hombre si no negase á una mujer que no quiere delinquir, el derecho de saber en qué consiste el delito.

—Tiene V. razón—respondí, instantáneamente dominado.—No puedo acostumbrarme á pensar que para V. no hay misterios. ¡Es V. tan joven, tan buena, tan lista, tan encantadora!; añadidas á esas cualidades, la ¡ignorancia, la inocencia, la sentarían á V. tan bien! Son esos fatales libros, son ciertos estudios impropios los que destruyeron en V. el mayor hechizo de su edad y de su sexo...

—Si eso fuese un hechizo..., poco me importaría carecer de él. No aspiro á hechizar á nadie.

—Pues hechiza V., aunque no se lo proponga—dije requebrándola involuntariamente.

—¡Entonces, auto en mi favor! Nada he perdido... Abad, Abad, hablemos en serio, que los tiempos no están para chanzas. Le pue-



do asegurar, sacándole de un error, que por los libros y los estudios yo sería aun... eso que Vds. llaman inocente. He leído mil cosas que no comprendí. La clave de ellas me la dió el mal ejemplo que he visto, los tristes cuadros que contemplo. La inocencia se puede perder muy temprano, sin leer más que el calendario, y hasta leyendo el *Astete*. ¿Dónde habrá libro más inmoral que mi casa?—añadió con amarga risa.—Por eso no quiero leerlo. Lo cierro. Si pudiese lo quemaría.

—Rosa— prosiguió después de una pausa en que no acerté á encontrar forma de interrumpir sus dolorosas reflexiones—estaba predestinada á este desenlace, si no encontraba inmediatamente un marido muy rico. Y si encontraba ese marido, estaba predestinada á arruinarle y á cubrirle de vergüenza. Por un retazo de terciopelo, vende Rosa la hostia consagrada. ¡Muñeca sin alma y sin decoro! Increíble parece que cieguen tanto unos trapos. Mire V., contra esa estoy más indignada que contra Argos... No me explico su conducta. La indignación viene de eso: de que no comprendemos, de que no podemos concebir una acción. Si lo comprendiésemos todo, todo lo perdonaríamos. En mi cabeza no cabe que por un metro de tela se hagan semejantes porquerías. ¡Un hombre gastado, y que no la gusta! ¡Un usurero, un prestamista, que ni es capaz de arruinarse por una mujer! ¡Vamos, eso no es malo, porque... porque es peor!

—Va V. á oír—frotándose los párpados con rabia—lo que ha hecho Rosa. Se ha vendido, bueno: pero como es tan necia, como su pobre cabeza está tan vacía, ni venderse supo, y lo que hizo fué ponerse la argolla de esclava y á mi padre también. D. Baltasar Sobrado, es, como V. no ignora, una hormiguita. Tiene á papá sujeto con préstamos que le va facilitando. Puede, cuando le plazca, dejarnos en la miseria. Pues bien; Rosa, en vez de tratar—ya que iba *al negocio*—de conseguir la libertad de papá, de conservarle el pan de la vejez... ¿cómo dirá V. que cedió á las pretensiones de ese coscón vicioso? ¡Pues conviniendo Sobrado en que la *garantizaría* en las tiendas, sobre todo en la *Ciudad de Londres*, de donde la envían lo que pide sin presentar la cuenta!

Los ojos de Feíta, al decir esto, chispeaban; sus mejillas ardían, y temblaban sus labios. Era magnífica su expresión de antipatía y desdén, y disipadas mis sospechas enteramente, recobró su dominio y me sentí atraído hacia ella con más fuerza que nunca.

—¿Comprende V?—repetía.—¿Ve V. la trampa en que se ha dejado coger esa idiota? ¿Ve V. lo que sucederá cuando mi padre, ó



tenga que abonar las deudas de Rosa, que ascienden á miles de reales, ó que deber el perdón y el abono de esa partida á la *garantía* y á la generosidad del infame de Sobrado? ¡Ah! ¡Cuántas ganas he tenido á veces de que el *compañero* le ajuste las cuentas! ¡Y se las ajustará, quién lo duda! ¡Si no, no habría Dios en el cielo!

Mortificáronme estas palabras y volvió á morderme en el corazón el despecho. Aquel obrerito — saltaba á los ojos — había encarnado el ideal de la sabia, y hasta sus sueños de venganza y justicia.

—No sé—continuó Feíta — si será verdad que el mucho estudio nos acerca á Dios: yo bien poquito he estudiado por ahora, pero cada día creo más en la Providencia, y en que no hay maldad que al fin y al cabo no se pague. Todos pagarán, todos serán castigados según su delito, y V. lo verá y yo lo veré! Pero no quiero verlo de cerca. Ahí se quedan mis hermanas... según la carne...! con sus intrigas y sus enredos y su afán de conservar *la posición*, esa manía que tanta parte ha tenido en la desventura de Rosa! Porque Abad, ahí tiene V. el secreto. Las clases sociales, esa preocupación maldita, han hecho nuestra desgracia. Somos una familia de origen noble: convenido. Tenemos un escudo donde campean un aguilucho, unos roeles, y no sé qué más zarandajas heráldicas. Allá en el siglo xv y en el xvi un Neira fué señor de algún castillejo, y puede que hiciese barbaridades en la guerra. Pero faltó el *guano*, y cuando mis padres se trasladaron á Marineda, veníamos ya á reducirnos, á dejar nuestro papel de señores de pueblo. Desde que abandonamos la casa solariega y vendimos los trastos viejos y alquilamos un pisito en la capital, entramos en la *clase media*. De clase media fueron nuestras relaciones, de clase media nuestro modo de vivir. ¡Y ni aun de clase media ilustrada! No; de esa clase media que ni dirige ni sube. Aun así, no alcanzaban los cuartos. El varón de la familia, inepto para el estudio; nosotras, mujeres y teniendo que gastar y que exhibirnos, á ver si *nos colocábamos*. Papá, no decidiéndose nunca á... á hacer algo, á solicitar un puesto, á jugar los codos. Su honradez, su modestia, su decencia, le estorbaban...—Mi padre es de otra época, de tiempos en que la sociedad iba más despacio.—Murió mi madre, que hacía milagros de economía. Vino el desconcierto, el préstamo, la hipoteca, los apuros, el trueno. Si hubiese sentido común, si la vida se construyese directamente, sin farsa, con lógica... ahora era la ocasión de que bajásemos otro peldaño, é ingresásemos en las filas del pueblo. ¿Por qué no? Si al fin hemos... han de caer, digo en las de la gente perdida y despreciada! ¿No valdría más que Rosa planchase? ¿No estaría



mejor Argos cosiendo? ¡Cuanto tiempo hace que la aconsejé que se dedicase á tiple de zarzuela! A estas horas tendría la independencia ganada con su trabajo.

—Eso es imposible, Feíta.

—¿Por qué imposible? Lo imposible es vivir de cierto modo... Que se olviden de ese rótulo que dice: "somos señoritas,, y que se coloquen en la única situación honrada que les permiten sus medios. Si quieren continuar dentro de la clase media (aunque en su esfera más humilde) entonces... que trabajen como yo. Pero ellas dicen que es *una vergüenza* trabajar así. ¡En casa—añadió, riendo sardónicamente—la vergüenza, soy yo quien la traigo! Pues he estado bien resuelta, si no encontrase lecciones, á entrar de doncella en una casa de Madrid. Sería *pueblo*... sí, *pueblo*... Comería en la cocina, al lado del lacayo... y dirían de mí: La Fe... una cántabra muy viva de genio... que no aguanta cosquillas! Y los domingos, en vez de salir á los Tíos Vivos y á los bailoteos y á las jaranas, me iría á ver Museos y á aprender lo que pudiese... Sería *pueblo* con el cuerpo, lo cual casi me hace ilusión... y con el cerebro sería *aristocracia*, más que mis amos probablemente... ¿No está V. conforme, Abad? ¿Vale más andar como Rosa y como Argos?

—Y está V. segura—insistí—de que Argos también...

Feíta movió la cabeza afirmativamente, con violencia y tenacidad.

—¿No será una cosa sin trascendencia?

—Es cosa muy de fondo... terrible... Basta que yo lo diga... No me haga V. entrar en detalles. Rosa aún guarda ciertas apariencias, pero Argos, con su desequilibrio y su condición de pólvora, no se recata, y verá V. lo que tarda en cubrirnos de barro. No quiero ver eso. Me voy. Nada puedo remediar. El favor que solicito de V. es que me preste lo indispensable para el viaje en tercera... y para vivir en la capital los primeros días. Cuatro cuartos, porque ya me han buscado en Madrid lecciones: Moragas, que es mi amparo, me recomienda á unas amigas suyas, que tienen muchas niñas y me admiten como una especie de institutriz... sin diploma y sin residencia... Creo que no tienen habitación para mí. Las casas allí son chicas. Hay otra lección, en un colegio, de historia. Habrá que estudiar para lucirse y cumplir bien, tan bien como un hombre! ¡Y como he de pagarle á V. religiosa y civilmente... me conviene que me preste V. muy poquito... para desentramarme pronto! ¿Verdad que no me niega V. este servicio? Mucho se lo agradeceré: no lo olvidaré nunca.



Me levanté sin contestar, y comencé á pasear por el reducido espacio del cuchitril. Una lucha se verificaba en mi alma. Las palabras de Feíta, su modo de pensar y de sentir, tan bien manifestado en aquella decisiva conversación, habían acrecentado y desatado, con reacción violenta, mi entusiasmo, actuando sobre mi imaginación, realzando su figura, obligándome, casi á la fuerza, sin aquiescencia de mi voluntad, á estimarla como nunca, y á prostrarme rendido á sus pies. Mis desconfianzas, ya que no muertas, reposaban adormecidas por la magia de aquella bravía veracidad, de aquella virtud natural y desenfadada, de aquella pureza consciente y segura de sí misma, de aquella originalidad de pensamiento, que jamás pude imaginar que se encontrase en una virgen de poco más de veinte años. Sentíame arrebatado, conquistado, enamorado á todo trapo, de veras, y un arrebató inexplicable llenaba mi pecho, como si aquel sentimiento singular, que pocos días antes ni sospechaba, fuese para mí una patente de juventud, de salud moral, de energía, la potencia germinativa del alma, conservada en mí y atrofiada antes bajo la plancha de acero del egoísmo. Sí; lo más extraordinario, es que me regocijaba de sentirme en poder de la pasión. Juraría que había crecido. Mi pulso se apresuraba, mis venas hervían, mi cuerpo era ligero y ágil como cuando respiramos inhalaciones de éter. ¡Sensación extraña! En aquel transporte me parecía volar... Apenas quería combatir: ansiaba entregarme; quería dar salida á las palabras que se agolpaban á mis labios y desahogo á la plenitud de mi corazón. Me sacó de aquel estado de positiva embriaguez la voz de Feíta, diciendo burlescamente:

— No creí que mi petición le agitase á V. tanto. Figúrese que no he dicho nada. Le pediré á Moragas ese dinero, y aunque por su genio caritativo tiene mil compromisos, de seguro me lo da.

— ¡Feíta! — exclamé volviéndome con ímpetu hacia ella, y dejándome caer en el sofá á su lado. — ¡Que ha de ser V. tan discreta para unas cosas y tan cerrada para otras! ¿Supone V. que se trata de dinero? Tome V.

Y eché mano al bolsillo y lo vacié sobre la mesa.

— ¿Quiere V. ahora mismo mis economías todas? ¿Quiere mi patrimonio? ¿Quiere mis muebles, mis ropas, mis libros?

— ¿Está V. en su juicio? ¿Somos chiquillos y jugamos? Me bastan quince ó veinte duros.

— Pero si V. no se irá; si V. se quedará aquí... para toda la



vida! Desengañaremos á su padre de V..... salvaremos á sus hermanas... arreglaremos todo... ¡Si supiese qué contento estoy!

—A mí me parece que está V. fuera de sí—respondió ella levantándose, ya sorprendida y asustada.

—Y le parece á V. bien. No me haga caso... Es decir, sí... Oígame; no se ría... ¿Quiere V., Feíta... quiere V.... ¡ah! ¡mire que no se trata de ninguna broma! quiere V... casarse conmigo... inmediatamente?

EMILIA PARDO BAZAN.

*(Se continuará.)*



## CRONICA LITERARIA

---

*Doña Perfecta.*—*La novela y el drama.*—*¡Viva Orbajosa!*—*Sobre la región en el teatro.*—*María del Carmen.*—*En la Academia de Ciencias Morales y Políticas.*—*La política especulativa y la política experimental.*—*La lógica de lo absurdo.*

La opinión arbitraria de que el Sr. Pérez Galdós, por ser un excelente novelista, no podía ser autor dramático, ha debido ir perdiendo fuerza—racionalmente pensando—á medida que las obras escénicas del autor de *Voluntad* han mostrado lo caprichosa é inexacta que es la supuesta incompatibilidad entre el cultivo de la novela y el *sentido* del teatro. Pero todavía esta opinión es un obstáculo para el buen éxito de las obras dramáticas del Sr. Galdós, y acaso continúe siéndolo por mucho tiempo, si, como es de suponer y de desear, el autor de los *Episodios* no se descorazona y sigue dando obras á la escena.

¡Ay de aquel á quien le cae encima una de estas opiniones hechas! En todas partes pesan mucho los prejuicios de esta clase, pero entre nosotros más, por la pereza en el pensar la y escasa afición á la lectura, así como por la arrogancia con que aquí juzga cualquiera de *omni re scibile*, y hasta no *scibile*, si le apuran un poco. No hay empleado de cinco mil reales ó dependiente de comercio que no se crea con luces para censurar el sistema de guerra que se sigue en Cuba, para arreglar la hacienda nacional, ó para poner los puntos sobre



las íes á los literatos de fama, cuando llega el caso de hablar de sus obras, y sin que preceda muchas veces la lectura ó la asistencia al espectáculo, si de dramas ó comedias se trata. La fuente inmediata de esta crítica *espontánea* es la prensa, pero el hábito éste no hay que cargárselo en cuenta á los periódicos, atribuyendo al influjo de su lectura esa general propensión á hablar de lo que no se entiende. Antes bien, puede decirse que la influencia de la prensa es saludable, pues al fin y al cabo hace que sean menos desatinados esos juicios vulgares.

No es de ahora nuestra propensión crítica. Cualquiera que haya hojeado nuestras novelas del siglo XVII recordará al arbitrista, al soldado, capaz, á su juicio, de acabar breve y felizmente todas las guerras en que por entonces se hallaba empeñada la monarquía española, al estudiante osado para enmendar la plana á los más sabios humanistas y á los más afamados poetas. Son tipos nacionales; los de hoy proceden de la vieja cepa castiza, aunque lo ignoren, y representan, como aquellos del tiempo de los Austrias, la hinchazón del carácter nacional, el lado portugués del temperamento ibérico. Que se inspiren las críticas en los viejos y bien llamados mentideros ó en los periódicos modernos, no es diferencia que alcance á la naturaleza de aquéllas, y la diferencia que en realidad hay representa un adelanto. Las fuentes contemporáneas son más cultas, más medidas, menos anónimas, y por tanto, más responsables.

En cambio, estas opiniones hechas tienen hoy más fuerza y se extienden más, no sólo por aquello de que suelen ser menos descabelladas, sino por la gran sugestión que los periódicos ejercen sobre la mayoría de sus lectores. Se las podría comparar á ese otro tipo de verdad artificial, aunque necesaria para el orden de la república, que se llama cosa juzgada. Y todavía estos fallos sobre literatura y arte, dictados por lo común en juicio sumarísimo, á usanza militar, son más irrevocables, si no más santos, que la cosa juzgada. Tratándose de ésta, puede haber un diputado que la discuta y la regatee la santidad, como



abogado del diablo, en el Parlamento, y quedan además el recurso de revisión y la gracia de indulto. Pero de las sentencias literarias que acoge y da por buenas el gran jurado vulgar, apenas hay á quien recurrir ni de quien esperar gracia. La apelación á la posteridad es casi una mera frase retórica, tratándose de lo presente. Se escribe para los contemporáneos. De la opinión de los venideros puede decirse aquello de: *si tan largo me lo fiais...*

Cierto es que más que estos prejuicios influyen en la suerte de las obras dramáticas del Sr. Galdós y en la de otras, esa falta de público que lamentaba no ha mucho el Sr. Picón en un artículo. No tenemos público para cierto género de obras; apenas lo hay para el drama, como no sea para dramas de psicología tan sencilla como *Juan José*, y que tengan además, como lo tiene esta obra, cierto sabor de actualidad, que al vulgo, que profundiza poco, le parece la expresión más acabada del *modernismo*, de las *ideas nuevas*, de que se habla, sin aquilatar, por lo común, las pretendidas novedades, ni ver si lo son efectivamente. Con toda su apariencia realista, con sus blusas y su escena del presidio, la obra del Sr. Dicenta (que aparte de esto, me parece digna del buen éxito que ha alcanzado, como dije en una Revista anterior), pertenece menos á la estética nueva que *Voluntad* y que *Doña Perfecta*. Pero la superstición de lo nuevo, como la de lo castizo, suele ser superficial, y no se fija más que en apariencias, en la corteza, en lo más externo de la forma.

A pesar de estos obstáculos, propios para desanimar á cualquiera, y más á quien, como el autor de *Halma*, ha conquistado ya, en una larga y brillante carrera literaria, suficientes laureles para que no pueda sentir el afán de notoriedad y la sed de gloria que anima á los principiantes en los lances adversos de la batalla en que tratan de *ganar sus espuelas*, como los antiguos paladines; á pesar de todo esto, repito, el Sr. Pérez Galdós prosigue con gran constancia su obra de autor dramático, y demuestra cada vez mejor, con sus producciones,



que lo es verdaderamente, á despecho de la pretendida incompatibilidad entre la novela y el teatro.

Obra de verdadero autor dramático es *Doña Perfecta*. La acción de la novela, estimada como una de las mejores del señor Galdós, se prestaba admirablemente para el teatro, y el arreglo está hecho de una manera magistral, con arte consumado de dramaturgo, aprovechando para los efectos de la escena cuanto el libro ofrecía de más dramático. *Doña Perfecta*, drama, conserva todas las bellezas de *Doña Perfecta*, novela, y las aumenta, concentrando más la acción, dándola mayor intensidad, y ofreciendo, con los recursos de la representación escénica, que copia la realidad más á lo vivo que los libros, una manifestación más plástica, más real, de los hechos que en la obra se desarrollan y de los personajes que en ellos intervienen.

Comparar dos obras escritas por el mismo autor sobre el mismo asunto, con un intervalo de muchos años, es siempre interesante, como que muestra, por decirlo así, la historia de un espíritu, la transformación de las ideas y de la fantasía en el curso del tiempo. Aunque no por completo, pues no se trata de una refundición radical, sino de una adaptación á la escena, el drama *Doña Perfecta* permite esa comparación. Y es altamente satisfactorio para el autor de los *Episodios nacionales* que, en estos tiempos de prematuras decadencias y de rápidos agotamientos, al cabo de los veinte años transcurridos desde que publicó la novela, origen de su último drama, y en los cuales ha sido tan fecunda su pluma, se muestre su fantasía no menos robusta y vigorosa que entonces y, lejos de acusar declinamiento, sus facultades de escritor aparezcan, por el contrario, realzadas por una perfección mayor en la forma, por una depuración visible del lenguaje que, sin perder en viveza y colorido, ha ganado en corrección y elegancia. El drama *Doña Perfecta* es, á mi juicio, obra más acabada en los pormenores, que la novela, con ser ésta tan notable.

La exposición, que llena el primer acto, está hecha con



sencillez y facilidad dignas de un maestro. Los personajes quedan clara y admirablemente caracterizados. En el segundo, la escena final entre Pepe Rey y Doña Perfecta presenta, por las circunstancias en que se produce, un vigor y un relieve superiores sin duda á los que ofrece en la novela, ganando en el drama todo lo que pierde en éste la entrevista de los novios, que me parece mejor en el libro que en la escena. El toque de los clarines, que anuncia la llegada de las tropas á Orbajosa, es de un efecto dramático admirable. Efecto legítimo, que nada tiene de común con las falsedades del efectismo teatral. Lo que caracteriza á éste es lo forzado y artificial de los recursos que emplea, la tendencia á producir en el público una impresión desproporcionada con la verdadera naturaleza de los hechos que ante él acaecen. En la escena de los clarines, por el contrario, la impresión no es superficial ni emana de circunstancias accesorias, traídas por los cabellos; arranca del fondo mismo de los hechos, de la naturaleza, de la situación en que se encuentran los personajes. En la lucha trágica, por lo desigual, que sostiene Pepe Rey con la tenebrosa conjuración de aquel pueblo de hipócritas en que impera doña Perfecta, el eco marcial de los clarines, que anuncian la aproximación de la patria armada, el restablecimiento de la ley común, es un hermoso símbolo, comparable, aunque más natural y humano, á la intervención de las divinidades mitológicas ó de los encantadores en favor de los héroes que reñían descomunal batalla con enemigos sobrenaturales. Es el restablecimiento del equilibrio, el socorro que llega cuando está próximo á sucumbir el combatiente, la ley que viene, como dice el ingeniero. Y ese sonar de los clarines no es en la obra un elemento nuevo, ideado para la representación escénica. En la novela figura ya con la misma significación, aunque allí no produzca impresión tan viva como en el teatro.

No participo de la opinión de que decae el drama en sus dos últimos actos, opinión que procede quizá de un concepto rutinario y falso de lo que debe ser el desenlace en las obras



escénicas. Lejos de pensar así, me parece que el interés aumenta en estos dos actos últimos, y que están desarrollados con tal maestría que, sin que huelgue nada en ellos, viene á concentrarse su acción en una escena capital que, en cierto modo, los resume y compendia. En el tercero esta escena es la de la junta de los cabecillas, convocados por doña Perfecta. Aquellos tipos de facciosos natos están admirablemente pintados y adquieren en ocasiones, á pesar de las estrechas miras de su particularismo local, caracteres épicos de héroes de viejos romances castellanos. *Caballuco*, en particular, tiene rasgos legendarios. La imparcialidad que en esta y otras escenas manifiesta el Sr. Pérez Galdós, excede de la que puede pedirse al arte. Decir, como creo que ha dicho un periódico, que *Doña Perfecta* es una *progresistada*, indica una dosis tal de apasionamiento que raya en estolidez ó ceguera.

En el último acto, muy breve todo él, la escena principal, la del desenlace, es rapidísima, y de una intensidad trágica extraordinaria. Aquellos gritos de María Remedios: «¡Cristobal... aquí... junto á los cipreses..! ¡que matan á la señora!» Aquel «¡Cristobal, defiéndeme!» de doña Perfecta, que es una orden de muerte, producen honda emoción, que aumenta al aparecer moribundo Pepe Rey.

Del pensamiento del drama, de las líneas generales de su desarrollo no hay para qué hablar, puesto que son los mismos de la novela de donde aquel procede. Pero sí merece mención muy laudatoria, por lo mismo que con tanta insistencia se han puesto en tela de juicio las facultades de autor dramático del Sr. Pérez Galdós, la habilidad con que están presentados hasta los más menudos pormenores de la acción. Nada hay en ella que no esté justificado lógicamente por circunstancias ó por episodios anteriores y que no sirva, á su vez, de antecedente para los hechos sucesivos. El desenvolvimiento de la acción revela verdadero conocimiento del teatro, comprensión tan clara de las condiciones de la obra escénica, que no la tendría más exacta y precisa un autor que llevara muchos años cul-



tivando este género. Hay en *Doña Perfecta* muchos detalles delicados, en que no se fijará probablemente la generalidad del público, pero que no pasarán inadvertidos para los inteligentes y en general para las personas dotadas de sentido artístico; pormenores que aumentan en proporción no escasa el valor de esta obra, y manifiestan el cuidado extremo que ha puesto su autor en todas las partes de ella, limando y cincelando cada una con perfección no acostumbrada.

Aunque la literatura tenga su finalidad propia, suficiente por sí, y no necesite que concurran con ella otras de diverso género, no es independiente el valor de la obra literaria del de su objeto, del de las ideas y realidades que expresa, como no lo es la estimación de la obra escultórica de los materiales de que se compone, ni de la figura que trazó el artista. El mármol y el bronce predominarán siempre sobre la arcilla, cuando los labre mano igualmente experta, y las imágenes de dioses y héroes honrarán más al cincel que las de bufones contrahechos. De las representaciones de ideas y sentimientos que han ejercido gran influencia entre los hombres, de cosas grandes, sean buenas ó malas, que también en la maldad hay su jerarquía y su grandeza, de sucesos que reflejen intensa y acabadamente la lucha de la vida, podrá obtener el arte literario mayores elementos de belleza que de las barreduras de la realidad.

Esta excelencia, emanada del objeto, tiene también *Doña Perfecta*. No es una de tantas manifestaciones del eterno drama amatorio, que forma la materia de la mayor parte de lo que llama Nordau literatura de ficción, y que pregona por modo bien elocuente, con su supremacía sobre todos los demás temas literarios, la importancia del sentimiento sexual, el predominio perdurable de esa abnegación inconsciente ó de ese acabado artificio de la naturaleza, que hace que hasta en las existencias más secas y egoístas, la vida del individuo esté orientada perpetuamente en el sentido que conviene á los intereses de la especie.

Aparte de esto, que aparece en casi todas las obras litera-



rias y que daría motivo para decir que la literatura es una colección de variaciones infinitas sobre el amor, *Doña Perfecta* es algo más. Es un símbolo de la historia de España, y no sólo de nuestra historia en este siglo, de las recientes guerras civiles, sostenidas por motivos ó por pretextos dinásticos, sino de nuestra historia desde que somos nación y aun antes de que lo fuésemos. Esa tendencia particularista que expresa tan bien el grito de los Paso Largos y los Romeros: ¡Viva Orbajosa y muera la nación! ha sido, en una ú otra forma, bandera de batalla y grito de pelea en todas las épocas, derribada á veces por manos y cetros fuertes, vencida en tiempos por los Reyes Católicos, cuando sojuzgaron á la inquieta nobleza y suprimieron los maestrazgos, y crearon la Hermandad y dieron las Ordenanzas reales; derrotada en Villalar, castigada en Aragón por Felipe II, sujeta por el espíritu unitario que trajeron de Francia los primeros Borbones; tendencia que tuvo en la organización espontánea de la guerra de la Independencia su expansión heroica, su momento épico, y que, degenerando luego, alimentó las guerras civiles; bandera apercebida siempre para levantarse de nuevo, grito que nunca se olvida y que aún hoy en épocas de paz resuena entre las protestas y las agitaciones con que cada pueblo defiende su audiencia, su capitania general, su girón de privilegio, su resto de fuero, su exención de la ley común.

Acaso buscando los orígenes de este modo de ser llegáramos mucho más lejos, á cosas más hondas que la historia, á los cimientos etnográficos. Si, como dicen los antropólogos, somos de raza libio-ibera, kabilas traídos á la civilización, arrancados de Africa para Europa por la conquista romana y la inflexible reglamentación latina, sería esa una remota herencia, viva todavía, del aislamiento del aduar y de la tribu. Pero no hay que tomar las cosas de tan lejos. En los tiempos en que las vemos claras, esa tendencia es innegable. Desigual en sus frutos, ha creado héroes y bandidos, Empecinados y José Marías. Ha abonado la tierra para el caciquismo y para la resistencia heroica al



invasor; ha hecho que para todos los Orbajos sea el poder central un monstruo apocalíptico y ha engendrado para combatir al dragón y si no para vencerle, para ser vencidos por él, innumerables Jorges, bárbaros y valientes como Caballuco. Y nuestra historia, desde que la nacionalidad se constituye, es la crónica de esa lucha entre el particularismo, en sus diversas formas, aristocrático y feudal unas veces, popular y local otras, cuándo de corporaciones, cuándo de territorios, y el sentido de unidad, de patria grande, de nación.

Al revés de lo que piensa el Sr. Picón, para quien los aplausos tributados á *Doña Perfecta* en el teatro son una prueba de lo que hemos adelantado en tolerancia desde 1875 acá, creo que si el drama del Sr. Pérez Galdós se hubiera representado por aquellos años habría conseguido un triunfo inmenso, ruidosísimo. La España nueva acababa de salir entonces de una de esas periódicas contiendas y conservaba aún el calor de la pasión y los ardimientos de la reciente lucha, en que, al cabo de diversas peripecias y bien pesados los sucesos, había salido vencedora.

Hoy es otra cosa... En la realidad, el desenlace del drama no fué el que presenta el Sr. Pérez Galdós. Pepe Rey no murió; se llevó á Rosarito, y satisfecho con sus amores y su triunfo, amén de poco rencoroso por naturaleza, olvidó las asechanzas y los agravios, y, lejos de vengarse, procuró vivir en buena armonía con doña Perfecta la halagó y transigió con ella. Y así vive, sin que le inquieten los recuerdos de lo pasado, sin cuidarse de si su horrible suegra urde contra él nuevas tramas, de si Orbajosa se agita, de si los Aceros y los Cabalucos limpian las armas y ensillan los caballos para nuevas correrías...

\*  
\* \*

Antes de ver la comedia del Sr. Feliu y Codina, *María del Carmen*, había leído el artículo del autor sobre *La región en el*



*teatro*. La tesis literaria me pareció exagerada y falsa; la comedia buena, mas no por lo que pueda tener de regional, puesto que lo que allí sucede podría acaecer, lo mismo que en la huerta de Murcia, en cualquier otra región de España, y aun en una provincia extranjera, sin que por ello desapareciese elemento alguno sustancial de la obra. La región, en *María del Carmen*, es asunto de vestuario y de decorado más que obra del poeta. El color ó el tono local que haya puesto éste en el lenguaje de las personas de su comedia, dado que sea exacto y verdadero, cosa que yo no puedo juzgar, no agrega á la obra elemento esencial alguno de belleza.

Aparte de esto, no creo que el Sr. Feliú y Codina haya descubierto ningún continente con su teoría del regionalismo literario. La verdadera literatura regional es la escrita en los dialectos de las regiones. El lenguaje, que es la exteriorización más inmediata y el reflejo más exacto y claro del alma colectiva, da entonces forma propia y adecuada á los sentimientos é ideas que expresa la obra literaria. Todavía lo regional ó lo local puede entrar, por otro concepto, en la literatura, como descripción de costumbres y tipos característicos de una comarca, y en esto es maestro el Sr. Pereda, á más de serlo en tantas otras cosas. En este último sentido hay más región en *Doña Perfecta* que en *María del Carmen*. Los cabecillas del drama de Galdós, *Paso largo*, *Romero* y *Caballuco*, así como el pleitista *Licurgo*, tienen más color y más espíritu local que los huertanos del Sr. Feliú y Codina.

La afirmación de éste de que «hacer región es hacer patria», es muy discutible; acaso podría sostenerse aquí con más fundamento lo contrario. Mas, prescindiendo de este punto, lo regional, en el sentido en que lo entiende el Sr. Feliú, se acomodará mejor á las obras en que entre por mucho el elemento descriptivo, á la novela principalmente, á la comedia de costumbres. En el drama, en comedias *dramáticas* como *María del Carmen*, representará muy poco. Las pasiones, las ideas y sentimientos, que forman la materia principal de estas



obras, no suelen estar localizados por comarcas, y en las creaciones literarias más elevadas son, antes que nacionales, humanos. La excepción no puede convertirse en ley ni servir de base para una teoría general.

Se ha dicho que las obras dramáticas del Sr. Felíu y Codina eran jornadas diferentes de un viaje de la Dolores por las distintas comarcas de España. Por lo que toca al elemento regional de estas obras, es exacto. Tanto monta Calatayud como la Alcarria ó la huerta de Murcia. María del Carmen pudo ser baturra y la Dolores murciana, sin que se alterase la acción de las obras de que son protagonistas, ni tuviese que cambiar su carácter.

Pero una cosa es *La región en el teatro* y otra *María del Carmen*. El Sr. Felíu debe seguir escribiendo comedias y dejarse de hacer propaganda de su teoría literario-regionalista. Los aplausos tributados á su última comedia me parecen justos. Á mi juicio, *María del Carmen* es obra de un género inferior al de *Doña Perfecta*, pero dentro del suyo hay que reconocer que es acabada y primorosa. Por lo que toca al asunto, á las ideas, á la parte íntima del drama, está en análoga relación de inferioridad respecto de *La mujer de Loth*, y sin embargo, es indudable que aventaja mucho á esta obra en la *ejecución*, en el desarrollo, en todo lo que se refiere á la *habilidad técnica*, por decirlo así, del autor dramático.

Por lo que toca á este último punto, *María del Carmen* nada deja que desear. Se muestra en ella esa difícil facilidad, tan bien denominada, y que, si como frase se ha vulgarizado hasta el extremo, es, en la práctica, tan rara como estimable. Hay una gran naturalidad en la manera de presentar cada escena y cada episodio de la acción. Todo tiene allí mucha vida, y revela en el autor una fantasía vigorosa y fecunda. Lo que hay de regional en la comedia (aunque, como he dicho, creo que es puro accidente) le da cierto colorido pintoresco que contribuye á la impresión de realidad que produce. Algunas figuras de segundo orden, como Pepuso,



Migalo, Fuensantica y Domingo, están magistralmente trazadas, y los actores las interpretan con exactitud y acierto. Los personajes principales presentan rasgos muy gallardos, particularmente Pencho, y el interés se mantiene sin decaer en todo el curso de la obra. Algunas escenas, como la final del segundo acto, en que Pencho se delata á sí mismo para librar á María del Carmen del compromiso que, por salvarle, contrajo, producen grande y legítimo efecto, y son eminentemente teatrales.

El desenlace se aparta de lo vulgar; es, en lo que cabe, original, con la originalidad relativa que puede pretenderse en la solución de estos conflictos de amor y celos, que, por haber sido y seguir siendo tema constante de la literatura, han sido ya resueltos de mil maneras diferentes y presentados en multitud de aspectos y combinaciones. Veía yo en él algo que, apartándose de la psicología corriente de las rivalidades amorosas, emanaba de una psicología más sutil y más honda, de la psicología de la renuncia y del desasimiento de las cosas temporales que produce á veces la revelación de la inminencia inevitable de la muerte. Pero he oído que no era este el primitivo desenlace de la comedia, y que la modificación se llevó á cabo en consideración al gusto del público y no á filosofía alguna. De ser así, lo que yo creí ver en aquella escena queda reducido, ó á ilusión subjetiva ó á un efecto casual, que no buscó el autor deliberadamente.

\*  
\* \*

Pasando del Teatro Español, á otro teatro, español también, el de nuestra política, diré, para terminar esta Crónica, algunas palabras sobre los discursos leídos en la recepción del Sr. León y Castillo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.



No me parece bien que la importancia personal y la categoría alcanzadas en el ejercicio práctico de las artes de gobierno, ó del gobierno sin arte alguno, puedan suplir los títulos literarios ó completar los que de suyo son escasos, para ingresar en la Academia de la Lengua. La calidad de orador parlamentario notable es sin duda título para el ingreso, por ser la oratoria un género de literatura no inferior á los escritos. Mas en tierra tan fecunda en oradores como la nuestra, se debe hilar muy delgado en la apreciación de estos méritos, pues las cosas comunes desmerecen por su abundancia, en igual medida que las raras ganan estimación por su escasez.

Tratándose de la Academia de Ciencias Morales y Políticas es otra cosa. Los que han sobresalido en la política práctica tienen allí una representación que á nadie mejor que á ellos pertenece; la representación de la parte experimental, no menos importante que la teórica, en estas ciencias. Si en los ocios que á tales personajes proporcionan las alternativas de la política, les diera por trabajar en corporaciones de este género, su concurso sería indudablemente valioso. El roce con la realidad, la experiencia adquirida, el conocimiento práctico del mecanismo de las instituciones, de la fisiología y de la patología del Estado (de esta última particularmente), les habilitaría para ser colaboradores eficaces, y aun en ocasiones maestros, de los eruditos y los sabios que han estudiado las naciones y los gobiernos más en los libros que en la vida real. Pero, salvo notorias aunque contadas excepciones, nuestros políticos no suelen ser aficionados á la especulación, en el sentido científico de la palabra.

Sucede, además, que los que debieran atender á la práctica, por ser en ella competentes, la olvidan para inspirarse en la teoría, que han frecuentado menos, y los teóricos propenden á su vez á reglamentar la realidad y aun á imaginársela tal como les cuadra, sin detenerse en su estudio, ni saber de ella más que por testimonio ajeno. Afán de visitar países nuevos,



efecto de esa general propensión á apetecer lo que no poseemos y á desdeñar lo que está en nuestro dominio.

Algo de esto ocurre en el discurso del Sr. León y Castillo. No se trata allí de política experimental, sino de política especulativa. Al leerle, parece que se está leyendo á un profesor de Derecho político, que conoce muy bien la teoría constitucional y tiene leídos y sabidos sus autores, pero que no ha sido siquiera alcalde de barrio, ni sabe por tanto la diferencia que hay entre la regularidad geométrica de las fórmulas de los tratadistas y las sinuosidades, asperezas y jorobas que tienen las creaciones de la realidad en este orden de cosas. No se diría que el discurso—bien escrito, y á trozos elocuente—es obra de un político práctico, si no lo declarase la portada.

Discurrió el Sr. León y Castillo sobre la irresponsabilidad del poder real y la responsabilidad de los ministros en los países de representación falseada. Esto de países de representación falseada quiere decir países donde los gobiernos *hacen* las elecciones, y la frase es menos exacta de lo que parece, pues el Parlamento no es la única representación nacional, y además, en los países en que esto ocurre, por no haber en ellos verdadero cuerpo electoral, no necesita el poder ejecutivo falsificar sistemática y totalmente las elecciones, pues la propia atonía é indiferencia de los electores hace que los más, ó muchos cuando menos, estén siempre al lado del que manda. La falsificación parcial se completa con el turno pacífico ó belicoso de los caciquismos locales.

La conclusión á que llega el Sr. León y Castillo es que, falseada la representación, se produce el absolutismo ministerial, desaparece la responsabilidad de los ministros y queda gravemente comprometida la irresponsabilidad del monarca, por lo cual el príncipe, apartándose de la peligrosa máxima:—*el Rey reina y no gobierna*, debe imponer la sinceridad electoral.

Todo esto, al menos por lo que toca á España, está muy bien... para los libros, pero es muy discutible en la práctica.



Apelo del Sr. León y Castillo, académico, al Sr. León y Castillo, ministro. Cuando lo vuelva á ser, comprenderá cuán profunda y verdadera filosofía hay en la frase de Don Juan Tafetán, el de *Doña Perfecta: el absurdo es la razón de mi tierra*. Y todavía se queda corto el personaje de Galdós. El absurdo, en mayor ó menor escala, es la razón de todas partes... sólo que nosotros somos muy razonables.

Filosofar es grato, pero vivir es necesario, y la vida, principalmente la vida política, se compone de incongruencias, de transacciones con lo absurdo, de términos medios y amalgamas de cosas heterogéneas. Pedir sinceridad en las elecciones donde no hay cuerpo electoral es reproducir prácticamente la disputa sobre la precedencia de la gallina ó la del huevo. Se pide la función faltando el órgano. Puede pretenderse que la función creará el órgano, pero ¿quién la ejerce y cómo careciéndose de éste? Hay que resignarse á que se ejerza mal y esperar en la virtud creadora del tiempo, lenta pero segura, cuando no se echa en tierra estéril la semilla.

No es tampoco tan absoluto el absolutismo ministerial. La prensa, cada día más poderosa, las minorías parlamentarias, la opinión pública, lo reducen y restringen mucho. Por el hecho de gobernar no se despojan los hombres de la razón, de la prudencia y de la justicia, convirtiéndose en arbitrarios y tiránicos. ¡Justicia, razón, prudencia!... ¡Palabras!, se dirá. En todo caso, palabras que pesan é influyen mucho.

No suelen hacerlo bien nuestros gobernantes y sería milagro que lo hicieran mejor cuando tantas causas, herencia las más de nuestros disturbios remotos y recientes, coadyuvan á que tengamos mal gobierno. Pero si desaparecieran esos calumniados convencionalismos y en la situación actual de España fuese verdad lo que está escrito en las leyes, y hubiese Cortes y diputaciones y ayuntamientos elegidos sin trampa, lloraríamos, como la vieja de Siracusa, por el tirano anterior. El caos no sería una frase retórica, jubilada ya, del repertorio de los periódicos de oposición; sería una realidad, mucho



más real y verdadera que las elecciones que ahora se hacen, pero también mucho más desagradable, perniciosa y funesta.

Del discurso de contestación del señor marqués de la Vega de Armijo no hay para qué tratar. Es un mediano artículo de periódico, que habla del *referendum*, como podía hablar de cualquier otra cosa.

\*  
\* \*

A otros hechos recientes podría aplicarse también, en algún sentido, la frase de Tafetán: «El absurdo es la razón de mi tierra.»

Varios señores obispos parece que han prohibido el drama *Juan José*, del Sr. Dicenta.

Grande es la importancia que va adquiriendo esta obra, tal vez más por su índole popular que por los verdaderos méritos que tiene. Hay ya un periódico que se llama *Juan José*; con el mismo título é inspirada en el drama va á publicarse una novela por entregas. Los prelados prohíben la obra. No se puede quejar el Sr. Dicenta de que le dejen sus contemporáneos en la oscuridad ó el olvido.

No es que las censuras de la Iglesia sean apetecibles. Pero cuando los señores obispos se detienen en prohibir una obra literaria, que no tiene tendencias dogmáticas ni ataca á la religión, habiendo por el mundo tantos pecados, impiedades y males que combatir con los consejos y enseñanzas cristianas, debe de ser porque juzguen que la tal obra es muy importante y peligrosa para los fieles, y esto puede halagar los sentimientos profanos del autor, si no es extremadamente piadoso, y aun excitar la curiosidad de algunos pecadores, débiles ante le atractivo del fruto prohibido.

Si fuera este otro país, si no rigiera aquí plenamente la frase de Tafetán, creo que los partidarios de la independencia del



arte y de la libertad en la expresión del pensamiento, nada podrían decir contra la resolución de los prelados, sin mostrarse inconsecuentes é intolerantes. El obispo, juez y maestro en su diócesis, está en su terreno, ejercita un derecho y hasta cumple un deber, procurando con sus avisos y advertencias apartar á los fieles de lo que estima peligroso para la fe y para las costumbres. Pero no hay que olvidar la lógica que por aquí gastamos. En esta tierra de fe parece como que se confía muy poco en los medios espirituales. Hay una gran propensión á acudir al brazo secular, á convertir las censuras eclesiásticas en *punición temporal* de los herejes ó pecadores. Y aunque esta punición no pueda ser ya la de otros tiempos, sus formas posibles están en pugna con el espíritu de la época actual y con las ideas de libertad, justicia é independendencia del poder civil que ahora se profesan. De aquí que este género de intervenciones de las autoridades eclesiásticas origine conflictos y despierte animosidades y recelos, con que nadie sale ganando, y quizá no es la Iglesia la menos perjudicada.

Vivimos en tiempos de tolerancia, y la tolerancia es un gran bien para todos. Resucitar las luchas religiosas parece temerario. A la tolerancia de la Iglesia en los Estados Unidos se deben en gran parte los extraordinarios progresos del catolicismo en aquel país, donde es planta nueva. Y al espíritu conciliador y transigente del sabio Papa actual son debidos muchos de los triunfos de su fecundo pontificado.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.



# CRONICA INTERNACIONAL

---

Descomposición del partido republicano español.—Ideas del Sr. Pi y Margall.—Estado del mundo.—Cuestiones coloniales.—Horror á la guerra.—Móviles que me impulsaron á escribir el Manifiesto á los americanos.—Consignación en estas columnas del Manifiesto.—Política internacional.—Predominio de Rusia en la tierra.—Aislamiento de Inglaterra.—La cuestión del Transvaal.—El Dr. Jameson ante los tribunales de Londres.—Cuestión de Bulgaria y de Abisinia.—Grande agitación en Italia.—Terminación.

## I

**L**o hemos visto y apenas damos crédito á nuestros ojos. La extrema izquierda del elemento democrático español, con su jefe á la cabeza y su programa por lábaro, se ha dividido con fragor de las inútiles bandas revolucionarias y se ha francamente acercado al método de la legalidad, después de haberlo puesto como no digan dueñas y haberlo maldecido con excomuniones pontificias en veintitrés años de diarios combates. Un verdadero neologismo han inventado en esta metamorfosis para caracterizar sus propósitos, mal sonante al oído, por poca costumbre de recogerlo entre las palabras usuales, pero muy expresivo de una resolución sistemática en los procedimientos, el neologismo «legalista,» que ahora tiene una circulación limitada, por incipiente, pero que llegará tarde ó temprano á entrar en las costumbres y aún á recibir consagración legal en el Senado de



nuestra Academia. Quien ahora leyera un antiguo documento electoral, aquella tan abominable alocución dirigida por mí el año 76 en Enero, á los heroicos electores de Barcelona, encontraría palabra por palabra las ideas y frases hoy publicadas por los que, olvidando y eludiendo su apellido de pactistas, entran en la vigente legalidad con alardes y entusiasmos nunca sentidos por los que mantuvimos en el creador año 73 la República posible, como después del 73 la democracia legal con sus naturales caracteres históricos, y su propia esencia íntima. Es evidente, de toda evidencia, que las varias agrupaciones democráticas no se distinguen tanto por sus teorías ideales, como por sus procedimientos prácticos. Divídese la democracia, comprendiendo en ella desde las agrupaciones que han gobernado últimamente hasta los que profesan el socialismo y la federal, por este dilema: ó pacífica ó revolucionaria. Y prueba de que no importan las ideas, como importan los métodos, la tenemos al canto. Los krausistas se llaman mucho más avanzados que nosotros, fundadores de las teorías y de las agrupaciones conservadoras dentro de la democracia radicalísima; y sin embargo, prefieren al voto universal el voto cualitativo, resto de las teorías eclécticas, eco de aquellos tiempos en que Guizot, desde la Sorbona ó el Colegio de Francia, y Donoso desde la cátedra del Ateneo de Madrid, proclamaban dogma político tan reaccionario como la soberanía de la inteligencia, oponiéndolo á la soberanía de la nación. Y lo que asevero del voto cualitativo, asevérolo también del concepto federal, que contiene reacciones económicas propias para resucitar el régimen de la tasa y de los gremios, como contiene reacciones regionalistas, de cuyos resultados únicamente podrían aprovecharse D. Carlos y el absolutismo. Después que, por la proclamación de los derechos humanos, se ha realizado la soberanía individual; y de que, por el establecimiento de la magistratura popular llamada Jurado y por la extensión del sufragio á todos los españoles, se ha realizado la soberanía nacional, no se distingue la democracia, tanto por su doctrina,



como por sus procedimientos. Deploro ver á mis antiguos compañeros de gobierno en la República enterados tan tarde, tras veintiún años, de la eficacia del método legal y parlamentario, pues, habiéndolo seguido al iniciarlo yo, acaso adelantáramos en nuestro camino mucho más, y acaso consiguiéramos cosecha mucho mayor de principios democráticos, aunque no ha sido escasa la últimamente atrojada; pero nunca es tarde, si la dicha es buena; y yo, alejado del Parlamento y del gobierno para siempre, desde mi humilde condición de publicistas, debo ayudar á los legales contra los revolucionarios, al federal de Madrid contra el federal de Cartagena, repitiendo á este que una revolución jamás fué obra de una secta, sino de una época, cual una tempestad jamás fué obra de una botella eléctrica, sino de aéreas y celestes corrientes magnéticas; por todo lo cual debe aprender la democracia, no á subvertir y subvertirse, sino á gobernar y á gobernarse.

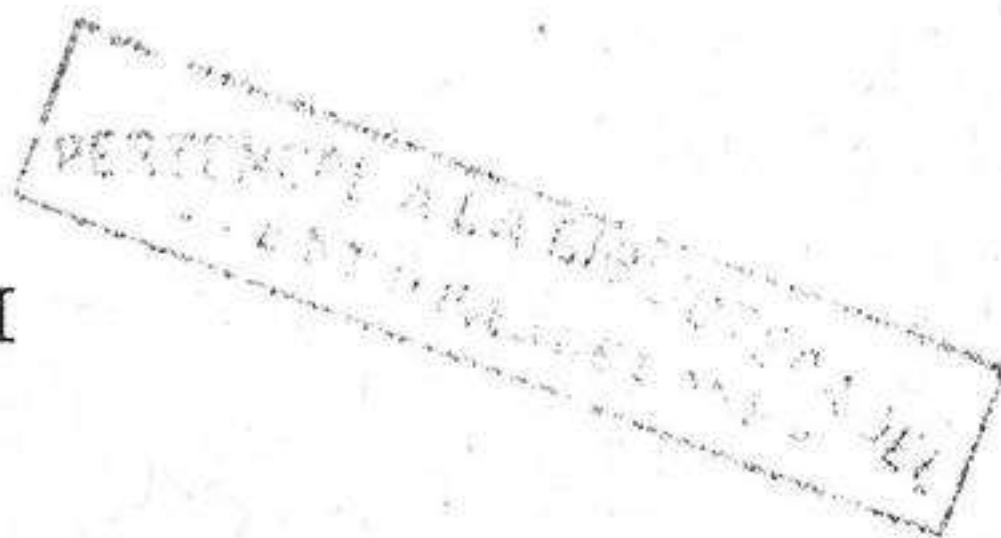
## II

No hay más que cuestiones coloniales en el mundo: los franceses tienen la cuestión de Madagascar, los italianos la cuestión de Eritrea, los alemanes la cuestión del telegrama de su emperador al presidente Kruger, los ingleses las cuestiones del Transvaal y del Cabo, los españoles la cuestión de Cuba, los rusos la cuestión de Corea, como si el eje de la política se hubiera separado de nuestra Europa y quedaran sus dos polos en el Oriente y en el Occidente extremos pasando todo él por los mares, y no como antaño, por el continente nuestro, que ha ejercido una soberana hegemonía en el planeta por espacio de siglos y más siglos. ¡Cuántas consecuen-



cias intrincadas traen tales gravísimos hechos y cómo andamos sobre todos ellos con el temor de que alguno estalle y abra volcanes asoladores en el suelo é incendie los aires con apocalípticas tempestades. Nada me repugna y me subleva en el mundo como la guerra, necesitada de organizar sus fuerzas en un verdadero despotismo; esgrimida siempre con violencia y siendo esencialmente un mal, aunque vuelva por el bien; olvidada por completo de todas aquellas nociones del derecho humano sin las cuales no tienen precio alguno la vida y vuelven las sociedades al período de los caníbales como si reinaran aun sobre nosotros los dioses del odio, los dioses antropófagos cuyas narices se abrían como las narices de los tigres al hedor de la sangre, cuyo exterminador espíritu encerrado en cielos de tinieblas se gozaba con los holocaustos cruentos y los sacrificios humanos.

## III



Odiando yo por tal suerte los horrores de la guerra, ya comprenderéis cómo habrá conmovido y angustiado mi espíritu el horror de la presente guerra civil en Cuba y el horror de la probable guerra internacional con los Estados Unidos. Yo comprendo y explico, aunque lo deplore, combatir á sangre y fuego en el continente de lo pasado como Asia ó en el continente de la barbarie como Africa; pero no comprendo, no puedo comprender guerras civiles ó extranjeras en los dos continentes de la luz y de las ideas, en América y Europa, comprendiendo menos un choque mortal entre ambos, que sería tan terrible sobre la inmensidad del Océano como el choque de dos cuerpos celestes en la inmensidad del espacio. Viejo



republicano, constante demócrata, liberal de abolego, he prestado culto á las instituciones americanas toda mi vida y puesto entre los nombres de mis devociones laicas á los héroes de la libertad, de la República, de la democracia en el Nuevo Mundo. Hanlo reconocido y recordado así en estos angustiosos momentos los periodistas y escritores de la grande América del Norte, dirigiéndose á mí en demanda de un pensamiento y de un verbo sobre la probabilidad y las consecuencias de una guerra, entre nuestras dos naciones. Las Revistas, *El Faro* y *El Norte*; los periódicos *El Herald* y *El Voorld* y *El Journal*, diputados y senadores, varias corporaciones hanme dirigido tantas consultas que me creí en la necesidad imprescindible de poner un cablegrama circulatorio, con quinientas ocho palabras inglesas, cuyo texto español copio aquí á la letra. Héles hecho, pues, á los americanos las debidas reflexiones sobre su temeridad en las líneas siguientes:

#### IV

Decisme, americanos, que América escucha mi palabra. Creílo un tiempo. La vejez hame traído este desengaño: no me oís. Yo afirmé que nunca reconoceríais la beligerancia de los facciosos cubanos, y todavía creo que, siendo tal acto incumbencia del presidente, no lo realizará éste y le daréis el apoyo de vuestros afectos republicanos y por ende pacíficos. Así no vulneraréis, como vulnera vuestro Parlamento, el derecho internacional con declaraciones de beligerancia que atacan el principio de no intervención proclamado por la democracia toda y amenazan la integridad y la independencia de nuestra España. Si apoyarais al Parlamento, tendríamos que aborre-



ceros, porque ser patriota es amar y aborrecer como ama y como aborrece nuestra patria. Imposible oiga vuestro primer magistrado á las Cámaras. Llamar ejércitos á facciosos sin disciplina y sin ley; Estado y gobierno á cabecillas sin residencia posible; Congreso á juntas nómadas sin domicilio conocido; escuadras á barcos filibusteros sin filiación y sin bandera, derogando así todos los principios del humano derecho para cohonestar una impertinente ingerencia en conflictos de nuestra privativa soberanía y para fomentar una revolución criminal, funda todas sus esperanzas en el auxilio extraño y á extraños quiere sujetar la Isla en su mentido esfuerzo por una independencia ilusoria, y arremete contra la nación madre de todas las naciones americanas, es un error y un crimen colectivos, tan enormes, que habríais de pagarlos carísimos vosotros, si lo perpetran vuestros representantes, pues no pueden tolerar ni Dios, ni la humanidad este cesáreo y despótico atentado de la fuerza bruta y del interés mercantil á la justicia universal.

## V

Quiere trastocaros vuestra oligarquía belicosa de pueblo trabajador en pueblo guerrero por tristes resoluciones, que suman todas las violencias de una conquista armada con todas las perfidias de una diplomacia cartaginesa. La república conquistadora perecería en América como pereció en Grecia por Alejandro, en Roma por César, en Francia por Napoleón. Y perecería más pronto esa república conquistadora, si chocase con un pueblo inconquistable, como el pueblo español, á quien importan un ardite veinte años de guerra. Pero no habrá guerra entre nosotros, hermanos por los vínculos de la



Historia toda y de las instituciones democráticas. Franklin, Washington, Lincoln, esos bienhechores de la Humanidad, no pueden trocarse, no, en Jerges, en Faraon, en Atila, esos azotes de Dios. La Flor de Mayo, que todos los republicanos bendecimos, como saludan la rosa mística de sus letanías los devotos, no puede soportar un riego de sangre, ella que llevaba los peregrinos ansiosos de aplicar el sermón de la montaña y sus bienaventuranzas al nuevo mundo social.

## VI

Volved en vosotros, como habéis vuelto durante los conflictos con Inglaterra, no se diga que retrocedéis ante los fuertes y arremetéis con nosotros porque somos débiles. Pues no lo somos, porque se han engañado todos cuantos, al creerlo así, nos han agredido, estrellándose contra un valor, cuya principal cualidad no está en el coraje, sino en la constancia. Y además no estaríamos solos. Al vernos el mundo desacatados por nuestros hijos de América, se sublevarían los afectos paternales de todos los corazones humanos y harían por los españoles, padres de la civilización americana, lo que hicieran por los helenos y por los romanos, padres de la civilización europea. La presencia de España en las Antillas recuerda que fuimos los reveladores del nuevo mundo, como la presencia en Filipinas recuerda que fuimos los reveladores de todo el planeta. Bien estamos, pues, donde estamos. No queremos nada más ahí; pero tampoco queremos nada menos.



## VII

Y no invoquéis la doctrina de Monroe, desconociéndola y falseándola. Esta doctrina se revuelve contra la reconquista de América por Europa; mas reconoce la posesión secular de los territorios europeos en ese continente, y con especialidad del territorio antillano. No puede haber ni un continente solo, ni un pueblo solo. Y esas Antillas, separadas del continente nuevo y tendiendo al antiguo, representan la unión entre América y Europa, como representaban los archipiélagos griegos la unión entre Europa y Asia. Resulta, pues, un interés europeo el que las Antillas sirvan de comunicación entre los dos continentes y de áncora firme á la estabilidad del planeta. No estáis aislados en el mundo. Como todos los pueblos industriales, necesitáis cambiar, y mejor mercado encontraréis en Cuba española que en Cuba colonia vuestra, que no podríais someter, ó en Cuba presa de las enfermedades consiguientes á una imposible independencia, que no podría conservarse.

## VIII

Y Cuba es una democracia como España. Os lo dice quien pertenece á una generación, la cual ha suprimido la trata, la esclavitud, la intolerancia religiosa, el antiguo régimen colo-



nial, y ha proclamado libertades que nos admiran y nos envidian todos los pueblos del mundo. Y casualmente hase erguido la insurrección parricida en Cuba, cuando acabábamos de dar leyes liberales por voto unánime de todos los partidos y nos preparábamos á concederle con amplia descentralización el gobierno oportuno de sí misma bajo nuestra gloriosa bandera y la posible libertad mercantil. Vosotros habéis nacido para descargar el cielo de asoladoras centellas, no para forjarlas y menos para blandirlas. Convivamos en paz. Cuando por el *Virginuis* tuvimos la gran dificultad con vosotros, el más sublime senador vuestro, el abolicionista inmortal, mártir de la libertad, oponiéndose á la guerra en el Capitolio, dijo que si América concluía con la República en España, sucederíale lo mismo que le sucedió á la segunda república francesa cuando mató la república romana. Y vuestras Cámaras votaron un mensaje, reunidas en Congreso, aclamaron la República y la nación españolas. No somos hoy una República, pero somos la democracia más liberal de todo el viejo continente. Y á nuestra patria no podéis arrancarla de América, porque si esa tierra se hundiese en el Océano, sobre las ondas brillarían las estelas de nuestros descubridores navíos y en aquellas solitarias brisas eternamente sonaría el nombre de la creadora España.

## IX

Está pasando un fenómeno, que pocos advierten, y que influye con influencia soberana sobre todos: el aumento de la prepotencia moscovita en el mundo. Llámase al predominio de un territorio sobre las demás de cualquiera región hegemonía desde las edades, en que hubo la guerra del Peloponeso



por la superioridad política ó moral disputada entre Atenas y Esparta sobre toda Grecia. Pues Rusia no ejerce hoy hegemonía sólo sobre nuestra Europa; la ejerce desde los muros de China hasta los mares de Cádiz, la ejerce indisputablemente sobre todo el viejo mundo, mayor, mucho mayor, que la ejercida por los Estados Unidos sobre todo el Nuevo. Que Francia dispuso de Europa desde los días primeros de la centuria expirante hasta el año 14, por medio de Napoleón; que disputaron los reyes y emperadores del Norte desde la batalla de Waterloo en el año 15, hasta la cuádruple alianza en el año 34; que desde la cuádruple alianza entre Inglaterra y Francia y Portugal y España hasta la terrible catástrofe de Sedán, disputaron franceses é ingleses, según lo demuestran en la guerra de Crimea como la guerra de Italia y en la guerra de Italia como la guerra de China; que desde la catástrofe de Sedán hasta la retirada de Bismarck dispuso Alemania de todos nosotros no cabe duda de ningún género, pues son fases del tiempo las así caracterizadas que se hallan reconocidas por todos cuantos estudian y conocen la historia contemporánea. Pero como lo más difícil va siendo el conocimiento de los hechos diarios, apenas enlazados unos con otros en la viveza y multiplicidad de nuestras emociones personales, impeditivas de toda sistematización regular, nadie nota cómo anda Rusia, cual no se nota casi cómo anda el tiempo y no se nota nada cómo anda el planeta. Mas, miradlo: un veto suyo ha detenido los japoneses en su marcha triunfal y los ha sacado, no obstante victoriosos, de la Mandchuria vencida; otro veto suyo ha destruido la influencia de Austria en los Balkanes y logrado que príncipes tan católicos como el hijo de un Orleans y de una Parma bauticen al primogénito de sus amores en la religión oriental más ó menos ortodoxa búlgara, feudo religioso y político ya de la santa Rusia; otro veto suyo ha hecho que Inglaterra desistiera de sus pretensiones acerca del régimen favorable á la pobre Armenia y ha repuesto al sultán sobre su trono despótico cuando parecía casi depuesto; una maniobra



suya se ha incautado del gobierno de Corea, constituyendo esta península misteriosísima so el protectorado ruso indirecto contra todos los esfuerzos y maniobras del Japón; demostrando así que Rusia crece hasta posesionarse de dos continentes amenazando á los occidentales con la realización de aquella profecía del emperador Napoleón, quien anunciaba en las previsiones del mirar suyo de águila que para la próxima centuria Europa sería ó republicana ó cosaca.

## X

Así comprendo yo que Inglaterra se halle muy embargada por estos terribles síntomas del avance ruso y se aperciba con todos los medios posibles á procurarse un seguro venidero y una defensa enorme. Bien lo necesita, pues Rusia, que le iba cerrando antes por tierra desde las mesetas centrales del Asia tártara todos los caminos á Persia y á China y á India, se le cuela de rondón ahora en el mar y en el río Amarillo, disputándole con su largo cetro territorial el poderoso tridente oceánico. Mas no se duerme Inglaterra en las pajas. Fortalecida por el más potente factor de influencia que puede imaginarse, por su oro, y teniendo á su disposición aquella fuerza de que no pueden disponer ya los Estados, ni en Europa, ni en América, un presupuesto con superábit, no solamente ve crecer sus escuadras, sino aparejarse y moverse con una grandeza y una rapidez inexplicables. Tanto su ministro de las Colonias, Chamberlain, como su ministro de la Marina Goschen, aseguran, y no mienten, haber llegado el poder colonial y el poder marítimo de la Gran Bretaña en el mundo á términos que parecen soñados. Pero esta grandeza le suscita dificultades y conflictos



no envidiables en las cinco partes del globo, muy propios para quitar el sueño á sus estadistas con frecuencia. Cola de cometa siniestro extiende la cuestión del Transvaal desde las riberas del Cabo hasta la desembocadura del Nilo y desde la desembocadura del Nilo hasta las orillas del Támesis. El grande africano Rhodes, una especie de Yugurta europeo, reinando so el regio manto y la imperial corona de Victoria, su reina, entre republicanas denominaciones y amaños, no se contenta y satisface, tras haber tendido á los pies de su ilustre soberana dominios innumerables y mapas que parecen como inscritos en los fantaseos de *Las Mil y una Noches*, no se contenta y satisface con esta obra fantástica, la cual cree pobre y pequeña en comparación de la intentada para lo futuro, y pretende acrecentarla, si quier en este acrecentamiento alguna vez tropiece con obstáculos invencibles y haga correr á la metrópoli, con su emperatriz y todo, riesgos ó daños gravísimos. Los que conocen á este hombre, muy extraordinario, le atribuyen, al par de una codicia por el oro sin límites, una tan grande ambición que le suponen capaz de arrancar la corona cedida por necesidad á la reina, y coronarse, ó César de un Imperio negro inacabable, ó Cronwell de una República. Pero las gentes británicas, muy satisfechas del magno esfuerzo que supone todo esto en su patria y gente recelan dos cosas: bien un escándalo colosal, en cuya comparación quede lo del Panamá cosa baladí, bien una sarta de complicaciones intercontinentales como la surgida últimamente con el emperador alemán, en las que recaiga sobre su patria una responsabilidad tan enorme como la de haber encendido en el planeta una guerra, cuyos estragos pueden dar al traste con todas las grandezas de nuestra ilustre civilización y con todos los productos del trabajo universal. Y hay para temerlo, y mucho, visto lo visto, visto lo que ahora mismo está sucediendo entre Inglaterra y el Transvaal.



## XI

Las peregrinaciones emprendidas por los jefes de las colonias del Cabo y al Cabo próximas, encierran tal número de instructivas enseñanzas, que no debemos, ni desatenderlas, ni descuidarlas, si deseamos comprender el complicadísimo asunto. Desde luego el explorador y gobernante, á quien los ingleses idolatran, este célebre Rhodes, cuyo nombre no podemos elidir un instante, por sus obsesiones al gobierno y al pueblo de Inglaterra, se había partido de sus Estados como reo, por causante de la última perturbación y vuelve á sus Estados cuando no ha podido aducir excusa de ningún género como vencedor. Después de haber sido el general y jefe supremo en la triste aventura del médico Jameson; después de haber tirado la piedra esconde la mano; y se reduce todo el castigo que le han impuesto á un viaje más ó menos cómodo por aguas y arenales más ó menos extensos, y á una conversación larga con el superior jerárquico más ó menos embarazosa. En cambio el instrumento de sus maniobras, el verdugo cumplidor de sus sentencias, el cabecilla de sus irrupciones, Jameson, va preso desde el Transvaal á Inglaterra como reo de lesa nación y lleva consigo presos también y sometidos á la justicia histórica los que componen el ejército roto que tantas pesadumbres acaba de dar á Inglaterra y tantos males ha podido inferirle. Y se ha dado el rarísimo ejemplo de que mientras la policía los vigilaba y las cárceles se abrían á su paso para recibirlos y por ende penarlos, el pueblo les ofrecía palmas al paso y les atronaba los oídos con vítores. Vestían los insurrectos vestimentas ceñidas á su cuerpo en



Africa y ostentaban las pruebas de convicción que debe atraerles el justo castigo. Y no solamente ostentaban todo esto, sino que hacían un relato casi homérico de sus hazañas, ennegreciéndose la conciencia y la memoria con la incomprensible jactancia de crímenes que no han cometido y de muertes que no han hecho. Doscientas ochenta víctimas se imputaban á su voluntad y á su nombre tan gárrulos criminales; y el gobierno á quien asaltaban y que los ha vencido no quiere la gloria consiguiente á un tal extraordinario esfuerzo y se venga con no haber tenido necesidad del sacrificio ni de una docena entre soldados suyos muertos y heridos para salvarse del tremendo enemigo. Mas sea de todo esto lo que quiera, si así reciben los ingleses al vencido, entre loores y aleluyas, ¿no puede recelar el vencedor que lo reciba á él entre denuestos y silbidos? Sin embargo, el íntegro y estoico Kruger, que hizo un viaje tres lustros ha, sacudiendo en él una parte de las obligaciones que le impusiera la gran Bretaña, se dirige hacia Londres en requerimiento de nuevas garantías, por las cuales puede presentar él en fianza un régimen más antinómico para los uitlanderes y una participación más activa en el gobierno municipal para los ingleses que hoy explotan aquellas minas y que desistirán de proteger nuevas invasiones en cuanto alcancen una mayor libertad. Dondequiera que por grandes transacciones políticas se recaba un progreso pacífico y seguro, allí están siempre con sus adhesiones deliberadas y continuas, así nuestro corazón como nuestro pensamiento.



## XII

Terminemos esta extensa revista deteniéndonos ante dos hechos capitalísimos, como son las transformaciones de Bulgaria y las guerras de Abisinia. Desde que mataron á Stambouloff, único estadista búlgaro capaz de comprender cómo Bulgaria no merecía el nombre de nación, si pasaba desde su antigua servidumbre bajo los otomanos á servidumbre nueva bajo los moscovitas; desde tal suceso comprendimos que la rusificación de los Balkanes tardaría poco tiempo, apoyada directamente por Francia contra sus propios intereses, é indirectamente por Alemania contra los intereses de la Triple Alianza. La inclinación á Rusia del primer ministro Stoilloff, la embajada del metropolitano Clemente á Petersburgo, la ida del príncipe Fernando á Roma en pos de imposibles coonestaciones del catolicismo heredado con su apostasía próxima, el bautizo de su primogénito Boris por la mano del exarca Joseph, los padrinzos de una comisión moscovita representando al gran padrino, al Czar, la proclama de Fernando como feudatario del sultán y su reconocimiento en esta humillación por todas las potencias, enseñan cómo se ha rusificado Bulgaria; y esta rusificación enseña cómo hay un imperio extendido desde la Península coreana en estos meses últimos hasta la helénica Macedonia. Todo hubiera podido temerse del Coburgo adscrito á la humilde monarquía búlgara menos que apostatara de la religión católica y volviese las espaldas al Austria después de haberse casado con una rica infanta parmesiana, tan devota de los Papas romanos como de los viejos Hapsburgos. Los escritores, dispuestos á excusar cuanto los



reyes hacen, recuerdan la célebre apostasía del renegado Enrique IV y la comparan á una con esta reciente apostasía de un Coburgo-Borbón. Pero Enrique IV apostató para que no reinaran en Francia los hijos de Felipe II y el imperio español no se dilatase desde las aguas del Danubio hasta las aguas de Gades, sin contar sus dominios en todo el mundo conocido; y Fernando Coburgo apostata para que se dilate un imperio como el de Nicolás II, que va provocando las iras mil veces despertadas en la sucesión de los siglos por los aspirantes al dominio universal del planeta. Y los triunfos indirectos de Rusia son ya tan graves como los mismos triunfos directos. Y triunfo indirecto suyo es la campaña del Nego abisinio contra el ejército de los italianos en Africa, porque Rusia protege al vencedor so pretexto de ser el único rey africano de nuestra religión y pertenecer esta religión cristiana, ó brazo de la religión cristiana en el árbol de nuestras creencias, á la religión oriental como la propia iglesia moscovita. Y lo de Africa trasciende mucho á Europa, y lo que sucede por Algali, por Makallé ó por Kasala repercute muchísimo en Italia, donde los ministerios á una oscilan y las Cortes con los ministerios al empuje de los telegramas eritranos. Así, viendo allí los ministros de Hacienda que la guerra puede traer aparejada la ruina, y alarmados por la terrible perspectiva de un Tesoro agotado y un presupuesto exhausto, se han decidido por convocar las Cortes, convocatoria muy combatida por Crispi, que quisiera presentarse al Parlamento, no con una dificultad aumentada, sino disminuida, merced á lo cual ha resistido cuanto ha estado en su mano las sesiones amenazadoras y los debates borrascosos. Pero las Cortes italianas se congregan en pésimas condiciones. Pocas veces he cerrado estas revistas bajo un dolor tan intenso, pues veo entrar en muy malos caminos á Europa y siento sobre mis ojos cargados por el insomnio la electricidad terrible de una voraz guerra. Encontrábase aquí próximo á cerrar estas reflexiones, cuando el telégrafo me comunica la desgracia de Italia en Abisinia, su general



Baratieri vencido, diez mil de sus soldados muertos, las fortalezas próximas al sitio del desastre cercadas, los bárbaros aullando sobre la matanza y el exterminio, las manifestaciones en el pueblo italiano al saberse tal caso revistiendo carácter de revoluciones, el pueblo romano indignadísimo hasta maldecir á sus ministros como fieras de caza, las gentes echadas á los caminos para impedir la salida de tropas, y así la realeza como el rey pasando por tan espantosa crisis que nadie se maravillaría de ver triunfante la República en aquella desgraciada península. Si recorréis mis revistas, no podrán maravillaros tales sucesos, porque mil veces os he dicho que la demencia de su guerra en Africa traería una irreparable catástrofe á la infeliz Italia.

EMILIO CASTELAR.



## LA PRENSA INTERNACIONAL

---

### Los locos fuera de los manicomios.

Uno de los modos más antiguos de asistir á los locos consiste en colocarlos en casas de familias particulares. Existe en Bélgica, quizá desde el siglo VII. La leyenda de Santa Dinfna hacía conducir á Gheel desde tiempo inmemorial á los enajenados, con la esperanza de una curación milagrosa. Situábanse los locos en una dependencia de la iglesia, *Ziekenkamer* (aposento de los enfermos), para presenciar las ceremonias religiosas que debían sanarlos, gracias á la intercesión de la santa virgen y mártir. Cuando los enfermos no habían recobrado la razón después de la primera novena, dejábaseles á menudo en el domicilio de los habitantes del pueblo, para que aguardasen hasta la próxima fiesta de la patrona.

Aquella usanza parece ser el origen del método de asistencia en familia seguido en Gheel desde varias centurias ha, el cual sufrió algunas modificaciones desde que está sujeto á la vigilancia administrativa.

Gheel es una ciudad de 5.000 almas, sita en la Campine, antiguo departamento francés de Deux-Nèthes. Su término municipal comprende veintidós poblados, seis de ellos con parroquia, que aumentan cerca de 6.000 habitantes la población. Ese municipio, que abarca una superficie de más de



10.000 hectáreas, es uno de los mayores de Bélgica. En 1840 contenía ya 717 enfermos, pero su número ha aumentado muchísimo de entonces acá; el director de la Colonia, doctor Peeters, dice (1) que en 1.º de Enero de 1894 comprendía un total de 1.875 enfermos: 1.005 hombres y 870 mujeres. Estas cifras pueden servir para caracterizar el desarrollo de esa institución y colegir su importancia.

Los enfermos llevan en Gheel vida común con los dueños de la casa donde están hospedados, participando de la mesa y de los recreos de las familias de éstos. En la calle, lo mismo que en casa, el demente goza de completa y absoluta libertad, mientras no causa escándalos ni desórdenes. Nadie hace corro para ver los ademanes incordinados de algunos; hasta los chiquelos, acostumbrados ya á ese espectáculo, pasan de largo sin volver ni aun la cabeza. Los locos toman parte en los trabajos de la casa, en las faenas domésticas, y ayudan á la guarda de los niños que los padres les abandonan sin la menor desconfianza. Compréndese que este sistema de aislamiento en medio de personas cuerdas es más favorable que el aislamiento en los asilos en medio de otros locos, entre los cuales no se desarrolla nunca ningún sentimiento de cariño.

Son excepcionales los malos tratos por parte de los hospederos, y esto no debe causar sorpresa: no sólo está acostumbrada desde hace largo tiempo la población necesitada de Gheel á la asistencia de los locos, sino que los hospederos viven bajo una vigilancia permanente. Aparte de la administración que sostiene varios funcionarios especiales, ejércenla los mismos enfermos, los demás hospederos no exentos de envidia, los habitantes que no representan ningún papel en la institución, pero que se interesan por el buen orden, y los forasteros que circulan libremente por todo el término municipal.

La administración, por su parte, provee ampliamente á la

---

(1) Peeters: *La situation actuelle de la colonie de Gheel*. (*Bulletin de la société de médecine mentale de Belgique*, Setiembre de 1894.



vigilancia oficial, que se ejerce: 1.º, por la Junta superior, compuesta del gobernador de la provincia como presidente, el promotor fiscal del distrito, el juez municipal, el alcalde y un médico nombrado por el gobierno; 2.º, por una comisión permanente de vigilancia, compuesta de cinco miembros, dividida en la actualidad en dos secciones que hacen sus visitas por separado. El secretario tiene el encargo especial de velar por el buen arreglo de los alojamientos. El médico-director ve dos veces por año á todos los enfermos. Los médicos principales y sus auxiliares visitan, por lo menos, una vez al mes á los enfermos incurables y una vez por semana á quienes presentan alguna posibilidad de curarse. Los enfermeros guardianes de sección, en número de ocho, deben circular todo el día en la que están de servicio, visitar las habitaciones y asegurarse noche y día de que se trata á los enfermos conforme disponen los reglamentos.

El mayor número de los locos colocados en Gheel son indigentes; pero hay cierto número de pensionistas que pagan un precio convenido, el cual puede elevarse hasta cinco ó seis mil francos. Estos enfermos están sujetos á la vigilancia médica y administrativa de la colonia. Puede decirse que el patronato familiar ha llegado á ser en Gheel una industria local. Casi todos sus moradores, excepto los más ricos, se encargan de cuidar enfermos, y con mucho gusto tomarían más de dos si lo permitiese el reglamento. Como los propietarios tienen interés en que los inquilinos puedan alojar pensionistas que garantizan el alquiler, la mayoría de las casas nuevas están dispuestas de modo que contengan dos habitaciones para pensionistas. Hay siempre gran número de aposentos disponibles, lo cual permite á la administración hacer mudar de posada á los enfermos en cuanto se advierte un abuso.

Al llegar los locos á la colonia, ingresan en la enfermería, donde se les pone en observación durante algunos días. En el mismo edificio entran también los locos atacados por enfermedades intercurrentes, y los que se han hecho culpables de ac-



tos de insubordinación. Por término medio, contiene de sesenta á sesenta y cinco enfermos, la mayor parte hombres, por estar más propensos á desarreglos de conducta.

Aun cuando la colonia de Gheel ha sido juzgada desfavorablemente por gran número de extranjeros, y en particular por los franceses que la habían visitado, la administración belga estaba lo suficiente satisfecha de aquélla para proponerse desarrollarla. Pero, la colonia de Gheel presentaba un grave inconveniente: está situada en pleno país flamenco; excepto en la ciudad, no se habla el francés; y las costumbres, tanto como la lengua, difieren de las del país walón. El inspector general de los asilos de locos del reino, comprobó por sí mismo que existen pocas simpatías entre los flamencos y los walones, los cuales están completamente fuera de su centro en Gheel. Pues bien; á principios de 1884, la colonia de Gheel contenía cerca de quinientos enfermos walones «realmente desterrados en su propio país». Esta circunstancia, unida á la plenitud de los asilos, imponía la necesidad de crear una colonia en el país walón.

Esta colonia se inauguró el 19 de Abril de 1884 en Lierneux, provincia de Lieja, con el envío de cuatro enfermos procedentes de Gheel. Esta colonia se ha desarrollado con rapidez. Cuando la visité en 1887, daba asilo á 181 locos (1). Por aquella época, una mala casa de pueblo bastaba para desempeñar el papel de enfermería, y demostraba que puede intentarse la fundación de una colonia sin gastos previos de ninguna especie. Después se ha construido una enfermería análoga á la de Gheel; y la colonia, en el mes de Junio de 1894, contenía 392 enfermos, 265 hombres y 167 mujeres. A pesar de algunas vacilaciones al principio, los hospederos se han puesto con rapidez al corriente de sus funciones, y esa rápida evolución no ha dado margen á ningún incidente notable.

---

(1) C. Féré: *Le traitement des aliénés dans les familles*, 2.<sup>a</sup> edición, 1893.



La asistencia en familia de los locos, tenida por irrealizable en Francia, como lo hizo constar oficialmente una comisión del Senado, desarrollábase, no sólo en Bélgica, sino también en Escocia, donde se practica en una forma un poco diferente. Era objeto de ensayos favorables en América, sobre todo en Massachusetts y Wiscousin, y hasta en Australia. Tentativas del mismo género se han hecho en Alemania: en 1892, la ciudad de Berlín asistía á 339 locos colocados en familia en la colonia de Dalldorf (1). Desde 1837, habían aparecido en la *Revue scientifique* varios artículos favorables á esta institución; pero hasta 1891 no dió comienzo una información hecha por la Diputación provincial del Sena acerca de este asunto, dando por resultado el acuerdo de crear en Dum del Auron (departamento del Cher) una colonia destinada exclusivamente á dementes seniles (2).

Hay en la actualidad en la colonia de Dum más de ciento veinte enfermos, entre los cuales es cortísimo el número de hombres. Desde unos dos años ha que comenzó la colonización no ha ocurrido ningún accidente. En general, hospederos y pensionistas están recíprocamente satisfechos unos de otros. El sistema, no sólo tiene la ventaja de endulzar la suerte de los enfermos, sino también la de producir importantes economías á la Administración. En primer término, suprime los gastos de construcción de un manicomio, ó sean 3.000 francos por cada loco, antes de todos los cuidados que éstos requieren; y después realiza un cuantioso beneficio desde el punto de vista del precio de cada estancia diaria.

Hasta ahora, en principio, sólo se admiten allí dementes seniles, idiotas é imbeciles, y se tiende á no colocar más que mujeres. La experiencia será incompleta mientras no se acuerde asistir allí á los dos sexos y á enfermos de otras vesanias.

(1) A. Bothe: *Die familiare Verpflegung Geisteskranker der Stadt Berlin zu Dalldorfenn den Jahren 1885 bis, 1893.*

(2) C. Féré: *Le patronage familial en France.* (*Revue scientifique*, 894, 2.<sup>a</sup> serie, tomo II, pág. 235.)



Los muy satisfactorios resultados que ya se notan en Dum, bastan para demostrar que la realización de la asistencia en familia es fácil en Francia, como lo fué en Bélgica. El régimen familiar, no sólo es un modo de asistir á los enfermos; la experiencia enseña que quizá sea un modo de tratarlos terapéuticamente. Los últimos documentos publicados acerca de Gheel indican una proporción de curaciones de más del 20 por 100; y hasta en Dum mismo se ha visto que la vida al aire libre y en libertad ha sido capaz de aliviar á enfermos enviados allí como incurables.

La hospitalización y el tratamiento de los locos de clase acomodada en las casas particulares llamarían la atención de los poderes públicos acerca de un asunto que no ha pasado inadvertido en otros países, y es: que la inspección oficial, no sólo debe tener la mira de impedir los abusos contra la libertad individual, sino que también debe asegurarse de que las condiciones materiales en que vive el pensionista son cual corresponden al precio de la pensión que paga. Los locos tratados en común en los manicomios, debieran ser también objeto de la misma provechosa medida. La vigilancia del Estado en todo cuanto concierne á los locos, no puede tener más que un propósito: el de impedir la opresión, sea bajo la forma que ésta fuere.

Se impone con tal urgencia esa necesidad de protección, que para realizarla se han propuesto los medios más radicales. Como las sospechas son naturalmente contra los manicomios no oficiales, en los que priva el interés particular, hase propuesto en serio suprimirlos. No pasa ningún año sin que se haga algún esfuerzo en esa dirección (1). Es cierto que si en los manicomios públicos fuese inmejorable todo, dicha medida pudiera reclamarse con urgencia. Pero, fijándose un poco más, pudiera preguntarse si, puesto el Estado en

---

(1) J. W. Corbett: *Ought private lunatic asylum to be abolished?* (*The Westminster Review*, Octubre de 1894, pág. 309.)



posesión del monopolio del tratamiento de los locos, sabría siempre suministrar médicos y administradores que valiesen más que otros productos de la industria oficial, y si en sus establecimientos tendría suficientes garantías la vigilancia. Es de temer que las familias con recursos para pagar y que viesen la imposibilidad de hacer intervenir con eficacia los médicos de su predilección, harían todos los esfuerzos imaginables para torcer la ley, y á menudo lo conseguirían. En espera de la edad de oro para los locos en los manicomios oficiales, lo sensato es acoger todas las medidas de vigilancia capaces de perfeccionar los elementos de competencia libre. Una buena organización del patronato familiar, acaso pueda contribuir á ese perfeccionamiento.

DR. CARLOS FÉRÉ.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el  
LICENCIADO PERO PEREZ.



## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

---

**Congrès international pour l'étude des questions relatives au patronage des condamnés, des enfants moralment abandonnés, des vagabonds et des aliénés. Auvers, 1894.—*Première partie, documents; deuxième partie, discussions.*—Dos volúmenes, Amberes, 1894 y 1895.**

**H**ablado de los niños, del abandono en que suelen hallarse muchos de ellos, de las consecuencias de este abandono, de la necesidad de protegerles y de las instituciones que para semejante fin existen en algunos Estados, ha dicho doña Concepción Arenal, la eminente escritora cuyos trabajos fueron siempre el resultado de una superior inteligencia y de un firmísimo y hondo sentimiento de humanidad: «No hay cálculos más errados que los del egoísmo, ni medio más seguro para una sociedad de hallar su provecho que cumplir con su deber.»

Esta profunda verdad, que tan en contradicción se halla con la manera de ver de la generalidad de las gentes, con las creencias vulgares, con las concepciones de aquellos para quienes el deber y la utilidad andan reñidos, y con la doctrina de la lucha brutal por la vida, del interés personal y de la concurrencia; esta verdad, que más ó menos clara y reflexivamente percibida, ó sólo presentida, va por dentro de todas las corrientes humanitaristas, filantrópicas, societarias y *solidaristas*, es una verdad que cada día se ofrece con evidencia mayor á los ojos de los espíritus superiores, de aquellos que



estudian las cosas como deben ser estudiadas, con criterio y sentido realistas, y que por estudiarlas de esta suerte pueden apreciar entre las mismas sinnúmero de conexiones en que ordinariamente no paramos la atención.

A lo cual obedece el nacimiento y propagación, de vez en vez mayores, de instituciones protectoras de los débiles, necesitados, oprimidos; instituciones, ya privadas, ya públicas, que son el más elocuente testimonio de que, así la conciencia del individuo como la de la sociedad, se van dando cuenta de que es imposible «hallar provecho sin cumplir con el deber», ó lo que es lo mismo, de que hay muchas fuerzas que no deben descuidarse ó ser eliminadas al conjuro de una mal entendida selección, sino que deben ser utilizadas, favoreciendo al efecto su desarrollo, encauzándolas por las vías convenientes, rectificando sus torcimientos, purgándolas de la herrumbre que las consume infructuosamente. Cuanto más inteligentes son los hombres, se hacen más previsores, y la previsión les enseña que, por propio interés, por verdadero egoísmo, por conveniencia, por *justicia* en suma, no tan sólo por generosa abnegación y por altruismo, deben cuidar de fortalecer á los débiles de hoy para poder mañana emplearles en cosas útiles; deben primero sembrar y cultivar para recoger luego.

De las más eficaces en este orden, por su amplitud, por la contribución que á la misma aportan las personas (de uno y otro sexo) más ilustradas y caritativas de los diferentes países, por lo que influye sobre las legislaciones, es la acción del Comité internacional de patronato de los niños moralmente abandonados, de los presos y libertados de la cárcel, de los vagabundos, de los alienados, sordo-mudos, epilépticos, etc. Este Comité, cuya sede permanente se halla en Amberes, ha celebrado ya dos Congresos internacionales, el primero en 1890 y el segundo en 1894. Las *Actas* de este segundo Congreso, publicadas hace poco, son una prueba bien clara de lo que dejamos dicho en las observaciones precedentes.

Comprenden dichas *Actas* dos volúmenes, en el primero de



los cuales, titulado *Documentos*, se incluye el cuestionario del Congreso, los acuerdos de éste, la lista de sus miembros y las ponencias presentadas al mismo sobre las distintas cuestiones, y en el segundo, *Discusiones*, un largo extracto de las que tuvieron lugar sobre los varios puntos, tanto en las cuatro secciones en que el Congreso estaba dividido (1.<sup>a</sup>, protección de la infancia; 2.<sup>a</sup>, protección de los presos y libertados de la cárcel; 3.<sup>a</sup>, protección de los vagabundos, mendigos y alienados, y 4.<sup>a</sup>, derecho penal), como en las sesiones generales del mismo. Además, contiene este segundo tomo dos anexos ó apéndices, con las ponencias presentadas en la sección de señoras y con la relación de las fiestas y excursiones realizadas por los congresistas.

Ni la índole de la publicación de que se trata consiente hacer en poco espacio una recapitulación de las doctrinas desparramadas en la misma, y, como es natural, muy repetidas, ni tampoco lo permite la extensión que con ello habría necesidad de dar á esta nota. Baste decir que todas ellas se inspiran en los sentimientos ego-altruistas de que poco antes hemos hablado.

P. DORADO.

---

**L'opera di Valle di Pompei e la riforma morale dei carcerati, per l'avv. comm. Bartolo Longo. Valle di Pompei, 1895.**

**Quaranta figli di carcerati, per l'avv. comm. Bartolo Longo. Valle di Pompei, 1895.**

En estas dos publicaciones, presentadas al Congreso penitenciario internacional de París, últimamente celebrado, por el autor de las mismas, Sr. Longo, se expone el carácter, aspiraciones medios y procedimientos de que se hace uso y re-



sultados que se han obtenido en una de esas instituciones protectoras á que en la nota anterior hemos aludido, á saber: la institución creada y sostenida en el Valle de Pompeya por el abogado Sr. Longo, para recoger, educar, dar carrera, profesión ú oficio y hacer personas socialmente útiles á los infelices hijos de los presos, así como también para influir sobre el espíritu de estos últimos, mediante alivios de todo género, singularmente por medio de publicaciones y consuelos morales y por el medio efficacísimo, aunque indirecto, de hacerles saber que sus hijos están amparados y libres de la miseria y la ignorancia.

Ambos libros, impresos en la tipografía de la casa y por los asilados mismos, están muy documentados, con la historia de los niños recogidos, sus antecedentes, comportamiento, etc., y con la multitud de cartas enviadas al director de la institución desde las cárceles por los presos, por los directores, los capellanes de los lugares de pena, y por otras personas. En la circular con que el Sr. Longo ha remiti sus obras á los congresistas de París, expone sus propósitos al enviarlas, y condensa los resultados obtenidos en su labor filantrópica. «El primer libro—dice,—con la abundancia de arrepentimientos y de cambios conseguidos en las conciencias de los más duros delincuentes, le hará ver qué frutos obtiene sobre los presos la propaganda que parte de este Valle de Pompeya, donde se siente tanta compasión por sus hijos. El segundo le mostrará, con la prueba irrefutable de la experiencia, que, á pesar de todas las afirmaciones que se hagan en contrario, no hay tendencia innata ni herencia criminosa que pueda resistir á la enérgica fuerza de una educación racional.»

¿No es esto altamente consolador? ¿No podrá decirse que comienza la humanidad á ver claro en un problema (el del tratamiento racional de la delincuencia, parte á su vez del problema más general de la protección á todo necesitado y débil) en que ha venido hasta ahora procediendo á oscuras, dando palo de ciego, y por lo mismo causando más daños que



---

beneficios, aunque para ello se haya invocado y se invoque el nombre de la *justicia*?

P. DORADO.

---

**Über die sozialen Aufgaben der Rechtswissenschaft.** (Sobre la función social de la ciencia del derecho), por el Dr. Antón Menger, Rector de la Universidad de Viena.—Un volumen: 30 páginas.—Viena y Leipzig.—Wilhelm Braumüller, 1895.

El Sr. Menger, profesor de derecho en la Universidad de Viena y hoy rector de la misma Universidad, es un jurista, en el recto sentido de la palabra, educado en el estudio del derecho á la manera clásica, que se interesa desde el punto de vista de las ciencias jurídicas, por las graves cuestiones sociales, que tanto apasionan en nuestros tiempos. No es, pues, nuestro autor uno de tantos economistas, como por esos mundos se esfuerzan por convencernos, de que la gran crisis social, es una crisis puramente económica, y que todo está en procurar una mejor división de los medios materiales de goce. El Dr. Menger, trata de relacionar, y aun de armonizar y fundir, las ideas sociales, que poco á poco se han venido produciendo en el espontáneo *devenir* de las necesidades humanas, fuera de las estrechas instituciones del derecho positivo, con las ideas fundamentales del derecho, que la tradición ha cristalizado en las grandes creaciones del derecho histórico de los diferentes pueblos, bajo el influjo especial del Derecho romano. El primer intento de realización de estos propósitos del Dr. Menger, y que puede considerarse como una de las primeras tentativas de aplicación de las ideas sociales á la jurisprudencia de los pueblos cultos, está en su trabajo publicado en 1886 y titulado: *Das Recht auf den vollen Arbeits, estrag.*



*El derecho al producto íntegro del trabajo.* Posteriormente expuso sus ideas de un modo más amplio y comprensivo, en una hermosa crítica del proyecto de Código civil para el Imperio alemán. (*Das Bürgerliche Recht und die besitzlosen Volksklassen. El derecho civil y los pobres*), del cual se han publicado algunos capítulos en español (1), y que espero poder publicar íntegro en todo el presente año.

El folleto, cuyo título va al frente de estas líneas, y el cual es la oración leída como Rector, por el Dr. Menger, al inaugurar en su Universidad el presente curso académico, contiene en breves páginas, las ideas fundamentales de su autor, acerca de la relación entre el derecho como ciencia y la vida social. Empieza en él recordando la crítica más general y más dura que contra el primer proyecto de Código civil para Alemania se lanzó por casi todos. De él se dijo que no tenía ningún carácter *social*, esto es, que sus autores, hombres de ley y de derecho, no se habían preocupado con las nuevas relaciones de la vida económica, con los pobres en suma, resultando así un código favorable á las clases privilegiadas. La crítica, sin duda justa en general, no lo es desde el punto de vista de la técnica del derecho; hecha por juristas, la crítica, según Menger, resulta infundada; sus autores podrían responder con razón, que la falta, más que al Código puede atribuirse á la misma ciencia del derecho alemana, que no se ha preocupado tampoco con el aspecto *social* de las relaciones jurídicas. Los redactores del Código civil no podían *inventar* el derecho, tenían que recoger y sistematizar en un cuerpo, el resultado histórico de la jurisprudencia formada, y esta jurisprudencia, aun en las naciones más cultas, no ha tenido en cuenta, en lo más mínimo, las exigencias de los tiempos. La idea, muy fecunda sin duda del Dr. Menger, recuerda á su modo la profundísima de Savigny, cuando se oponía á la ne-

---

(1) V. *El Derecho y la Sociología contemporáneos*. Un tomo, publicado por LA ESPAÑA MODERNA.



cesidad y sobre todo á la oportunidad de los Códigos en su época (1). Un Código, no puede formarse cuando se quiera—aunque nuestros leguleyos opinen que puede codificarse toda con que así se lo proponga una comisión cualquiera—sino cuando las circunstancias lo permitan, y entonces, como el derecho que se quiere codificar es sistemático de un modo espontáneo, y tiene hondas raíces en la conciencia nacional, y fórmulas orgánicas en la ciencia y en la lógica jurídica, el código no suele hacerse, porque no se echa de menos. De todos modos, y esta es la idea del Dr. Menger, que tiene su raíz en la de Savigny, el derecho que se sistematiza en código, no debe ni puede ser obra de un momento; el jurisconsulto debe encontrarla definida y formulada en la vida y profundizada y reflejada en la ciencia. Ahora bien; si el Código alemán había de ser expresión definida, fácil, orgánica, del derecho positivo, no podía tener un carácter *social*, porque *lo social*—es decir, el nuevo criterio real con que las relaciones humanas se van definiendo por obra de las transformaciones económicas, políticas, morales, etc.—no ha penetrado decididamente en la ciencia del derecho, ni la ciencia de derecho se ha preocupado con ello.

Y es que no siempre se ha visto, ni ahora se ve con toda claridad, la tarea propia de la ciencia del derecho. La ciencia del derecho, dice el Dr. Menger (pág. 4), si quiere llenar cumplidamente su función, debe perseguir un triple fin: debe atender de un lado á una necesidad del presente; debe, por otra parte tener fija su vista en el pasado y preparar en fin por su esfuerzo también el porvenir. La necesidad del presente la satisface la *ciencia del derecho* ó jurisprudencia *dogmática*, sistematizando los principios jurídicos actuales, colmando las lagunas de la aplicación, codificando, etc., etc. Lo referente al *pasado* del derecho, es decir, la investigación del origen de

---

(1) V. el hermoso libro *La Vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho*, publicado por LA ESPAÑA MODERNA.



las instituciones jurídicas, de su desenvolvimiento hasta presentar su enlace con las actuales, es obra de la *ciencia del derecho histórico*. Las consideraciones que el Dr. Menger hace aquí acerca de la misión de la historia del derecho, de su objeto y alcance (págs. 8-18), son interesantísimas; su punto de vista crítico de la escuela histórica muy original y digno de estudio. Por último, la preocupación del *porvenir* en la ciencia del derecho corresponde á la *Jurisprudencia legislativo-política*. ¿Cómo? comparando los materiales transmitidos por la historia con el estado social actual, haciendo que el pasado y el presente se compenetren, á fin de poder señalar las modificaciones jurídicas que el porvenir demanda.

Hoy por hoy, de estas tan grandes tareas y de sus ciencias respectivas, prevalece en el derecho la *dogmática*. El derecho se toma en el sentido dogmático como ley, como regla positiva. No suele verse el carácter jurídico de actualidad de la historia del derecho, ni menos suele considerarse dentro del derecho la función política, en cuanto aquel debe penetrar por la vida toda y desentrañar su espíritu jurídico.

De ahí el abandono denunciado del aspecto *social*, de las relaciones humanas actuales, y el divorcio que se advierte entre el derecho de los juristas y los grandes fenómenos económicos, que parecen desprovistos de carácter jurídico. El Dr. Menger se esfuerza por señalar esto que tan brevemente indico, y se esfuerza sobre todo por ponderar la *misión social* de la ciencia del derecho, que consiste en observar con cuidado el flujo y reflujo en la fuerza y en la importancia de las diversas clases, para deducir las conclusiones en cuanto á las formas que el derecho debe revestir en el porvenir.

Y siento, en verdad, no poder extractar aquí algo más de lo mucho bueno que el interesante discurso del Dr. Menger contiene. Pero sería preciso transformar esta ya larga *nota* en verdadero artículo. Por lo demás, espero que con lo expuesto quede de relieve lo que en el discurso del Dr. Menger importa más, á saber: el *sentido*, la *tendencia*, algo, en suma, que se reco-



mienda por igual á los juristas que creen el derecho *contenido* en los Códigos ,y á los economistas y sociólogos al uso, que no se acuerdan del derecho cuando formulan sus pretendidas soluciones á los problemas de *justicia* humana que sin descanso estudian.

ADOLFO POSADA.

---

**Colectivismo, comunismo y socialismo en derecho positivo español.** (Ensayo de un plan), por Joaquin Costa; 1 foll., 32 páginas. 1895.

No se trata de un libro, ó mejor de un folleto, escrito en forma discursiva, seguida. Como su mismo autor dice, su estudio es el *ensayo de su plan*, y la forma bajo que se nos presenta, es la de un programa, por epígrafes, á modo de indicadores, ó de guías de lo que cabe hacer y de lo que—y esto ya es mucho—*se puede* hacer, trabajando en serio en la inexplorada cantera de la historia patria, acerca del tema que lleva por título el folleto. Pero no vaya á creerse, que por tratarse de un simple programa, la obra del Sr. Costa es obra de poco más ó menos. Nada de eso. El que con cuidado lea el concienzudo *ensayo* del ilustre historiador de los Celtíberos, verá lo que supone, verá lo que tras de aquellas indicaciones y de aquellas fórmulas escuetas hay de seguro: un conocimiento vastísimo, como pocos tendrán, de los antecedentes filosóficos del comunismo, colectivismo y socialismo, y sobre todo, de los antecedentes específicos que en la tradición y principalmente en toda clase de documentos legales existen, para poder formar una historia muy completa de tales cuestiones en España. Aunque en la forma de un programa, de un simple cuestionario, la obra del Sr. Costa, es un verdadero trabajo de *in-*



*formación* erudita, llena de preciosísimos datos, que allanan el camino y facilitan extraordinariamente la tarea del futuro historiador del socialismo en España.

Y voy á dar brevísimas ideas del contenido del folleto. En primer término indica el Sr. Costa una Introducción; consta ésta de tres párrafos; dos de ellos de muchísima importancia; uno refiérese á las fuentes, otro, que es el más importante, contiene, en muy pocas palabras, la idea que el Sr. Costa tiene del valor especial de la investigación histórica del derecho, no sólo como estudio del pasado, por lo que el pasado es, y para descubrir las tendencias fundamentales de la vida jurídica, sino para penetrar en el espíritu del pueblo, para *proveer* de materiales positivos á la ciencia—quizá pudiéramos decir á la filosofía—y para *guiar* al legislador (que buena falta hace).

La exposición del programa, fuera de la introducción, hállese dividida en cuatro partes en esta forma: *Primera*, colectivismo y comunismo; se contiene en ella una indicación preliminar de carácter histórico doctrinal, al efecto de determinar las nociones del colectivismo y comunismo y de señalar los antecedentes de estas nociones en España.—Siglo XVII.—Luego expone el Sr. Costa—señalando siempre la fuente y la indicación del fenómeno histórico en sus caracteres particulares—las diferentes formas del colectivismo y comunismo de que se encuentran rastros en las fuentes: Bienes de comunidad (bienes concejiles, tierras labrantías comunes, pastos comunes, montes comunes, pesquera común, etc.); Trabajo en común (recolección de frutos, cultivo del suelo, ganadería cooperativa, sociedades cooperativas de producción, etc.); Otras formas de propiedad y trabajos colectivos (muy nutrido é interesante con indicaciones de variadas formas de aprovechamientos colectivos en las diferentes comarcas españolas); El Estado industrial (agricultura y ganadería, pesca, minas y salinas, molinos y tierras, fábricas y manufacturas, correos y telégrafos, ferrocarriles, cárceles, baños públicos, crédito, giro, depósito y cambio, juego, rifas y lotería); el Estado comerciante (comer-



cio sin monopolio, con monopolio, tasas, etc.); derecho al trabajo (vagos y mendigos válidos, jornaleros sin trabajo, inválidos, desamparados, etc.): Formas de comunismo y colectivismo total (comprende aquí el Sr. Costa datos de especialísimo interés, que convendría muy de veras ampliar y explicar).

*Segunda parte:* Socialismo de Estado, esto es, todas las diversas formas con que el Estado, quizá mejor el gobierno, ha intervenido en la vida, en la actividad, en el trabajo y en la propiedad privados. Comparando el contenido de esta parte con el de la anterior, se llega á ver clara, por la historia, una distinción que no suele hacere tan claramente por la filosofía. Refiérese tal distinción, á las formas del *socialismo*, en estricto sentido, y á las de colectivismo y comunismo, que pueden implicar una organización social, en la que el Estado—ó el gobierno, es decir, el órgano del poder público—nada hace. Pero volvamos á la indicación del contenido del trabajo del Sr. Costa: respecto del socialismo de Estado, señala: el Estado disponiendo de la propiedad privada y concejil, tutela de mayores, seguro por el Estado, reglamentación del trabajo, policia de artes y oficios de los siglos XIII-XVIII y desigualdad ante la ley. La *última parte* del folleto, titúlase cambio de régimen, por la vía legal y por la vía de revolución social.

Tal es el ligerísimo bosquejo, lo que se contiene en el programa del Sr. Costa. Sólo nos toca, después de lo dicho, hacer fervientes votos para que el Sr. Costa mismo, por sí solo, ó con la colaboración de los que sienten la afición por estos estudios, realice su programa, y nos encontremos algún día con esa importantísima parte de la historia patria hecha. Amén.

ADOLFO POSADA.



**Burgos en las Comunidades de Castilla** por Anselmo Salvá, cronista de Burgos.—Un vol., 189 págs. Burgos, Librería de Santiago Rodríguez, 1895: su precio 3 pesetas.

El autor de este libro, persona sin duda competente en la historia de Burgos, se propone dilucidar, con el auxilio de los numerosos documentos que existen en el archivo municipal de la noble ciudad castellana, la intervención de Burgos en las contiendas de las Comunidades de Castilla. Como la conducta de este pueblo en aquellos «célebres y tremendos sucesos de los comuneros» se ha juzgado «más bien en contra que en favor de los burgaleses»; el Sr. Salvá quiere demostrar que no, por entender que hay en los indicados documentos pruebas suficientes de que Burgos «obró en conciencia, sujeto á la ley, atento á sus fueros, con sincero y entusiasta patriotismo y con intenciones nobles y pacíficas enteramente cristianas». Del estudio que de las fuentes hace el citado Sr. Salvá, y que constituye el contenido entero del libro, infiere que aun cuando Burgos no siguió la misma línea de conducta que las demás poblaciones confederadas, no por eso se le debe censurar, antes bien, merece aplauso de la historia, porque tal conducta fué favorable «para la dignidad, la lealtad, la rectitud y el espíritu de independencia que hace distinguir siempre á la ciudad cabeza de un reino...»

Quien no merece el aplauso del Sr. Salvá es el rey Carlos I. Comparando su conducta con la de la ciudad castellana exclama: «¡Ojalá se pudiera formar un juicio parecido de la conducta del rey D. Carlos I! El rey de España agravió al principio á los pueblos, por convenir así á sus negocios; se



rindió luego áBurgos, acaso porqueBurgos le hacía falta, trató más tarde de desagraviar al reino, cuando vió que en él ardía una guerra... y no se mostró muy clemente ni muy generoso, así que sus amigos le regalaron el triunfo y le aseguraron el dominio.»

ADOLFO POSADA.



LA LITERATURA  
CASTELLANA Y PORTUGUESA

---

SEGUNDA PARTE

---

CONTINUACIÓN

Este *Romancero* es notabilísimo porque, comparado con las colecciones anteriores, conserva la más patente imagen de cómo desde mediados del siglo xvi hasta principios del xvii la poesía romancesca desde la esfera del pueblo, en que se mantenía, halló cada vez más entrada en las más elevadas, llegó á ponerse de moda y fué cultivada por los poetas eruditos; ganó en perfección técnica, es cierto, pero alejándose más cada día de su antigua sencillez, naturalidad é ingenuidad (1). Los más antiguos editores habían procu-

---

(1) Ya es tiempo, por lo tanto, que no se sigan citando las «Flores» y el «Romancero general» como el más rico almacén de la poesía *popular* española. Durán ha caracterizado muy bien estas colecciones (l. c., II, página 684): «En las dos últimas décadas del siglo xvi, ya nuestro romance »era *puramente artístico* y apropiado á tratar *toda clase* de asuntos... Las referidas colecciones (á saber: las «Flores» y el «Romancero general»)... »representan el romance *tal cual* fué en las dos citadas últimas décadas del »siglo xvi, y, por consiguiente, al que de *popular se hizo artístico* y *tal* »como se lo devolvieron al pueblo los grandes poetas que de él lo recibieron.» Por esto nosotros, en la «Primavera», no hemos admitido *ni un solo* romance de *estas* colecciones.



rado dar importancia á sus colecciones de romances, que todavía no se habían puesto en moda, bajo el título que entonces se recomendaba más, de «Cancioneros», esto es, libros de canciones artísticas; pero todavía sus colecciones apenas contenían más que romances legítimos, no sólo en cuanto á la forma, sino también en cuanto al contenido y al tono, que, aun cuando no fueran cantares populares, por lo menos estaban compuestos al modo popular, en los que predominaba, en una palabra, la objetividad y el elemento épico. Ahora servía ya de recomendación el título «Romancero general»; los romances habían llegado á obtener tal favor que, como se ha dicho, eruditos y poetas, cronistas y cortesanos hacíanlos á porfía, escribiendo los unos moralidades é intrigas, los otros efectos é intrigas de su corazón en el «estilo» de romances; pero precisamente por esto habían llegado á ser estos una mera forma, un simple vestido de moda; se habían encontrado con que el *paletó*, el hombre del pueblo, había conservado un traje muy á la antigua española, muy cómodo; se lo vistieron, aunque se llamaba todavía, según su origen *paletot*, pero ya no era un legítimo sayo de aldeano, pues si bien le había quedado algo del corte, la forma era más elegante, la tela más fina, adornado de terciopelo y seda, y sobre todo latía bajo el vestido otro corazón, de otros placeres y otras penas movido, placeres y penas que interesaban al poeta casi exclusivamente. Por eso, el contenido del Romancero general está formado en gran parte de cuadros de situaciones, expansiones del sentimiento, en una palabra, canciones en que predomina la subjetividad y reina el elemento retórico lírico, canciones que sólo tienen la forma exterior de romances, y son tan esencialmente diversos de aquellos antiguos y populares, como del simple aldeano el señor á la moda ó el cortesano, aun cuando éste lleve un vestido de corte de paletó y el *cayado* pastoral ó el *alfange* morisco. Pero porque esta transformación de la poesía romancesca



era una consecuencia necesaria de su trasplante á otra esfera y de su cultivo artístico, no podían ser ya «generalmente aprobados» aquellos antiguos y sencillos romances, puramente objetivos, por donde se explica suficientemente el ya notable fenómeno de que el «Romancero general» no repita romances de más antiguas colecciones. Por el contrario, hállanse en él, á pesar de su título, poesías puramente líricas, no compuestas en forma de romances, como canciones, letras, letrillas, glosas sueltas, chaconas, lyras. Contiene pues, no sólo muchos romances cómicos y satíricos (1) (entre ellos *ensaladillas*), sino también muchos, que hacen chacota ó del hacer romances en general ó del hacerlos de un género determinado, ironía que es la señal más segura de una dirección que ha llegado á su punto culminante, ó de una forma que ha llegado á quedar fuera de la realidad actual (2).

(1) Entre los satíricos es notable el romance dirigido contra las estrafalarias modas de trajes que había en el año 1593, 6.<sup>a</sup> parte, fol. 198: «Premática nueva del año de 93 á los cuellos y excesivos trajes de España», en el cual prueban que, en efecto, se empezaban á llevar á *la morisca*, los pasajes siguientes:

«Dejad ya los respuntados,  
Lechuguillones fruncidos,  
Diferenciados en sedas,  
Que es *traje de los moriscos*.  
.....  
Quiten ya los chapiteles,  
Compuestos con bucarillos:  
Dejen que traigan *las turcas*  
Los tocados muy subidos.»

(2) Así es que se halla entre los romances satíricos uno dirigido contra esta moda que entonces reinaba de nuevos géneros de romances (11.<sup>a</sup> parte, fol. 384; empieza: «Qué se me va á mí que el mundo»), romance que caracteriza tan bien el contenido del «Romancero general», indica con tanta precisión el nacimiento de muchos géneros como los de los romances moriscos y pastoriles; expresa tan ingenuamente las opiniones de los poetas eruditos de poesía romancesca, y es tan interesante, por lo tanto, no sólo para la historia de esta colección, sino para la de la poesía roman-



\* 14) *Segunda Parte del Romancero general y Flor de diversa Poesía*. Recopilados por Miguel de Madrigal. En Valladolid, por Luis Sánchez. Véndese en casa de Antonio García: 1605, en 4.º La licencia es de 20 de Octu-

cesca en general, que voy á insertarlo aquí casi íntegro, tanto más, cuanto que, hasta hoy, ninguno de los modernos editores de romances ha fijado su atención en él. El intento del poeta es defender los romances pastoriles, y, sobre todo, los que van bajo el nombre de «Belardo», gran número de los cuales se contienen en el «Romancero general», pues, como no se cuidaba del gusto de los demás, quería que no se combatiera el suyo, y después que ha presentado este tema en las doce primeras cuartetas refiriéndolo á las nuevas modas de trajes, pasa á las modas de romances, citando en parodia los principios de los más gustados de aquel género:

Qué se me da que Belardo,  
Caballero en una yegua,  
Se vaya á casar alegre  
Con su Filis al aldea.

Ni que se haga hortelano  
En las huertas de Valencia,  
Ni cortesano en la corte,  
Ni pastor allá en la aldea.

Qué se me da á mí que Azarque  
En Ocaña viva ó muera,  
Desterrado de Toledo,  
Por celos que el rey le tenga;

Ni que dejando el armada  
De su rey á Baza vuelva,  
A buscar su Felisalva,  
El sobrino de Zulema.

Qué se me da á mí que Audalla  
Vaya la vuelta de Thebas,  
Ni que con tres mil jinetes  
Reduán corra la tierra.

Qué se me da á mí que pida  
Para su zambra licencia,  
Ni que Bravonel aloje  
Su compañía en Tudela.

Qué se me da que el Zegri  
Diez años en una cueva  
Se sustente oomo bruto  
De frutas verdes y secas.



bre de 1604. En el *Privilegio*, fechado á 12 de Noviembre de 1604, se dice: «Por quanto por parte de vos, Miguel de Madrigal, estudiante, nos ha sido fecha relacion, que vos auia des compuesto y recopilado un libre intitulado

No se me da que el forzado  
De Dragud en las galeras  
Esté de noche y de día  
Amarrado á una cadena.

Qué se me da que de espacio  
El cordobés se entretenga,  
Cantando con su bandurria,  
Ni que lllore Melisendra.

Ni que rabiando de celos,  
Antes que el cielo amanezca,  
Deje Maniloso á Ronda  
Lleno de cifras y letras.

Ni que esté un cautivo ausente  
Donde se acaba la tierra,  
Y el mar de España principia,  
Llorando lágrimas tiernas.

No se me da, finalmente,  
Que en Granada hagan mil fiestas  
Los moros, y que mañana  
Higos y buñuelos vendan.

Que salgan á jugar cañas,  
Vestidos de mil maneras,  
Ni que traigan alquiladas  
En sus zambras las libreas.

Ni que cuando el sol se ponga  
Salga de Venus la estrella,  
Y que el potro rucio ande  
Echando brincos y piernas.

Qué se me da á mí que Tajo  
Corra por do suele apriesa,  
Ni que se meta en dibujos  
El uno y otro poeta.

Que zapateros y sastres  
Todos quieren tener vena,  
Ni que un asno tire coces,  
Si con ninguna me acierta.

Sólo no puedo sufrir,  
Que una maliciosa lengua



lado Segunda parte del Romancero general y Flor de diversa Poesía, en el qual auidades puesto mucho estudio y trabajo», etc. Sigue la dedicatoria sin fecha: «A Doña Catalina Gonçalez, muger del Licenciado Gil Remirez de

Ose murmurar, sabiendo,  
Que hay gustos de mil maneras.

Que tengo por ignorante  
Y que está cerca de bestia  
Quien en materia de gustos  
Sólo su opinión aprueba.

Porque cada cual escribe  
Lo que le dicta y enseña  
En su idea el pensamiento  
Con fantásticas quimeras.

Pues sabed que las ficciones  
Son de causa que nos fuerzan  
*A disfraces los sujetos,*  
No por falta de materia,

Sino porque en un sujeto  
Hay mil cosas encubiertas  
Que nos impiden las causas,  
Y no es justo que se sepan.

No porque le falte al Cid,  
Ni á Don Pelayo, Fruela,  
A Bernardo, ni á otros muchos,  
Quien bien decir dellos sepa.

Y ansí como sus hazañas  
Son historias verdaderas,  
Tienen muchos escritores  
Que en España las celebran.

Y porque para escribir  
Romances, coplas y letras  
*De tan sabidas historias*  
*Es menester menos ciencia.*

Pues un *ficto pensamiento*  
Arguye más elocuencia,  
*Mayor ingenio* descubre,  
*Más saber* y más prudencia,

Y *sin mirar al objeto*  
Se advierte de un *buen poeta*  
*El estilo, el pensamiento,*  
*El concepto y la sentencia.*



Arellano, del Consejo supremo de su Magestad.» iv y 224 hojas (1).

El sobrescrito del fol. 1, dice así: «Segunda parte del Romancero general. En la qual se contiene mucha variedad de Romances, y otras Rimas, que nunca hasta aora han sido impresas.» Y así es; esta colección contiene de hecho *mucha variedad* de romances, no solamente abigarradamente entremezclados, sino también con poesías puramente líricas de «otra» forma (como letras, endechas,

---

Y pues queda mi argumento  
 Probado en esta matsria,  
 No es bien que de los que escriben  
 Nadie á murmurar se atreva,

Y en especial de Belardo,  
 Pues sabed que es cosa cierta,  
 Que son célebres sus obras  
 Y que el mundo las celebra.

Nadie dudará en realidad de esta última expresión, cuando sepa que bajo el nombre de «Belardo» escribió muchos romances pastoriles, aún de los que se hallan en el «Romancero general», Lope de Vega. Pues es lo cierto que muchos de los romances contenidos en el «Romancero general» son de Lope de Vega, Cervantes, Góngora (al que probablemente se cita aquí bajo el nombre de el «Cordobés») y de otros famosos poetas de aquel tiempo, que, por razones personales, ó por moda, se ocultaban bajo aquellos *disfraces*, y cuyos romances, como producto artístico, no les hacían avergonzarse, pero que eran, como es natural, diametralmente diversos en origen, intención, contenido, espíritu y tono de los antiguos populares.

(1) Nic. Antonio (s. v. Petrus de Flores) y muchos que han escrito después de él han dicho equivocadamente que también esta «Segunda parte» fué vuelta á editar en 1614 por Pedro Flores; pero sólo existe de ella *una* edición, que aumenta aún más su rareza. Algunos, aunque sin razón, han considerado esta colección de Madrigal, como perteneciente á la *segunda* parte de las «Flores de poetas ilustres», de Espinosa, obra que apareció el mismo año y en la misma oficina; pues ya el título, y más aún el contenido, la señalan como una continuación del «Romancero general» y de las «Flores», á cuyo contenido es análogo el suyo en espíritu, tono y forma, en tanto que se diferencia de las flores escogidas por Espinosa de la lírica puramente artística de los «poetas célebres», y cuyos nombres consta.



juguetes, ensaladas, etc.), que *nunca habían sido impresas*, pues son *recién hechas*, sea por el «estudiante», el mismo Miguel de Madrigal, sea por sus contemporáneos, y por él *recogidas* tan sólo (como se dice en el privilegio que se le concedió: «que vos aviades compuesto y recopilado»). Hasta con respecto al carácter de los romances, se llama con razón esta *segunda parte* del primeramente dicho «Romancero general». También los romances aquí contenidos llevan más ó menos el sello *artístico*, con todas sus ventajas en la técnica y todas sus desventajas en la comprensión subjetiva, diferenciándose tan sólo esta colección de aquélla en que contiene relativamente menos romances moriscos y más históricos y caballescicos, es decir, tomados de materia histórica, tradicional ó caballescica, de crónicas, antiguos romances populares ó libros y poemas de caballerías, trabajado todo esto á título de tema en variaciones lírico-retóricas. Así es que se hallan aquí muchos romances que se pueden colocar por su materia en los círculos de leyendas del rey Rodrigo, de Bernardo del Carpio, de los Siete Infantes de Lara, del Cid, etc.; pero tomando de éstos tan sólo un hecho aislado, una situación para pintarla en descripciones de aparato externo ó en cuadros de estados de sentimiento y de ánimo, y preferentemente para exornar los *discursos* de los personajes con un alarde de patético declamatorio (1). Hay, sin embargo, entre los romances históricos de esta colección, muchos que tienen por asunto sucesos *contemporáneos*, como, por ejemplo, cuatro romances al casamiento de Felipe III con Marga-

---

(1) Muy á menudo empiezan semejantes romances con un discurso, y al concluir éste es cuando se nombra á la persona que lo ha tenido; bastando ya esto sólo para caracterizarlos como romances modernos y más artísticos, pues aquí no es el suceso ó hecho la cosa principal, sino la situación ó el sentimiento, dentro de la cual se forma la concepción, desde el punto de vista de la subjetividad.



rita de Austria en el año 1598 (fol. 28, 29, 52, 66); un romance al triunfo de los españoles sobre los franceses en la batalla naval de la isla de San Miguel el año 1582 (fol. 70; v. Mariana: «Hist. gen. de Esp.» publ. y cont. por D. José Sabau y Blanco. Madrid, 1820, 4.º, tomo xvi, pág. 100). Los romances concluyen ya en la primera mitad del tomo; pues desde el fol. 117 hasta el 120, hay «Enigmas diferentes» (poesías para emblemas) en redondillas (en el fol. 120 hay un «Fin de los Romances y Enigmas»); y del fol. 121 al final contiene tan sólo poesías meramente líricas, descriptivas ó satíricas en otras diferentes formas, como octavas, sonetos, canciones, tercetos, liras, elegías, cartas (entre estas últimas, fol. 207, una satírica de Lope de Vega con la respuesta de Liñán, fol. 210).

15) *Juan de Ribera, nueve romances*, s. l., 1605, en 4.º (Pertenece propiamente á la clase de las hojas volantes.) Así citada por Böhl de Faber en su «*Floresta de rimas antiguas castellanas*». No parece, sin embargo, ser Ribera el autor, y por lo menos no lo es de todos estos romances; pues de los dos que sacándolos de ahí nos comunica Böhl de Faber (tomo 1, n. 124 y 142), se presenta el último, como tema glosado, en el extracto más arriba mencionado del «Cancionero general» de 1552, con este añadido: «Glosa hecha... á cierta parte de un romance viejo» (1).

\* 16) *Romances de Germania de varios autores, con su vocabulario al cabo por orden del a. b. c., para declaración de los términos de la lengua, compuestos por Juan Hidalgo*. Barcelona, Sebastián Cormellas, 1609, en 12.º

(1) No hay duda, por el contrario, acerca de la siguiente obra: «Primera parte de Romances nuevos nunca salidos á luz, compuestos por Hierónimo Francisco de Castaña, natural de Zaragoza», Zaragoza, 1604, contiene romances compuestos sólo por el autor mismo (véase la edición de Huber de la «Crónica del Cid», pág. LXXIX).



Repetidas veces tirado en Zaragoza, Juan de Larumbe, 1624, 1644, 1654, en 12.º Finalmente, con la siguiente adición, indicada ya en el título «El discurso de la expulsión de los gitanos», que escribió D. Sancho de Moncada, y los Romances de la Germania que escribió don Francisco de Quevedo. Madrid, por Ant. de Sancha, 1779, en 8.º (Esta nueva edición es la única que posee la biblioteca imperial de Viena.)

El editor dice en el prólogo «al curioso Lector» que estos romances gitanos (esos Germánicos romances) recopiló y compuso en parte por pasatiempo, y en parte para utilidad de los oficiales de justicia, para que adquirieran conocimiento de las costumbres y lengua de los maleantes. Entre estos romances se halla uno que, si bien con importantes divergencias, se presenta ya en la «Rosa de Amores», de Timoneda («De Toledo sale el Jaque»). En éste y en muchos de los romances picarescos que aquí ocurren, como en general en muchos cómicos, se parodia el verso inicial de un antiguo romance popular. Seis romances son los compuestos por el mismo Juan Hidalgo, como lo anuncia expresamente: «Estos seis Romances son de un autor, y él recopiló el Vocabulario de la Germania.» Esta es seguramente la más antigua colección de los romances de pícaros y de gitanos, que posteriormente llegaron á ser tan gustados é imitados por célebres poetas (como lo prueban los de Quevedo, insertos en la última edición), romances que crecieron tanto que llegaron á formar un género propio, el picaresco. Por lo demás, Bowow ha probado recientemente, en su interesante obra sobre los gitanos de España (1), que los llamados

---

(1) *The Zinicali; or, an Account of the Gypsies of Spain. With an original Collection of their Songs and Poetry, and a copious Dictionary of their language.* London, 1841, 2 vols., 8.º Acerca de la colección de Hidalgo, véase sobre todo en el volumen 2.º las páginas 143 á 146.



romances de gitanos se derivan tan poco de los gitanos en cuanto á su forma y lenguaje, como los llamados moriscos de los moros ó los pastoriles de los pastores. No son otra cosa que un género más de disfraz ó afición poéticos, tal como lo exigía la moda, y que debe diferenciarse de los posteriores romances de ladrones y pícaros, de que hemos de hablar, los cuales tenían por base *ocurrencias efectivas*.

\* 17.) *Primera parte del Jardín de Amadores. En el cual se contienen los mejores y más modernos Romances y Letrillas que hasta hoy se han sacado. Recopilados por Juan de la Puente. Zaragoza, Juan de Larumbe, 1611, en 12.º oblongo, 96 hojas. Nueva edición (en la biblioteca imperial de Viena), con esta adición al título: «Y añadidos en esta última impresión muchos romances nuevos nunca impresos. En Çaragoça, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gratia.»* Al final, después de repetir el lugar de la impresión: *Año MDCXLIX* (1644), en 12.º, oblongo, 94 hojas y 2 hojas. Tabla. (Parece que no apareció más que esta «primera parte»; por lo menos no se halla en parte alguna noticia de continuación) (1).

Esta edición procura recomendar ya desde el título, que contiene los romances «más modernos, nunca impresos». Muchos de los que le son *proprios* se refieren á sucesos *contemporáneos* (como «testamento del Rey» [Felipe II]; de *Hernán Cortés*; apóstrofe de un *madrileño* á su ciudad natal, cuando en el año 1601 se mudó á Valladolid la residencia real: «Romance á la muerte del rey don Felipe el segundo»); pero la mayor parte de los que con-

---

(1) Velázquez y Durán citan un «Jardín de Amadores», de Lorenzo de Ayala. Valencia, 1858, en 16; y Durán dice que esta colección, que quizá sea una edición más antigua de la de Juan de la Puente, contiene poesías artísticas y eróticas, y entre ellas algún que otro romance.



tiene los hallamos ya en el «Romancero general», de cuyo carácter participa en su totalidad esta colección. Contiene relativamente más romances sobre temas histórico-tradicionales (entre estos algunos propios de la colección, como en el fol. 16 los de los «Comendadores de Córdoba»; en el fol. 31: «En Túnez estaba Enrique»; en el 36 del Cid en su lecho de muerte: «Banderas antiguas tristes»; del 41 al 47 muchos del rey Rodrigo) que moriscos (un sólo número de estos) y un par de romances satíricos pastoriles y amatorios propios de la colección, predominando ya en el último de estos géneros el estilo culterano. Como singularidades dignas de notarse en esta colección, quiero citar el que en el fol. 20 se repiten el romance mitológico de la «Silva» y las «Rosas» de Timoneda: «En el tiempo que Mercurio», y en el fol. 90 hay una «novela» en «redondillas» que tiene por asunto el del *Fabliau du meunier d'Arleux*.

18) *Historia del muy valeroso Caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar, en romances en lenguaje antiguo, recopilados por Juan de Escobar*. Alcalá, Juan Gracián, 1612, en 12.º Repetido en muchas ediciones (1); la última: Barcelona, 1757, en 8.º, apareció en dos tomos, conteniendo 102 romances. Después han sido preparadas nuevas impresiones por D. Vicente González del Reguero, bajo el título: \* «*Romancero é Historia del... Cid; en lenguaje antiguo, recopilado por Juan de Escobar, nueva edición*

(1) A las quince ediciones citadas por Durán (l. c., s. v., Escobar) hay que agregar: \* Pamplona, 1706, en 12.º Y de las aparecidas recientemente: *El Cid*, Romances históricos. Edición aumentada y adicionada con las notas de Desping. Palma, 1844, en 16.º—*El Cid*, Colección de los más celebres romances antiguos españoles; rica edición adornada con hermosas láminas y viñetas. Madrid, 1850, en 4.º (a).

(a) Entre las posteriores basta citar, por ser las únicas que tienen valor crítico la de Carolina Michaelis (Leipzig, 1872) que es la más copiosa de todas, puesto que contiene 205 romances; y la de Milá y Fontanals. (Barcelona, 1884).—(M. P.)



*reformada sobre las antiguas, añadida é ilustrada con varias notas y composiciones del mismo tiempo y asunto para su más fácil inteligencia, y adornada con un epítome de la historia verdadera del Cid.*» Madrid, 1818, en 16.º Contiene tan sólo 78 romances; pues el editor tuvo la ridícula ocurrencia de suprimir todos los que no estaban de acuerdo con lo que, según su opinión, era «verdadera historia». Esta selecta de Reguero, con un suplemento de los 24 romances que suprimió, y la traducción española de la vida del Cid por Juan de Müller, se editó en Francfort, en 1828, en 12.º, por el doctor Julius, y el profesor A. de Keller preparó una reimpresión de la colección de Escobar, utilizando los romanceros de Depping y Durán, reimpresión publicada en dos tomos, en Stutgardt, 1840, en 8.º Escobar aceptó sin selección alguna crítica los romances del Cid que halló en las colecciones anteriores á la suya, aumentándola con un considerable número (45) de otros que habían sido descuidados. Así es que hallamos aquí en abigarrada mescolanza—si bien en relación á los sucesos en cierta especie de orden cronológico—junto á algunos viejos y populares (1), muchos (24) del «Romancero general», y casi otros tantos (23) de Sepúlveda, siendo la mayor parte de los propios de la colección en que nos ocupamos, productos modernos y semi-artísticos. Es, sin embargo, este «Romancero del Cid» una aparición notable; pues sus muchas ediciones prueban que los españoles, á pesar de toda la cultura y educación artística y del influjo de las literaturas extranjeras, no han cesado jamás de interesarse por sus verdaderos héroes nacionales y por los cantares que los celebran en tono popular. Pruébalo

(1) Hállanse algunos de éstos ya en el «Cancionero de romances» de la «Silva» y en las «Rosas», de Timoneda, criterio el más seguro de su antigüedad y popularidad; y, por el contrario, faltan algunos romances del Cid de esta colección en la de Escobar.



además la siguiente colección de romances del Cid, que entró en competencia con la de Escobar, por lo cual voy á citarla aquí fuera de su orden cronológico, mucho más no conociéndola, como no la conozco, más que por el título, que dice así: «*Tesoro escondido de todos los más famosos romances, así antiguos como modernos, del Cid, recopilados nuevamente por Fr. Metge, con romances de los Siete Infantes de Lara*». Barcelona, por Seb. de Cormellas, 1626, en 12.º, oblongo.

19) *Romancero historiado: trata de los hazañosos hechos de los cristianísimos reyes de Portugal. Por el alférez Franc. de Segura*. Lisboa, 1610, en 8.º, y en una más nueva, probablemente aumentada edición,

*Romancero historiado sobre la fundación del reino de Portugal, por Francisco de Segura*. Lisboa, 1614, en 12.º Sólo la conozco por referencias (1).

\* 20) *Primavera y Flor de los mejores romances que han salido aora nuevamente en esta Corte, recogidos de varios Poetas, y añadidos otros en esta última impresión. Por el Licenciado Pedro Arias Pérez, Madrid, por la viuda de Alonso Martín. A costa de Domingo Gonçalez*; 1626, en 8.º, VIII y 140 hojas. En el fol. 190 v.º, se lee: «Fin», y en el 121: «Más romances añadidos.» El permiso originario de la censura está fechado en Madrid, á 16 de Setiembre de 1621, y firmado por el famoso poeta D. Juan de Jáuregui (2). Esta edición está dedicada al poeta dra-

(1) Los «Villancicos y romances á la Navidad del Niño Jesús, Nuestra Señora y varios sanctos», compuestos por Manuel de Pino. Lisboa, 1615, 8.º, tampoco los conozco más que por el catálogo de Salvá (París, 1843); pero no dudo que estos romances, aunque compuestos en tono popular, lo fueron por un poeta artístico, por lo cual estrictamente tomados no pertenecen á nuestra serie.

(2) Las dos primeras ediciones aparecieron también en Madrid, Alonso Martín, 1621, y viuda de A. Martín, 1622, ambas en 8.º, debiendo de contener, según lo que dice Depping, 160 romances. Pero lo que dice acerca de la antigüedad de esta colección descansa manifiestamente en algún



mático «Maestro Tirso de Molina» (Gabriel Téllez). En el «Prólogo al Lector» procura el editor disculparse del reproche de que esta su obra primera contenga tan sólo «hijos de otros padres», diciendo que por ello merece tan poco ser vituperado, «quanto y más que gigantones en fama tiene esta Corte que autorizando poemas, con oficiales y aprendizes, cuyas Musas son de alquiler, los escriben despues en carteles por propios, y se atreven á dezir en ellos: Fulano me fecit, contra los quales aun tienen fama los versos de Virgilio, pues no falta quien despues se queixa, diziendo: Hos ego, etc. De cuya restitución quedo absuelto, pues no los vendo por míos, puesto que les doy laanguardia, para que cebándote en ellos no tengas después alientos contra los que se les siguieren. A lo segundo digo, que se llaman Primavera, porque aunque te pese,

---

error (p. LI): «Una de las colecciones más antiguas (!) y de alguna importancia es sin duda (!) la publicada en el siglo xv (!!), con el título de «Primavera y flor de los mejores romances», á pesar de haber sido reimpressa varias veces en los siglos siguientes, con adiciones considerables.» Ediciones posteriores de esta *primera* parte aparecieron, según dice Durán (véase Arias): Madrid, Juan de la Cuesta, 1623, en 8.º; la misma, en casa del mismo, 1626, en 12.º (si no es esto una confusión con la arriba descrita, que parece ser, en todo caso, la *tercera* tirada *original* de la primera parte, si es que no la *segunda*, pues me parece que la edición de Madrid de 1621 es idéntica con la de 1622); Sevilla, 1626, en 12.º (Depping indica una de 1627); Lisboa, Mateo Pinheiro, 1626, en 8.º; Barcelona, Lorenzo Deu, 1626, en 12.º Además me son conocidas: «Primavera y Flor de los mejores romances y sátiras que nueuamente han salido en la corte, recogidos por el licenciado *Pedro Pérez Arias* (sic).» Valencia, 1628, en 12.º \* «Primavera de varios romances nuevos, la qual contiene muchos y diversos romances, con sátiras y letras famosas por diferentes poetas.» Valencia, por Silvestre Esparsa, 1644 (la indicación del número del año está equivocada: 1944), en 16.º Como quiera que esta desconocida edición se halla en la Biblioteca imperial de Viena, voy á describirla con exactitud. En la «Aprouación» se dice ya expresamente: «Compuestos por el licenciado *Pedro Pérez Arias* (sic), está repetida manifiestamente de la precitada edición de Valencia de 1628, puesto que va fechada en «Valencia á 21 del mes de Julio de 1628». Sigue á esto una segunda aprobación en que se dice: «Haviendo visto y leído un libro de entretenimiento, inti-



tienen de dar fruto, si no sazonado, porque tú dirás que no lo está, á lo menos generoso y calificado, por la voluntad que de acertar tengo. Y satisfaziéndote á lo último concluyo, que saco deste hospital de niños expósitos, á la plaça de tu censura, porque aunque prohijados por mí, reconociéndolos sus padres tengan más defensores, etc.» Esta colección contiene, pues, en todo caso, poesías de *diferentes* y en su mayor parte *desconocidos* autores, que gozaban de especial popularidad. Esto y sus romances, nacionales en su mayoría, le daban un barniz de espíritu popular; sin embargo, de lo cual denuncian la *mano imitadora de un poeta artístico* y su *origen moderno* por su contenido, la fluidez de la versificación, la regularidad de la asonancia en general, así como algunas por el tono juguetón, el culteranismo y el conceptismo; con lo cual

---

tulado *Primavera y flor de los mejores* (que ya fué impreso en Madrid, con licencia, por la viuda de Alonso Martínez [sic], en el año de 1626), y á la postre se ha añadido un romance nuevo, que comienza: *Tomando estaba sudores*, etc.» Fechada «en Valencia á 14 de Agosto de 1628». Después viene la *Tabla*, según la cual contiene esta edición 139 poesías, aunque en realidad sólo tiene una más que la de Madrid de 1626, es decir, 138. Sin embargo, hay otro nuevo romance añadido en la *Tabla*, pero no citado en la aprobación, al final, impreso después del primero citado, que empieza: «Los pedazos de un retrato» (romance pastoril). Tiene vi y 107 hojas (en la paginación, muy desordenada, la última página está numerada 216). Por lo demás, concuerda con la arriba descrita edición de 1626, sin otra diferencia que faltarle la dedicatoria y el prólogo.

Apareció una 2.<sup>a</sup> parte á esta colección, 2.<sup>a</sup> parte cuyo título y editor, según Durán, son: «*Primavera y flor de los mejores romances, canciones y letrillas curiosas que han salido agora nuevamente hechas á diferentes propósitos. Segunda parte.* Recopilado de diversos autores, por el alferoz *Francisco de Segura*, criado de su majestad» (el mismo editor, por lo visto, que el de la colección núm. 19): Zaragoza, 1629. (Durán no sabe á ciencia cierta si esta 2.<sup>a</sup> parte apareció sola ó juntamente con la 1.<sup>a</sup>.) El contenido y carácter de las poesías de esta 2.<sup>a</sup> parte debe de corresponder totalmente á los de la 1.<sup>a</sup>

De *ambas* partes se publicó, finalmente, una edición completa y total en Madrid, Pablo de Val, 1659, en 12.<sup>o</sup> Esta la conocieron también Depping y Böhl de Faber, que nos da los romances de las dos partes.



no se entienda que decimos que no se hallen entre ellas algunos cantares muy graciosos, genuinamente nacionales, aunque no propiamente populares (véase tan sólo la media docena que, sacados de aquí, se hallan en la «Floresta» de Böhl de Faber, tomo 1). De las 138 poesías de la edición en que nos ocupamos, 90 son romances, que aquí se han impreso distribuidos en cuartetos, perteneciendo *todos* ellos á los géneros puramente líricos de los romances pastoriles y amatorios ó á los satíricos-burlescos (entre los últimos se halla el romance de gitanos que tenemos en la precipitada edición de los «Romances de Germania», en endechas, que empieza: «Aqueste Domingo.» Muchos de los romances pastoriles y amatorios, entre los cuales los hay *cortos* y algunos con *estribillo*, van acompañados de letrillas. Las restantes poesías son letras, redondillas, endechas, chaconas, canciones, quintillas, estando un par de ellas compuestas en las formas no nacionales de octavas y décimas. En una palabra, esta colección prueba que el gusto de moda en la residencia real y entre los poetas artísticos que le rendían homenaje, aceptaban, es cierto, las formas populares, pero más para jugar y coquetear con ellas, que para cantar y poetizar en ellas movidos por íntima necesidad (1).

\* 21) *Maravillas del Parnaso y Flor de los mejores Romances graues, burlescos y satíricos que hasta oy se han cantado en la Corte. Recopilados de graues autores, por Jorge Pinto de Morales, capitán entretenido. Barce-*

(1) Siguiendo el orden cronológico, debía colocar aquí los «Romanceros espirituales» de Lope de Vega (Madrid, 1635) y de José de Valdivielso (Madrid, 1648); pero como procedentes que son de poetas artísticos y formando obra artística, tanto respecto al autor como al asunto, no tienen de común con las colecciones que entran dentro de nuestro campo nada más que el nombre, mostrándonos que la forma del romance, por ser tan nacional como era, se acomodaba á todo asunto, á toda manera de tratarlo, aunque perdiendo su carácter fundamental puramente épico, ó á lo sumo lírico-épico. Ni aun por el nombre nos corresponde tratar de los dos



*lona, en casa de Sebastián y Jayme Mathevad, á costa de Jusepe Prats, 1640, en 8.º, 99 hojas y 2 hojas. «Tabla.»* Una de las licencias es de Barcelona, fechada á 17 y 19 de Febrero de 1640, pero la del Santo Oficio de Lisboa, á 4 de Abril de 1637, fecha de la cual se deduce que debió de existir otra edición *más antigua*. Esta colección tiene el mismo carácter que la precedente; da también importancia capital al hecho de que los romances que contiene hubieran sido cantados «en la Corte», añadiendo que todos ellos proceden de «graves autores». Tiene los mismos géneros que el anterior, como ya lo indica el título: «graves (entre los que hay que contar los sentimentales, amatorios y pastoriles), burléscos y satíricos»; estando todos los romances distribuidos en cuartetos y entremezclados con otras poesías, como letrillas, endechas, juguetes, etc. En una palabra, el mismo gusto de las formas nacionales, pero también bajo el mismo influjo de la poesía artística. Entre las 69 poesías hay 49 romances, y entre éstos sólo *tres* que tratan de tema histórico, y son, á saber, en el folio 70: «Al tiempo que andava el mundo», en que el «viejo Zaide» expone á su sobrino el consejo que dió Catón á Bruto, de cómo había de portarse en las luchas intestinas de las parcialidades en Granada; en el folio 79: «Llorando mira Rodrigo», variaciones sobre el tan favorito tema de los lamentos de Rodrigo por la pérdida de España; y en el folio 81 hasta el fin: «*Salsas recuperada, Romance heroyco.*» Empieza: «Vanamente conducidas»,

---

«Cancioneros espirituales», citados por Huber (en las *Blatt. f. lit. Unterh.*, 1845, núm. 322), el uno «por un religioso de la orden de San Gerónimo», y de Fray Ambrosio Montesino el otro (acerca de este último véase una noticia de Jubinal en el *Bulletin du bibliophile français, Paris, Techener*, VI serie, 1844, núm. 22, páginas 1159 á 1161, y las adiciones á la traducción española de Ticknor, en la edición de Madrid, tomo III, pág. 517). Montesino compuso, no sólo muchos romances espirituales, sino también algunos históricos, imprimiéndolos todos en *líneas largas* de diez y seis sílabas.



y tiene por asunto la reconquista de Salsas en el año 1639, cuando peleaban los españoles con los franceses en el Rosellón, hecho de armas que canta medio al modo de los cronicones, medio en tono de clarinete (1).

22) «*Laberinto amoroso de los mejores y más nuevos que hasta ahora han salido á luz. Con las más curiosas letrillas de quantas se han cantado. Sacados de los propios originales, por el licenciado Juan de Chen. Con licencia. En Çaragoça, por Juan de Larumbe*», 1638, en 12.º, 142 páginas, con tabla y hoja de título. En ésta está lleno el espacio, entre el título y la fecha, con grabados en madera. Debo la noticia de este hasta hoy totalmente desconocido «Romancero», á la bondad del señor archivero Kausler, de Stuttgart, el cual hace notar que algunas de las poesías en él contenidas se hallan también en las colecciones de Depping, Durán y Bölh de Faber, pero con variantes y parte de ellas menos completas. Es de esperar que el Sr. Kausler nos dé el gusto de proporcionarnos una nueva edición de él ó una descripción y comunicación detallada de lo desconocido.

23) «*Romances varios de diversos autores. Añadidos y enmendados en esta última impresión. Madrid, por Pablo de Val, á costa de Santiago Martín*», 1655, en 12.º, oblongo (2). Siguen á la «tabla», ordenada alfabética-

(1) Entre las demás poesías hay una en el folio 61 intitulada «Bayle», notable por tener una forma semejante á las ligeras danzas del alto alemán medio. Compárese la con los «Bayles» de Quevedo y de otros.

(2) Según Durán, debe de existir una edición de Sevilla, Nicolás Rodríguez, 1655, en 12.º Más antigua, como debió de haberla, según el título, no la hemos hallado indicada en parte alguna. Son posteriores: «*Romances varios de diversos autores agora nuevamente recogidos por el Licenciado Antonio Díez; Zaragoza, viuda de Miguel de Luna*», 1663, en 8.º, y Madrid, 1664, en 12.º Brunet da por lo menos esta colección de Díez como una reimpresión de la estampada en casa de Pablo de Val, y dice de la de Madrid de 1664: «*Reimpression mal exécutée du recueil de Díez lequel renferme 110 romances et letrillas, dont 46 de Quevedo; parmi les autres à peine s'en trouve-t-il une douzaine de remarquables.*»



mente, que con el título, licencia y tasa, todo ello de 1655, llena cinco hojas y una página, en las seis restantes hojas no paginadas, cinco romances satíricos, no citados en la tabla; y después empiezan con la pág. 1 los «Romances varios». Son 477 páginas, que continen 113 romances (en todo 118), todos divididos en cuartetos, 48 de ellos de Quevedo y uno de Góngora («Entre los sueltos caballos»). Diferénciase esta colección de las precedentes por no contener ningún romance pastoril ó amatorio propiamente lírico-sentimental, y ninguna otra poesía lírica de otra forma (con la excepción acaso de un par de letrillas y quintillas en forma de romances, géneros que sin esta última circunstancia están ya emparentados con el de éstos), sino tan sólo romances, los más *satírico-burlescos* ó de asunto *histórico*; de tal modo que, aunque los unos proceden de poetas artísticos y los otros se apartan mucho del tono épico de los viejos romances populares, sin embargo, el carácter general de esta colección muestra que fué destinada *más al pueblo* (con lo que no se ha de entender el populacho) que á la corte. Entre los satírico-burlescos hay muchos romances picarescos y de gitanos (1), que á menudo emplean, parodiándolos, versos y pasajes de los viejos romances populares. De los romances históricos, muchos tienen por asunto las victorias de los españoles sobre los franceses en la guerra del Rosellón (2), otros se refie-

(1) Que estos romances de gitanos eran un simple disfraz de los que por entonces se habían puesto de moda, lo prueba, por ejemplo, el siguiente: «Xácara á las damas de la reyna nuestra señora, que se cantó á su magestad» (pág. 115). Entre los romances satíricos se halla también una «Loa», en que se caracterizan burlescamente los diferentes estados, oficios y provincias de España (pág. 265). Böhl de Faber nos ha dado (I, núm. 326) tomádole de aquí uno burlesco en tono popular.

(2) Entre éstos uno acerca del sitio de Salsas (pág. 187), distinto del citado en la precedente colección. Tres de estos romances empiezan con el principio de aquel antiguo y conocido: «Mala la hubisteis franceses» (páginas 303-312.)



ren á las luchas con los berberiscos (como, por ejemplo, pág. 328 de «Barbarroja»; pág. 332, de «Arnaut Mami», impreso en la colección de Depping, II, 471, según unas hojas volantes) ó á la guerra de los Treinta años (pág. 336, del «Infante Cardenal Fernando»); hallándose también entre ellos algunos de las luchas con los moros (por ejemplo, pág. 220, de Hernando del Pulgar; pág. 344, de Xarifa y Narvaez; pág. 347, de la muerte del moro Amete en Ronda; pág. 324, de la guerra con los moriscos en el Peñón el año 1506). Finalmente, tenemos aquí un par de romances en el tono de los de ciegos acerca de sucesos coetáneos (como las historias de asesinatos y amoríos, páginas 201 á 216, de Diego de Soto, en el año 1606; páginas 247 á 251 de Juan de Mena:

«Por un hijo de vezino,  
que llamaban *Juan de Mena*,  
se compuso este romance  
en *la calle* del Esgueva, etc.»

Y realmente, en este cantar callejero hay un eco de la ingenuidad popular). No es, pues, tan fácil dejar de lado esta colección, como ha hecho, por ejemplo, Brunet, siendo para la historia de los romances *populares* más importante que los dos precedentes, aun cuando las poesías contenidas en éstos superen en finura y elegancia á las aquí publicadas.

24) «*Romances varios de diferentes autores nuevamente impressos por un curioso. Amsterdam, en casa de Ishag Coen Faro*», 1688, en 12.º Durán, que cita esta colección, dice de ella que contiene una selecta muy buena, pero impresa muy incorrectamente, de 80 romances artísticos y «romancillos» (en redondillas de seis sílabas); á los que precede un *entremés* titulado: «El Espejo», siguiendo la tabla y algunos romances y sonetos, todo esto



en 14 hojas no numeradas. Después, de la pág. 1 á la 96, lo restante del texto (1).

Junto á estas mayores colecciones volvieron á aparecer desde mediados del siglo xvii muchos romances en pliegos sueltos, que, como es natural, estaban destinados ante todo *al pueblo*. Bajo este nombre de «pueblo» no se debe, sin embargo, entender el nucleo de la nación, la gran masa de cultura casi igual, casi los mismos intereses, en oposición á aquellos otros de más elevada crianza cortesana ó de cultura docta profesional y de escuela. La clase media habíase desligado cada vez más de la gran masa por una cultura más fina positiva ó afectada y por un gusto más *artístico*—aun cuando menos decisivamente y con menos precisión que en otros países de la Europa culta—y sobre todo en la poesía era la oposición entre la popular y la artística cada vez más marcada por la influencia de la escuela clásico-italiana, y cada vez más hondo el foso entre una y otra. Hemos visto en el carácter de las últimas colecciones (desde el «Romancero general») que hasta los romances, la forma más popular de la poesía española, cuanto más querían mantenerse en las esferas llamadas cultas ó en la corte, más tenían que aceptar en sí elementos artísticos. Los romances, que *ahora* se hacían preferentemente para el pueblo, y que conforme á los medios de éste se difundían en pliegos sueltos, debían por lo tanto contar de preferencia con el *más bajo y ordinario* pueblo (*vulgus* ó *plebs*, no ya *populus* ó público), á cuyo horizonte se acomodaban, y con cuyas simpatías se hicieron. Aún hay más, y es que estos romances pudieron, no sólo ser hechos *para* el pueblo, sino también *por*

---

(1) Según una nota de Salvá, cita además Durán: «Varios romances á la Liga, por Faxardo y Acebedo.» Valencia, 1687, en 12.º Sospecha que Faxardo no era más que el recopilador de estos romances; perteneciendo éstos, en todo caso, á la clase de los romances facticios, como los de Padilla, Francisco de Segura, etc.



el pueblo mismo; pero por un pueblo que estaba demasiado profundo para sentirse inspirado por propia conciencia refleja, y para que cantara los sentimientos é intereses *comunes á toda la nación*. No podían, por lo tanto, surgir canciones populares y nacionales en el más elevado sentido (como las del Cid, Bernardo del Carpio, etc.), sino tan sólo cantares de aldea y baile, callejeros y de feria, á propósito de los cuales no se ha de olvidar que en España ni aun el más bajo pueblo ha descendido jamás á la ordinarez, como en otros países, ni jamás ha sido totalmente sordo á la enseñanza y la fama nacionales. Los sentimientos más vivos aun en los españoles más ordinarios son fuera de los generales humanos, el religioso, el que une la independencia personal con la arrogancia frente al poder y tendencia á lo aventurero, y el orgullo nacional frente á los extraños. De aquí que los romances de los pliegos sueltos de los siglos xvi y xvii, fuera de los placeres y penas generales humanos, tengan por asunto sobre todo *leyendas y milagros*, historias de *ladrones y asesinos* (de bandoleros y facinerosos, ya como pequeños guerrilleros, ya en grande), y las *victorias* de las armas *españolas* sobre las *extranjeras*, sobre todo sobre los franceses en la guerra del Rosellón y sobre los aliados extranjeros de cada partido en la guerra de sucesión. Estos romances—cantados, no ya por juglares ricamente pagados, sino por ciegos mendigos, no ya en cortes y ciudades, sino en los cantones de las calles y en las tabernas de los pueblos, no en los círculos de caballeros y damas, sino en los de pícaros y chulas—no tienen, como es natural, ni la ingenuidad ni la frescura de los viejos romances populares, ni la elegancia y perfección técnicas de los modernos hechos por poetas artísticos, sino que, por lo regular, son tan ramplones y rudos, que «romance de ciego» ha venido á ser la designación proverbial de un canto trivial y ordinario. Sin embargo, aun entre éstos hay algunos, sobre todo



entre los cómicos y satíricos, que por su osada firmeza, burla mordaz, ó por aquella nativa ironía de los españoles, su sal y donaire, son dignos de que se fije en ellos la atención.

Depping recuerda (tomo I, páginas XLIX-4, y en las notas;—y tomo II, pág. 475) algunas de tales hojas volantes de romances; Huber habla (lugar citado) de colecciones de las mismas en las bibliotecas de Londres y París; y también la biblioteca imperial de Viena posee un par de tomos de tales «Romances en pliegos sueltos», de los que voy á citar, á manera de ejemplo, los siguientes: «*Romances que se han cantado en el convento de la Pasión, de la Orden de Santo Domingo desta villa. En los misereres que ha celedrado esta Quaresma de 1657 la Congregación y Diputación real de N. S. de las Angustias*». Madrid, 1657, en 4.º Una colección de «*famosas ó curiosas Xácaras*», «*Relaciones verdaderas*» y «*Romances devotos*», de los años 1670 á 1674; por ejemplo: «*Xácara del gracioso desafío que tuvieron el chocolate y el vino*»; «*Xácara de un Francés que robó la Custodia del S. Sacramento en Colmenar*», 1673; «*Relación verdadera de un mancebo que cautivaron en Argel*», 1670 hasta 1672; «*Aquí se contiene un maravilloso milagro que obró Dios en la ciudad de Argel, por lo qual se convirtieron un renegado y una mora*», 1673; «*Romance á lo divino, á la inmaculada Concepción de N. S.*»; «*Declaración de un milagro*», 1673, y otros, los más, de bandidos y milagros; entre ellos algunos de autores nombrados, como: «*Relación verdadera en que se describen la prisión, muerte, delitos..., de Pedro Navarro... que se ajusticia en Sepúlveda. año 1673, compuesta por Pedro Gutiérrez, médico de dicha villa*»; «*Curiosa Xácara nueva de la prisión, y muerte de Pedro Andrés y Juana Martínez... ajusticiados en el año de 1673*», por Lucas Antonio de Bedmar; «*Curiosa Xácara nueva de la vida, prisión y muerte de Francisco de la Sera, en*



el año de 1673», por Antonio de Robledo; «Romance de un milagro», comp. por Juan de Rivera; «Epítome del... auto general de fe que el tribunal del S. O. de la Inquisición de Granada celebró en ella, año de 1672», por el Licenciado D. Carlos de Moya, etc. Además un tomito con romances de la guerra de sucesión, como: «Carta en que se da cuenta del despedimiento del Duque de Borgoña y Berri»; «Matraca en romance, coplas en verso, El abate que voy, el coco de las Sardinias, y espantajos de los pezes. A la derrota de la armada Inglesa»; «Proezas del General Guido Estaremborg, quando passó a Madrid a coronar por el Rey al Señor Archiduque Carlos de Austria». (Poesía burlesca contra el partido austriaco.) «Carta christiana que el piadoso discurso del Dr. Santa Cruz presume aver escrito el Rey de Francia Luis XIV a Phelipe V luego que supo avia entrado en los dominios de España», etc., todos en pro del partido borbónico (1).

Pero que no fueron entonces suplantados completamente por estos romances, que se plegaban á los intereses del día y á la moda, los antiguos legítimos populares, ni en el pueblo ni entre los cultos, lo prueban las nuevas impresiones de los mismos, en «pliegos sueltos de este año» para el pueblo, y las nuevas ediciones, que iban enriqueciéndose hasta el fin del siglo xvii, del «Cancionero de romances», de la «Silva», etc., para los que disponían de más medios. Ya á fines de este siglo ó á principios del diez y ocho, apareció la siguiente nueva colección de tales romances viejos (2):

(1) Después ha dado Durán una rica bibliografía de estos pliegos sueltos del siglo xvii (tomo I, p. LXXX-LXXXV) y una selección de pruebas de toda clase, bajo la rúbrica genérica: Romances vulgares (tomo II, páginas 227 á 414) suficiente para su característica.

(2) Pellicer menciona en su Comentario al *Don Quijote* (edición de 1797, tomo I, pág. 105), como primera edición, una publicada en Alcalá, de 1608, pero probablemente esta fecha se apoya en una falta de lectura ó impre-



25) «*Floresta de varios romances sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los doce Pares de Francia, agora nuevamente corregidos, por Damián López de Tortajada*»; Valencia, en 16.º, y en el mismo punto, Antonio Bordazar, s. a., en 12.º Repetidas veces tirada: Madrid, 1711, 1713, 1746, \* 1764 (en Durán se mencionan las mismas ediciones de Madrid, pero con los números de los años equivocados: 1611, 1613, 1646, 1664), en 12.º Siguiendo á la última edición se ha impreso: \* «*History of Charles the Great and Orlando, ascribed to Archbishop Turpin; translated from the Latin in Spanhein's Lives of Ecclesiastical wirsters. Togheter with the most celebrated ancient Spanish Ballads relating to the Twelve Peers of France, mentioned in Don Quixote; with English metrical versions, by Thomas Rodd*», London, 1812, 2 vols., 8.º Durán (l. c., s. v. López de Tortajada) dice que la ante-última edición, la de 1746, contiene 36 romances, entre ellos 22 antiguos del «Cancionero de romances» y de la «Silva», y 14 pertenecientes al final del siglo xvi y al xvii.

sión, y está por 1708; pues es inverosímil que no hubiera aparecido ninguna nueva tirada en todo un siglo, mientras que desde 1711 se seguían las unas á las otras con tanta rapidez.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)



## OBRAS NUEVAS

---

Acta de la sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el 30 de Noviembre de 1895. En 8.º, 51 páginas. — Comprende: Memoria, por D. Jaime Carnet, y Discurso, por D. Angel Guimerá, este último en catalán.

Arenal (C.) — Obras completas de D.ª Concepción Arenal. Tomo x. Las colonias penales de la Australia y la pena de deportación. En 8.º, 336 páginas: 3 pesetas.

Arte (El) en la Edad Moderna. (Siglos xvii y xviii.) En Flandes. — En Holanda. — En Italia. — En Francia — En Inglaterra. — En España; con 32 grabados. En 8.º, 77 páginas: 1 peseta.

Blasco Ibáñez (V.) — Flor de Mayo, novela. En 8.º, 287 páginas: 1,50 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo xxviii. Cuaderno i: 1,25 pesetas.

Calvo (I.) — Guía práctica para la contabilidad interior de los diferentes cuerpos del ejército. En 4.º, 68 páginas y 44 tablas: 2 pesetas.

Cano (R.) — Las leyes de la belleza. En 4.º, 53 páginas: 1 peseta.

Cano y Masas (L.) — ¡Velay!; comedia en tres y en verso. En 8.º, 145 páginas: 2 pesetas.

Cascales y Muñoz (J.) — Sevilla intelectual; sus escritores y artistas contemporáneos: 65 biografías de los mejores ingenios hispalenses, y un apéndice con estudios biográficos y críticos acerca de las obras de algunos más

que no han sido biografiados. En 8.º, xvi-2 hojas, 563 páginas y retrato del autor: 5 pesetas.

Cian (V.) — Italia e Spagna nel secolo xviii. Giouambattista Conzil e alcune relazioni letterarie fra l'Italia e la Spagna, nella seconda metà del settecento. En 4.º, ix-361 páginas: 9 pesetas.

Conde (G. L. de) — Pasatiempos. En 8.º, 263 páginas: 2,50 pesetas.

Degetau y González (F.) — El A. B. C. del sistema Fröebel. En 4.º, 135 páginas: 1 peseta.

Díez (R.) — Elementos de religión y moral. En 4.º, ix-411 páginas: 3 pesetas.

Durán y Bas (M.) — Escritos del Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, decano de la Facultad de Derecho en la Universidad literaria de Barcelona. Segunda serie. Estudios morales, sociales y económicos, con un prólogo de D. Federico Rahola. En 4.º, xlvii-589 páginas: 6 pesetas.

Estremera (J.) — Fábulas. En 12.º, 174 páginas: 50 céntimos.

Fernández Duro (C.) — Armada Española, desde la unión de los Reinos de Castilla y de León. En 4.º, 476 páginas, 4 retratos, un mapa y 11 láminas: 15 pesetas.

Floro (L.) — Dios. En 8.º, 221 páginas: 0,75 pesetas. — Biblioteca teológica, popular económica. Tomo i.

Foronda y Aguilera (M. de) — Estancias y viajes de Carlos V (desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte). En 4.º, 47 pági-



- nas. Librería de Murillo: 3,50 pesetas.
- Gómez Carrillo (A.)—Historia de la América central desde el descubrimiento del país por los españoles (1502) hasta su independencia de España (1821). Tomo III. En 4.º, xxiv-320 páginas.
- Gómez Carrillo (E.)—La suprema voluptuosidad. En 8.º, 46 páginas: 1 peseta.
- Gómez Humarán (F.)—Arpegios. En 8.º, 53 páginas: 1 peseta.
- González Pizarro (J. de D.)—Plantas pratenses. Las alfalfas y los tréboles. En 8.º, 226 páginas: 3 pesetas.
- Grave (J.)—La sociedad futura, traducción por el Dr. Luis Marco. En 4.º, 448 páginas: 8 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Henao (G. de).—Complementos á la obra de averiguaciones cantábricas é Ignacianas. Tomo séptimo y último. En 4.º, 450 páginas: 5 pesetas.
- Heredia y Larrea (P.)—El testamento fonográfico. En 4.º, 271 páginas: 4 pesetas.
- Iglesias y Díaz (M.) y Pulido y Fernández (A.)—Discursos leídos en la solemne sesión inaugural del año de 1896 de la Real Academia de Medicina. En 4.º 50-181 páginas.—Tema: La emoción oratoria.
- Los Jesuitas de puertas adentro ó un barrido hacia afuera en la Compañía de Jesús. En 8.º, 471 páginas: 5 pesetas.
- Junta de caridad del Asilo Matia, de la ciudad de San Sebastián. Memoria y cuenta general. En 4.º mayor, 18 páginas.
- Labra (R. M. de).—Los errores judiciales. En 4.º, 56 páginas.
- Larrubiera (A.)—Cuentos. En 12.º, 203 páginas: 1 peseta.
- Lassala y Collado (F. de).—La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea, en 4.º mayor, VIII-395 páginas.
- León y Castillo (F.) y Vega de Armijo (Marqués de la).—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 4.º, 62 páginas.—Tema: De la irresponsabilidad del Rey y de la responsabilidad de los ministros en los países de representación falseada.
- Lorda y Fernández (J. M. de) y Castro y González (C. F. de).—Manual del constructor y formulario para uso de los arquitectos é ingenieros. En 8.º, 5 hojas, 890 páginas: 25 pesetas.
- Llorente y Sánchez (M.)—Memoria acerca del estado del Instituto de Guipúzcoa. En 8.º mayor, 75 páginas.
- Marcolain San Juan (R. P.)—Escuela práctica de Química. En 4.º xxviii-36 páginas: 2 pesetas.
- Márquez Sterling (M.)—Páginas de ajedrez. En 12.º, 64 páginas: 3 pesetas.
- Navarrete (J.)—Fábulas (en lengua bisaya). En 8.º menor, 371 páginas con viñetas.
- Newmann (Q.)—Notas sueltas sobre la pena de muerte, con un apéndice de F. H. Bradley, intitulado: Algunas reflexiones sobre el castigo Santiago de Chile, 1896. En 8.º, xii-288 páginas.
- Palau (M. de).—Acontecimientos literarios. En 8.º, 271 páginas: 3 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Novelas cortas. En 12.º, 200 páginas y retrato de la autora: 0'50 pesetas.
- Parra (P.)—El agua. Poema. En 8.º, 23 páginas.
- Pérez Collado (B.)—La cuestión de las cuestiones ó sea el non plus ultra. En 4.º, 52 páginas: 0,25 pesetas.
- Prieto (E.) y Ruesga (A.)—La sobrina; zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 8.º, 44 páginas: 1 peseta.
- Quesada (E.)—Alocución patriótica pronunciada en la fiesta anual del Ateneo celebrada el 25 de Mayo de 1895. Buenos Aires. Imprenta de Pablo E. Coni. 1895. En 8.º, 15 páginas.
- Idem.—La deuda Argentina, su unificación. En 8.º, 142 páginas.
- Idem.—La Iglesia católica y la



- cuestión social. En 8.º, 103 páginas.
- Idem.—La política chilena en el Plata. En 4.º, 383 páginas.
- Retana (W. E.)—Mando del general Weyler en Filipinas, 5 Julio 1888, 17 Noviembre 1891.—Apuntes y documentos para la historia política, administrativa y militar de dichas islas. En 8.º, xxiv-438: 4 pesetas.
- Rodríguez (L.)—El salvaje; sueño lírico en un acto y cuatro cuadros. En 8.º, 29 páginas: 1 peseta.
- Idem.—El señorito; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 34 páginas: 1 peseta.
- Santiago y Gómez (J. de).—Historia de Vigo y su comarca. En 4.º, 604 páginas: 12 pesetas.
- Soriano (M.)—La partida de damas, comedia en un acto y en verso. En 8.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Taboada (R.)—Carabanchel de Arriba; caricatura en un acto y en verso. En 8.º, 30 páginas: 1 peseta.
- Vascáño.—La condesa está durmiendo, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. En 8.º, 22 páginas: 1 peseta.
-



## INDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Los salones de la condesa del Montijo</i> .....	5
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja,</i> por un Soldado viejo.....	29
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	53
<i>El Museo de Historia Natural</i> , por Manuel Cazorro.....	64
<i>Memorias de un solterón</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	81
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	125
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	142
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	159
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	166
<i>La literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf.....	179
<i>Obras nuevas</i> .....	205

---